

Delfidia Alicia Flores Ramírez

**Nombre de pluma: *Alicia Flores***

Nacida en Las Choapas Ver., radica en la ciudad de Puebla (México)

**Formación profesional**. - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla: médico especializado en gineco obstetricia. Jubilada del ejercicio profesional hace once años, dedicándose a la literatura.

Cultiva todos los géneros literarios: Periodismo, ensayo, Crónica, Texto dramático.

**Narrativa corta. -** Tres libros de cuentos: *Los cuentos claros y el Relato Espeso*; *Suave de Sur a Norte*, y el último *Alcanzar el Sol* obtuvo el Premio Nacional de cuento Ramón López Velarde 2019 en Zacatecas (México).

**Lírica.** - Tres libros de poemas: *Naufragio* (2005), *Las 1,001 emociones* (2006) y *Atributos Florales* (2008); varios colectivos: L*a palabra escrita en el agua; Voces de Tinta; Soles de Medianoche, Lloraré un río* entre otros.

**Largo Aliento**. - Ocho novelas, de las cuales cinco son históricas: *Una Retratista en la Corte de Enrique VIII (*Planeta 2009*); Cañita Cuhauzayolly; El Faro de Sierra Negra; Un rescatista en la corte de Felipe II;* *Una semana de Gracia; Lagunas Mentales, Pasajeros sin huellas y Acuérdate de olvidarme*, editadas y publicadas por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Su última novela *Nocheztli*, cierra una trilogía.

Practica Fomento a la Lectura, Promotoría cultural y docencia.

**Nocheztli**

Novela Histórica

Alicia flores

**PRIMER LIBRO**

**I** **Carrera por el Astro Rey**

*Cádiz: 20 de marzo de 1570*

Dos jinetes cabalgan entre unas marismas fileteadas por el mar, cual turquesa engastada en oro antiguo. La jornada ya resulta agotadora para el par de viajeros. El istmo que une San Fernando a Cádiz parece una lágrima interminable pendiente de las barbas de Andalucía, y la dársena cierra sus postigos almorávides al ocaso. El cansancio acumulado en ocho horas a través de arbustos erizados de zarzas, arroyuelos pedregosos, campos polvorientos y acequias zigzagueantes duplica la sensación de lejanía. Cierto que los días empiezan a prolongarse, más uno de los viajeros desearía que aquella frase pronunciada por Carlos V: “En mis reinos nunca se pone el sol” fuese literal: el astro rey empieza a ruborizarse en el horizonte.

El jinete porta en su faltriquera una orden firmada por el rey-astro de Europa Felipe II, para abordar una goleta hacia el Nuevo Continente. Deplora en estos momentos el confortante alto para beber y descansar del que gozaron a la vera de una acequia, cuando la bahía gaditana destellaba engañosamente cercana en el horizonte. Un momento después el viajero se endereza en la silla, clava las espuelas y emprende galope sobre un serpenteante sendero trazado entre dunas con trituradas conchas de moluscos. Su compañero se sorprende; empero, adelanta el cuerpo hasta casi tocar la cabeza de su cabalgadura y apoyándose en punta de pies en los estribos suelta las riendas del palomino e imagina ser una gaviota planeando entre los dos filos marítimos. El equino, percibiendo tal libertad, vuela sobre sus herraduras cómo alguna vez lo hizo en llanuras indómitas y alcanza la grupa de la precedente cabalgadura. Galopan así tres kilómetros, pero finalmente el jinete a la zaga aprovecha un giro del sendero para saltar una pequeña duna y adelanta su caballo dejándolo atrás por varios cuerpos.

La llegada a la puerta del Arenal de las murallas gaditanas es saludada con el flamear de los blasones carmesí que portan dos soldados que transitan el pasillo del baluarte. El guardia que custodia la puerta principal recibe con inusitada vehemencia al primer jinete cuando desmonta.

* ¡Qué carrera señor!, demoramos el cierre al veros venir. En este tramo los viajeros aflojan el paso, pero pernoctar fuera es peligroso.
* …Pasad, cerca hay una posada donde vuestro caballo repostará y vos podréis reponeros con cerveza de buen lúpulo.
* Gracias soldados – contesta una meliflua voz femenina.

El celador mira incrédulo al jinete que baja su caperuza: se derrama una trenza broncínea como marco del rostro femenino delicado, donde brillan triunfales unos ojos grises….Su salvoconducto interregno confirma: Ana Lázara Van Wissen.

* Esperemos a Damián Shepperd Salinas, médico de cámara de su majestad.

Llega el segundo jinete y descabalga al punto. Se observa treintañero, de rostro varonil y serio, ojos aceitunados y abundante cabello oscuro, barba bien afeitada con un bigote discreto; el polvo del camino dota de una engañosa pátina gris a su traje de lana azul bastante gastado. Se despoja de los guantes de cabritilla, y sus manos delicadas de largos dedos contrastan con el cuerpo gallardo y su gesto adusto. Aún tras el afanoso trayecto, es evidente que los viajeros son de origen acomodado, de manera que ya no emiten ninguna opinión.

La joven sonríe irónica.

* Y eso que entrenas con el caballerango real.
* Fuiste alumna de la abuela Leonor. Además, pesas treinta libras menos que yo: tu palomino hizo todo el trabajo.
* Olvidas que nunca me has ganado.

El hombre termina por sonreír al ver los rostros perplejos de los guardias. Muestra su documentación mientras el molinete que sube la puerta levadiza chirría, y penetran en sus pétreas entrañas. Los soldados aseguran las cadenas con candados, y encienden las antorchas del segundo piso, el celador principal comenta:

* Yo nunca me casaría con una mujer que cabalgue mejor que yo.
* Ha de jinetear mejor de noche.

Ajena a sus risas maliciosas la pareja recorre a pie la corta distancia que media entre ellos y una posada con establo. Agradecidos de poder estirar las piernas, prolongan la entrega de sus cabalgaduras en la susodicha posada y luego toman sucesivamente un baño para finalmente cenar. Picotean las albóndigas de pescado y media jarra de clarete. La auténtica hambre la satisfacen en la cama: cada uno cae rendido en su lecho de plumas de ganso y duermen profunda y paralelamente al amparo de Gadir, el puerto amurallado.

**II El Códice Badiano**

Al día siguiente, el Intendente marítimo del puerto de Cádiz, recibe a primera hora a los viajeros llegados la noche anterior. Empero, Damián Shepperd - vestido de oscuro- indica a la dama que espere afuera y entra solo a la oficina.

Don Antonio de Medina y Sidonia, diplomático y ex militar despacha en una elegante habitación forrada de madera, decorada con mapas náuticos y un retrato del Emperador Felipe con las dos infantas Clara Eugenia y Micaela. De pie, estrecha la mano de Damián y recibe sus cartas credenciales, convidando a sentarse. Comenta con cierto aire de perplejidad:

* Soy Antonio de Medina juez oficial dependiente de la Casa de Contratación de Indias, supervisor del arribo y salida de mercancías al Nuevo Mundo. Fui compañero de armas de don Diego Hurtado de Mendoza en los Países Bajos. Ayer recibí por mensajería expedita una misiva de él que dice: *Por el poder conferido al Sello del Real Consejo de Indias, solicito todo el apoyo que le pueda proporcionar a un par de hermanos que realizará una misión secreta en las Indias*. Sus salvoconductos los identifican como el Doctor Damián Shepperd Salinas y Ana Lázara Van Wissen Olivares… ¿Cuál es en realidad vuestro parentesco?

El cónsul saca del anaquel un vino de Oporto, pero Damián rehúsa la pequeña copa dorada.

* Buen provecho Señor Intendente. En realidad, Ana Lázara y yo somos tío y sobrina por el lado materno con sólo dos años de diferencia en edad, y al faltar su madre nos criamos como hermanos. Para el cabal cumplimiento de nuestra misión en la Nueva España, le solicito nos expida los documentos de embarque con nuestros nombres y apellidos españoles y *status* de mercaderes: todo esto debe permanecer en secreto. Precisamente declinamos partir de Sevilla, porque siendo puerto natural para pasajeros y mercaderías, deberíamos pasar un registro más estricto y habría fuga de información.
* De acuerdo. Este puerto es punto de partida para naos pequeñas y mercaderes poco pretenciosos que pagan un tercio de alcabala. Según las instrucciones recibidas abordareis una goleta pequeña cómo Micer Damián y Ana Lázara Olivares y Cordero… ¿saben?, sólo quisiera enterarme si nuestro alguacil mayor y Director del Consulado sevillano está en apuros.
* No, no conozco a tal persona. No es cuestión de dinero sino de tiempo. Es el único transporte rápido para llegar a América y el tiempo apremia. Debo visitar diversas instituciones de la Nueva España para informar al Consejo real de Indias. Y quisiera escuchar lo que tengáis a bien decirme, pues el ministro dijo que estáis en antecedentes del caso.
* Perdonad si las rivalidades gremiales me impiden ver una panorámica más general. El Comandante me precisó que le diera referencias del colegio imperial de Santiago de la Santa Cruz de Tlatelolco, sita en la capital de la Nueva España.
* Sí, ahí nos dirigimos.
* Consulté el Archivo General de Indias: tal colegio es el principal de varias instituciones similares fundadas en 1536 en la Nueva España para enseñar a leer, escribir y contar a indígenas de ascendencia noble. Tlatelolco tuvo la peculiaridad de que los frailes fundadores aprendieron náhuatl para instruir a los naturales en su lengua madre. Los profesores tardaron más en aprender el dialecto que los susodichos indígenas el castellano; fue asombroso que dichos nativos a quienes se les califica de animales…

Damián detiene el discurso con un movimiento de la mano.

* No ha lugar el tema Sr. Medina. Recuerde a doña Malitzin, quien aprendió español en treinta días cuando hay encomenderos que llevan cuarenta años en América sin aprender náhuatl.
* Por supuesto. Pero hay que reconocer que nuestros frailes consumaron una hazaña porque transliteraron esos ideogramas al idioma español – hace una pausa- sé que vuestra esposa es una bella novohispana descendiente del último emperador azteca - el cónsul mira con curiosidad a la chica de trenzas rojizas que bajo el sol espera en el patio a Damián.
* Mi esposa está ahora en nuestra hacienda criando a seis chiquillos y cuidando a mi padre de edad provecta. Proseguid por favor.
* Dios bendijo generosamente su unión… cómo decía en esas escuelas sólo ingresan alumnos indígenas, hijos de señores y caciques muy principales. Como tales pueblos carecían de alfabeto, plasmaban sus ideas a través de tlacuilos: nativos equivalentes a los amanuenses de hoy, o a los escribas del antiguo Egipto. Parece que los indios poseían un vasto acervo en distintas ramas del saber, destacando la medicina herbolaria y lo trasmitieron de una generación a otra de manera oral. Cuando la crisis del Imperio contra los luteranos, se suspendieron los subsidios a tales colegios. Entonces salió una iniciativa de Santa Cruz de Tlatelolco, para elaborar un tratado de todas las plantas medicinales novohispanas, que se llama Códice Badiano…
* Estáis bien informado, esa historia circulaba sólo en universidades provincianas.
* Modesto sois para ser médico de cámara del emperador. Bien. El libro original estaba dedicado al emperador Carlos V para recuperar las rentas reales, pero en esos momentos nuestro augusto soberano estaba retirado en el monasterio de Yuste, quebrantada su salud por tantas batallas libradas contra la germanía y otras desafortunadas circunstancias que favorecieron su abdicación. El libro desapareció.

Damián se encoge de hombros en actitud indiferente.

* ¿Por qué mencionáis tal hecho?
* Vuestra verdadera profesión me confunde. Envían a un médico con premura a Las Indias movilizando recursos y rodeándolo de misterio, ¿Cuál es el interés del supremo comandante de guerra en este asunto?

El Dr. Damián Shepperd se observa incómodo ante el giro que toma la plática.

* En realidad no soy cortesano. Tal asunto debéis preguntarlo directamente a don Diego Hurtado de Mendoza. Yo solamente fungiré como visitador del Consejo de Indias y volveré a mi estancia y a mis pacientes campesinos.
* Creo que deberíais solicitar más información al respecto.

Damián abrevia la entrevista, entregando su misiva con la mirada fija en el rostro del interlocutor.

* No suelo ser impertinente. Solamente fui aprendiz de un gran doctor y requiero de vos nuestros salvoconductos. Por favor hacedlo cuanto antes; en la premura del viaje sólo trajimos lo puesto y hay que preparar menaje.

Sin decir palabra el Intendente recibe la carta, la revisa superficialmente y guarda en su escritorio, extrayendo del mismo una carta lacrada con el sello de la armada naval.

* Ayer arribó a la bahía una barcaza fluvial que junto con los detalles del apoyo que habíamos de proporcionarle, trajo carga adjunta para vuestro viaje: doce barricas de roble con aceite de oliva y paños de diversas especias, mismos que ya están en el muelle esperando ser embodegados. Os preparé las cartas credenciales de embarco, y otra de presentación que entregará en la Villa Rica de la Vera Cruz. Ahí recibiréis instrucciones para proseguir vuestra ruta. Si requerís un préstamo a consignación de viáticos o servicios…

Damián se levanta para recibir los documentos y los guarda, contestando:

* Mis gastos personales están cubiertos. Que tengáis un buen día señor marqués de Medina.
* Mejor travesía tengáis vuesas mercedes. Procuren reportarse hoy con el capitán Yllescas que tiene anclada su fragata *El Espíritu Santo* en el astillero del puerto. Ya se hacen preparativos para zarpar a la Nueva España en cuanto soplen vientos favorables – sonríe afablemente - Id con Dios.

El dignatario aun sonríe, cuando un joven con ropajes elegantes y modales refinados aparece tras un panel doble de la biblioteca, con pluma y papel pergamino en las manos.

El cónsul sirve las dos copas, le ofrece una y se arrellana en su asiento.

* Anoté toda la conversación, aunque no parece haber nada importante.
* ¿Qué opinas de este hombre Giacomo?
* Parece muy leal a la Corona y bastante templado.
* Así es: forma parte de los rescatistas imperiales, es sobreviviente junto a un puñado de monjes guerreros del sitio de Malta, posee un vasto mayorazgo y lo más interesante es que se educó en la Corte desde los doce años: no puede ser casual el que desoyó mis insinuaciones.
* Debiste decirle que sabes que va por un facsímil del Códice Badiano.
* No, podría decírselo al comandante. Pero su hermetismo me confirma que hay un fin político tras la edición de ese libro de nigromancia indígena.
* En los círculos vaticanos se comenta que el Códice Badiano se traducirá al latín con una especial dedicatoria al Papa Pío V…se especula si se trata de inclinar la voluntad papal hacia otra dispensa para el matrimonio de su majestad Felipe II con alguna parienta suya.
* *Vox Populi, Vox Dei*. Tras la muerte de Isabel de Valois nuestro rey juró no volverse a casar, pero puede mudar de opinión. Ahora que ha quedado viuda María Estuardo, Felipe II tal vez dirija su mirada al norte para sellar una alianza con Escocia.
* ¿Qué monarca no codicia a la bellísima reina escocesa?, pero si el previsor Felipe busca congraciarse con el Papa, se va a dar un frentazo. Nuestro flamante Pío V es intransigente. Excomulgó a la reina Isabel declarándola hereje y por razones de austeridad despidió a la mitad de su cortejo papal.
* Dominico: *cani dominis* (“perros de Dios”). Las anteriores uniones de Felipe no han dado resultados efectivos por su consanguinidad. A eso se atribuye la locura del príncipe Carlos, la esterilidad de María Tudor y la infertilidad de Isabel de Valois, ¿tú crees que un médico de cámara del rey ignore que se propone contraer nuevas nupcias?

Contemplan con aire dubitativo el patio iluminado por el sol mediterráneo donde Damián se reúne con Ana Lázara.

* ¿Un tío y su sobrina viajando como hermanos?, ¿tú ves semejanza física?
* Cierto aire de familia, aunque él es más bello.
* Respetaré la opinión de un consumado esteta - sonríe maliciosamente- no quisiera oír al capitán Yllescas cuando reciba pasajeros extras a bordo.
* Antonio, ¡que malévolo eres!, para mí es un buen hombre: creyente y piadoso, leal servidor de su rey.
* Mi querido Giacomo, no nos menosprecies: se necesita más valor para ser hombres malos, creer en Dios y servir a nuestros propios intereses.

Damián se reúne con Ana Lázara y se ve disgustado. Incorpora a su faltriquera los documentos que recibió y se apresura a conducir a su sobrina a la entrada.

* ¿Qué pasa Damián? ¿Te negaron lo que viniste a pedir?
* Por el contrario, se supone que nadie sabía a qué veníamos y el cónsul ya tenía todo preparado, mira: –le extiende los nuevos salvoconductos- “Viaja en compañía de su hermana en el carguero Espíritu Santo para entregar sus mercaderías de paños y aceite de oliva”. No contento con eso trató de sonsacarme. Esquivamos Sevilla por ser el puerto clave para el intercambio con Las Indias y ahora compruebo que de Cuba a Perú circulan rumores. En todos lados hay espías, y eso me molesta.
* Vamos Damián: cuando vine contigo tratando de entrar como oyente a los cursos de Alcalá a la cual ingresaste, me topé con un muro de rechazo. Eso fue más que una molestia.
* Lo siento Lázara: no sabía que el reglamento de la Universidad les prohíbe el acceso de mujeres a la Universidad. El rey Felipe me explicó que tiene que respetar la autonomía universitaria y que, si la princesa Clara Eugenia quisiera estudiar, tendría que hacerlo con profesores privados.
* Más humillante porque es cierto. Pensé que tus influencias reales, ser ciudadana española, y el que mi padre fuera autor del primer libro de Anatomía en el mundo me ayudaría. Dijeron que Europa es el súmmum de la cultura y las ciencias, y podría ser tratada igual que un hombre. Y me encuentro a todos los estudiantes de Medicina aprendiendo de mismo libro pero ninguno pronuncia el nombre de Andrés Vesalio. Hasta para no mencionarlo me llaman Ana Lázara Van Wissen.
* Es el apellido original. Hay un condado en Germania que…
* …heredó la viuda. Lo sé todo. Tenía quince años cuando vi a mi media hermana, una chica pelirroja. Que lleve su legítimo apellido con donaire, yo feliz de ser Cordero y Olivares.
* No fue tiempo perdido: tuviste oportunidad de estar con papá Albert en Las Tórtolas y con mi familia en la Roca del Halcón.
* Sí, pero no deja de dolerme que a ti, que sí te admitieron en la escuela de Medicina abandones tu curso. Bastó que un mandadero con túnica fuera a hablar contigo, para traerme a galope hasta Sevilla y sin darme tiempo a nada me haces cabalgar de nuevo hasta acá “porque vamos a cubrir una importantísima misión imperial”. Esperaba bienvenida oficial, escolta y viaje de primera, y ahora resulta que vamos en una nave de carga cómo hermanos, ¿Qué pasa?
* Si el arzobispo de Henares supiese que le llamas mandadero te excomulga. Tuvimos que pasar al Cabildo en Sevilla para saber con quién me iba a presentar.
* Y las dos veces me dejaste afuera.
* Te dije y te repito que a bordo te referiré los detalles del viaje. Es mejor así, por cuestiones de seguridad para ambos.
* O sea: viajamos inadvertidos porque sí no vamos inseguros.
* ¡Por Dios Lázara!, ya tienes 26 años: ¿podrías deponer tu actitud de niña mimada?

Ella se enfada: hasta la crencha que parte su cabello se mira enrojecida.

* Es tu típico estilo de llamarme solterona. Tú sigue prisionero de intrigas palaciegas, que yo puedo cuidarme sola ¡voy a terminar mis compras!

La chica se adelanta con paso apresurado sumergiéndose entre la multitud del mercado aledaño al muelle: hace bastante calor y los olores tradicionales del pescado y verduras en descomposición se mezclan con las fragancias de las frutas tropicales de allende el mar. El rebaño sudoroso formado de mercaderes, compradores, peninsulares, mozábares, y mujeres de clase con siervas buscando provisiones, esquiva el arroyo que arrastra inmundicias y espanta las moscas zumbantes al sol. El vocerío en distintos idiomas –donde predomina el dulce castellano- urde un tapiz de sensaciones magnificadas y entretejidas con todas las razas y productos que medran alrededor del Mediterráneo.

Damián persigue en medio de ese maremágnum las trenzas bermejas que se mueven agitadamente. Da grandes zancadas y mete el cuerpo entre los ríos de gente, finalmente la sujeta por un brazo mientras la increpa:

* ¡No vuelvas a hacer eso nunca, nunca! ¿Me oyes?, no debemos perdernos de vista el uno al otro ni un instante.

En ese momento un hombre de mediana edad, quien porta un traje ajado, con gorguera, chambergo y espada se dirige con energía a Damián:

* ¡Alto so villano!, señorita: ¿la molesta éste sujeto?

Ella se encoge de hombros y declara:

* Me ha molestado toda la vida: es mi hermano.

El gentilhombre se quita el chambergo inclinándose ante ella, tras lo cual reanuda su camino al muelle. Damián dándose por vencido conduce a la joven a una plazoleta menos concurrida.

* Está bien, te diré algo: vamos a la ciudad de México a recoger un libro que un sabio nativo llamado Juan Badiano tradujo del náhuatl al latín para llevarlo como presente al Papa Pio V. Esta acción es muy importante para restablecer buenas relaciones con Roma, que decayeron mucho con el Papa anterior. Mi buen rey Felipe quiere contraer nupcias de nuevo, pues se impone como razón de estado para seguridad del Imperio español.
* ¿Y cómo saben los diplomáticos que el Papa no accederá a la petición del monarca más poderoso del mundo? ¿se lo pidió?
* No. El máximo pontífice acaba de tomar posesión y es muy conservador. Puede que considere que si un rey enviudó tres veces sea voluntad de Dios. Pero nuestro rey contempla la posibilidad de engendrar otro hijo varón.
* De modo que estamos cómo la lechera que imagina todo lo que hará con el dinero que le den por su producto y todavía no ha ordeñado las vacas. Secretos e intrigas imperan en todas las cortes y creí que tú te habías retirado del papel de mensajero.
* Lázara: olvidas que comemos el pan del rey, pero también que es un hombre tan querido por mí como nuestro padre Albert, o como Vesalio. Yo he visto a Felipe en sus momentos más aciagos, y aun así es piadoso, prudente y misericordioso, ¿no lo percibes tú?
* Mejor me guardo mi opinión. La pregunta es: ¿para qué me trajiste?
* Tú eres imprescindible para que esta misión salga bien. Tendremos más detalles en la Villa Rica de la Vera Cruz. Por favor ten confianza.
* ¿Cómo confiar sino sé lo que vamos a hacer?
* Porque la confianza entre hermanos es como la fe en la religión: no hay sustento científico, pero uno cree sin ver a Dios. ¿Satisfecha?
* ¿Qué me satisfaga servir de cubierta doméstica a una red de intrigas?... Mi plan era pasar a Italia y ver a mi hermano Andrés.
* Por el momento tu único hermano soy yo. ¿Te olvidas que recibimos una carta de él diciendo que irá a América en la primera oportunidad?
* Pues sí, por eso dejo que la corona española pague mi transporte. Pero para embarcar exijo tres cosas: que nos den un camarote de cubierta, que aclararás que por prescripción médica necesito un baño diario; y si el capitán o cualquier viejo pretende hacer amistad, diré que me siento mal y desapareceré …¡ah! Y otra cosa: no me vuelvas a decir Lázara -levanta la barbilla retadoramente – me llamo Anita.

Damián sonríe recordando cómo en su niñez, ella hacía rabietas cuando la llamaba así.

* Anita: la que siempre se sale con la suya.

**III *Espíritu Santo* vs.- Capitán diablo**

El abordaje del navío *Espíritu Santo* se realiza tres días más tarde. La carabela anclada entre pesados galeones mercantes semeja un esbelto cisne entre gordos pelícanos. En el muelle hay una actividad frenética similar a la del hormiguero antes de una tormenta: se acopian provisiones, agua, mercancías, los puentes hechos con tablones se tambalean bajo el peso de esclavos y siervos que transportan a espaldas sacos y bultos de cincuenta kilos. Mientras las tres docenas de hombres que conforman la marinería, sube descalza por los mástiles para revisar aparejos y velamen, otros sobre cubierta tensan cordajes u ordenan en las bodegas lastre y cargamento. Hay un puente especial cerca de la popa en que suben oficiales con equipaje de mano. Es por este conducto que Damián y Ana Lázara suben a bordo.

El capitán y dos oficiales, cubiertos con la casaca negra de la marina mercante española, otean el horizonte en el puente de mando: calculan velocidad del viento, altitud de la marea y cantidad de carga. En el momento que vocean: “¡Preparados los remeros!, ¡listos para levar anclas!”. El encargado de cubierta hace un ademán perplejo y acude con renuencia a reportar al capitán:

* En el puente de abordar hay una pareja que trae un permiso especial de viaje, expedido y sellado por el Intendente marítimo de Cádiz el marqués de Medina Sidonia.
* ¿Y qué quieres?
* Mi capitán: revisé la bodega y encontré un flete a nombre de ellos. Pero ya les dije que este no es un barco de pasajeros e insisten, ¿les doy permiso de subir?

El capitán duda un momento y dirige su catalejo al puente de abordaje: los presuntos pasajeros se ven distinguidos. Por fin replica irritado:

* ¿Dices que los recomienda el cónsul Sidonia?, ¡carajos, déjalos subir!
* ¡Si mi capitán!

Mientras el oficial sigue trasmitiendo las órdenes a la marinería, lo escucha mascullar:

* ¡Atajo de imbéciles!, ¿no ven que estamos ocupados?

Después de la pequeña demora los hermanos suben a bordo. Otro revuelo se forma cuando Damián solicita hablar “con el maestranza de cubierta”. De nuevo recurre al capitán visiblemente temeroso.

* Mi capitán: la pareja recomendada por el cónsul Sidonia, solicita una cabina sobre cubierta, y que de la cocina se le suministre diariamente un barreño con agua caliente para su aseo cotidiano.
* ¡Maldición!, ¿creerán que el *Espíritu Santo* es un barco de recreo? ¡me cago en los recomendados! La única cabina sobre cubierta además de la mía es la de los primeros oficiales…

Sigue un silencio tenso…

* Señor Villafrancay señor Gali, tendrán que dormir en las literas con la marinería: hagan un rol para que puedan encontrar camas desocupadas. – y tú Gaspar, dile al cocinero que le mande el agua cada tercer día y la recuperas para lavar la cubierta.
* ¡A la orden mi capitán!

El aludido –un chiquillo de catorce años, grumete en su primer viaje- corre al extremo de la nave a notificar al cocinero, agarrándose su gorrito rojo.

Cuando a Damián y Lázara se les indica donde van a instalarse, encuentran a dos oficiales guardando objetos en una talega. El más joven se presenta ante ambos con un educado y musical acento italiano:

* Somos los oficiales de a bordo: el Sr. Santiago Villafranca primer cabo de mar; yo soy el contramaestre Francesco Gali. Les pedimos un momento por favor, estamos tomando nuestras cosas personales – el otro marino muy curtido por el sol, permanece silencioso - no tardaremos.
* Gracias caballeros –murmura Damián medio cohibido- esperaremos afuera.
* Ya terminamos. Dejaré ropa para que Gaspar las recoja –viendo que ellos escudriñan el mínimo espacio, comenta- en una nave cuando el mar está picado las literas hasta se agradecen.

Ana Lázara responde con acritud:

* Ningún problema señores, estaremos bien.

Después de instalados, Damián se acuesta en la litera superior, midiéndola. Ana Lázara, abajo, se suelta las cintas del sombrero y afloja las ligas de las medias.

* La verdad me apené ante los oficiales. Uno de ellos se nos quedó mirando escrutadoramente.
* Pues sí, fue el que hace tres días pretendió defenderme y le dije que éramos hermanos. ¿No lo reconociste? Bueno, es que iba de civil.

Damián se pone atento.

- ¿Qué dices?, Por Dios, esto es muy sospechoso.

- Fue una casualidad. Ni siquiera lo hubiéramos visto en todo el viaje de no ser porque le expropiamos su camarote.

Damián contempla por la única ojiva cómo la nao se desliza graciosamente en el agua, tomando rumbo a Occidente: al Sur queda la costa de África, al norte el Mediterráneo continuándose con el océano Atlántico con América esperando en la otra orilla.

* En mi primer viaje a la Nueva España tomamos una pequeña goleta con los hermanos Cortés. Era casi una cáscara de nuez, pero no notamos la incomodidad ni el riesgo: todos íbamos ensimismados, ellos muy quebrantados tras dos años de prisión y yo afligido por la desaparición de tu padre entre las selvas de Las Hibueras…
* De la cárcel se sale, del patíbulo no.

El médico suspira. Sigue un pesado silencio.

* Anita, eres una mujer especial: recuerdo desde nuestra infancia tus dotes para el *trivium* y el *cuadrivium*, además de tus habilidades físicas. Siempre pensé que tú deberías estar en la corte del rey Felipe, pues tenías instrucción y habilidades propias de una dama noble. Esa inteligencia tuya debería ayudarte a refrenar tu genio y no irte de la lengua: no es bien visto en una dama.
* Vuelves a tus investiduras diplomáticas: ¿Le dirías a un hombre que “No debe irse de la lengua”?... siempre he sido la misma, pero tú no me conoces, te fuiste a la Corte a los doce años.
* Pero nosotros fuimos…somos una familia: papá Albert, mamá Leonor, tía Inés y Eleanor: ellos nos construyeron una niñez dichosa, ¿lo recuerdas?
* Recuerdo que mi madre Eleanor me dejó en la cuna, por ir a buscar a mi padre; que volvió porque estaba embarazada de Andrés y que tú regresaste casado. Y lo que no puedo olvidar es que tenía 16 años cuando Eleanor nos llevó al Nuevo Mundo para iniciar una nueva vida - la luz del ojo de buey arranca destellos de sus ojos grisáceos – V*ita nova, Nova morte*: ejecutaron ante mis ojos a mi prometido –al ver agitarse las manos de Damián remata - ¿decir la verdad me hace menos dama?
* ¿Por qué no te alegró la vuelta de Vesalio?, ¿no te conmueve el amor excepcional de tus padres?
* Tan excepcional que me sentí excluida. Andresito consiguió una beca para Venecia y yo me quedé en la hacienda de Chiapas ejerciendo de mayoral. La verdad a veces pienso cómo se las arreglará para cultivar cacao el padre de la anatomía….
* Querrás decir tu padre.
* Mi padre es Albert que me crio. Él y Eleanor me hicieron creer que las mujeres podían hacer lo mismo que los hombres. Me vine contigo esperando entrar a la Universidad y ahora tú te apresuras a traerme de regreso. Voy de rechazo en rechazo como moneda falsa de mano en mano.
* No es así Anita, te necesito a mi lado. Después regresaremos a la Roca del Halcón, cuidaremos de papá Albert.
* ¿Cuidaremos?, sería yo la cuidadora, como lo fueron mi madre y mi tía, cómo lo es tu esposa, como es el destino de una solterona - a pesar de su mirada dolida, continúa- tú eres hombre y hay un abismo de diferencia entre nosotros: tienes tierras, oficio, familia, acceso a la universidad. Yo no puedo estudiar, no puedo heredar. Y soy especial porque no me conformo.
* Lázara, tú al nacer literalmente abriste un camino que nadie había recorrido. Se dice que Julio César nació por el vientre pero no hay ningún documento histórico que lo avale. Algún día lo que hizo Vesalio en tu madre lo sabrá la posteridad. Debes considerarte privilegiada: Dios te concedió la vida, que es una aventura maravillosa. Para ser feliz en este mundo, hay que olvidar lo malo y regocijarse con lo bueno.

Lázara da por terminada la discusión dejándose caer en el lecho y cerrando los ojos. Damián sale del camarote y cierra suavemente la puerta.

La nave boga ahora con viento en popa a toda vela por la ruta marítima que Cristopher Columbus inauguró hace más de medio siglo. Los convoyes militares que custodian galeones españoles transportando tesoros, son lentos por su cargamento y personal a bordo: más de quinientas personas. Se requiere repostar varias veces en puertos de gran calado para proveerse de agua y comida. Pero esta carabela es ligera y muy marinera: con corrientes y vientos favorables llegará al otro continente en noventa días.

El primer día de navegación la joven no asoma las narices fuera del camarote. Después lo hace con regularidad por las mañanas, para sentarse al otro extremo de cubierta a leer un libro. Empero, Damián tiene serias sospechas que es debido al genio infernal del capitán. En su camarote los despierta al amanecer el manantial de palabras soeces cuando increpa al timonel por permitir el balanceo del barco, por no virar cuando las corrientes marítimas cambian; los persigue cuando pliegan las velas, o cuando no las despliegan al cien por ciento; por no tensar las jarcias a cinco segundos de emitir la orden; cuando el vigía no distingue nada en la densa neblina matinal; cuando considera que Gaspar no lava la cubierta con la suficiente prolijidad, cuando un marino ata cabos y el capitán puede introducir dentro de un nudo la punta de su sable… todo es pretexto para hacerle maldecir diez veces al día. Insulta hasta a las gaviotas cuando revolotean al tirar los desperdicios de comida por la popa. No contento con maltratar a los seres vivientes, el capitán también blasfema:

* ¡Coño, Dios: apúrate que tengo prisa!

O le reclama a las corrientes marinas “ser unas putas con el viento” si no fluyen en la dirección que él necesita. La marinería se mantiene lo más lejos posible de su vista y radio de acción y sus oficiales le tienen un respeto muy saludable. Realmente no es buena idea ser su vecino de camarote.

Sin embargo, a veces sus destemplados gritos y el ambiente tenso sirven para distraerse, en esa calma en que la nave avanza a base de remos como un ciempiés del océano. Los días se suceden monótonos y Ana Lázara se entretiene imaginando formas en las nubes.

En una mañana excepcionalmente soleada, Damián decide bajar a la bodega para revisar la carga que fue enviada por vía fluvial para reafirmar su condición mercante. Esboza una sonrisa cuando cuenta doce barriles de roble llenos de aceite de oliva y varias cajas de las ánforas tradicionales con el sello *Damiana.*

Gaspar sirve para todo (entre otras cosas de galopín). El cocinero llamado Pancracio es un mulato de mediana edad, obeso y amigable. Los dos bajan por vituallas diariamente y el último comenta:

* De modo que la finca que produce este aceite pertenece a su familia.

Damián –muy en su papel de mercader, rememora su infancia en los olivares paternos:

* Así es, aunque el negocio ha decaído mucho y ahora nos diversificamos al ramo de la pañería. Vos sabéis: una canasta de olivas se paga a cinco o seis maravedíes. La prensa original que construyó mi padre aún existe y aunque en poca escala, sigue produciendo este óleo muy solicitado por su calidad.
* Supongo que vuestra prensa estará entre Sevilla y Huelva.
* No, es una finca camino a Barcelona –responde con cautela.
* ¡Ah, excelente!, la verdad yo hacía viajes especiales a la Barceloneta para adquirirlo, puesto que para mí es mejor. El capitán prefiere los platillos cocinados con este aceite: distingue el sabor de inmediato.
* Los aceites griegos e italianos han acaparado el mercado local. La verdad es que me dedico con más ahínco al comercio de textiles.

Y procede a mostrarle el otro bulto que consta de paños de seda, satín, terciopelo francés, tejidos de lana galeses, y encajes de Brujas y Amberes. Finalmente, llena un ánfora y se la obsequia.

* Tomad maese cocinero, de mi parte para usted y a ver si el genio del capitán mejora por el bien de todos.

Al día siguiente Gaspar se presenta ante ellos al ocaso.

* Mi capitán don Jordi de Jesús María y José Yllescas invita a los hermanos Olivares a cenar con él en la cabina de oficiales. Vendré por ustedes en una hora.

Damián y Lázara callan desconcertados; en un barco la palabra del capitán es ley: ni por un momento se contempla la opción de una negativa. El chiquillo se retira con su gorrito que hace juego con los rubores del Poniente.

**IV Tómelo con flores**

El capitán Jordi, no se levanta de la mesa a la llegada del médico y la joven, pero los dos oficiales - y otro hombre que está en la cabina- sí. Dicen sus nombres completos también por orden de jerarquías: “don Francesco Gali Aquaviva, don Santiago Villafranca y Páramo; don Alfonso Pérez e Hinojosa, cirujano barbero” (hombre imprescindible para la travesía).

Se acomodan con dificultad en la apretada cabina; la mesa para cuatro es reducida y con seis comensales luce atestada. El ambiente es bochornoso: cuando Francisco se pone de pie para acomodar un pequeño taburete por no caber otra silla, la joven nota su camisa empapada en sudor.

Ana Lázara observa el contraste presente entre los tres oficiales y el capitán: este último a pesar de nombre tan piadoso, debe ser un consumado hereje por las blasfemias que le oye proferir a diario, y su físico es acorde: carcomido de viruela, ojos oscuros que bizquean cuando mastica –que es el caso -, porta dos aretes de oro en forma de ancla que acentúan su nariz ganchuda y para colmo posee unas piernitas ridículas que parecen palillos embutidas en calcetas gruesas y botas negras. Mas él no se observa incómodo en ese diminuto refectorio, por el contrario: se pavonea como un rey con su corte sentados en un amplio comedor.

Francesco, el primer oficial es muy joven, de alta estatura y porte gallardo. Su rostro es hermoso, de rasgos clásicos; sus modales, indumentaria nueva, anillo de sello y botas de gamuza hablan de un origen noble. Don Santiago –quien está situado frente a ella-, es de estatura promedio, cenceño, su rostro atezado es común y corriente salvo una cicatriz que le surca la mejilla izquierda hasta la oreja homóloga, adornada por un pequeño aro de plata. Don Alfonso es más bien moreno, constitución robusta, y talante taciturno, habla lo indispensable con acento andaluz. Comen limitando sus movimientos.

A Ana Lázara le intimida cruzar miradas con el oficial Santiago, no por el estigma en su mejilla, sino por la luz que emana de sus ojos zarcos. La joven siente volverse transparente. Sin duda que confrontados, él sabrá que es una mentirosa. Desvía la mirada hacia sus manos grandes, duras y callosas que no utiliza para mantenerse erguido en esa embarcación bamboleante: parece un húsar inamovible en caracoleante cabalgadura. La joven concluye que deben ser las largas travesías que dotan de ese equilibrio a los marinos, pues los demás –incluyendo a Gali y Pérez- van y vienen con los embates del barco.

La conversación es mínima haciendo honor a la cena. Damián y Lázara comen siempre a bordo una sopa de garbanzo o lenteja, cecina o sardinas que hostigan por saladas, y galletas – algunas veces mordisqueadas por diminutos dientes. Ahora saborean un arroz con azafrán y mariscos que son una delicia.

Después del ágape se entabla la verdadera plática, frente a unas tazas de té servidas en diminutas tazas anidadas en una mesa especial con oquedades *ad hoc*, para que no se derrame su fragante contenido. El capitán Yllescas habla con voz meliflua, muy distinta en tono y contenido a su habitual andanada de majaderías.

* Espero que sus mercedes no sean de esa legión que prolifera a ambos lados del Atlántico, que toman un brebaje de semillas de cacao e inhalan rapé como sobremesa.
* No lo somos capitán Yllescas. Mi hermana y yo preferimos esta magnífica infusión británica.
* ¡Jojojo! – debe ser una rareza que el capitán ría: ambos oficiales detienen en el aire la maniobra de ingerir sus tazas – no es inglesa sino americana, de una planta llamada magnolia. Los indígenas son muy afectos a incluir flores en su comida, ¡Jo,jo! ¡Sólo falta que cocinen nuestras rosas de castilla!
* Por lo visto capitán conocéis la Nueva España.
* Me alegra que no. Llevo veinte años haciendo esta ruta con la marina mercante de su majestad, y pruebo las cosas que produce, pero nunca me interno en ese territorio salvaje – se hace una larga pausa, solamente rota por el tintinear de cucharas isócrono con el oleaje- Quien más sabe de la Nueva España es don Santiago. Según sé, ahora irá de visita a las tierras del interior.
* Estoy interesado en la historia de un colegio llamado La Santa Cruz de Tlatelolco, ¿sabe usted algo de ella?

El oficial Villafranca toma el tema con voz discreta.

* Fue fundada por franciscanos, y se sitúa en una plaza que antaño era sitio de adoración de los nativos. Dominicos y franciscanos están en pugna, ahora que Pio V se sienta en el trono de San Pedro.

El capitán frunce los labios al escuchar nombrar del pontífice.

* ¡Estos corsarios italianos! –nadie mira a don Francesco ni hacen comentarios- Cuando los Papas proclaman: “Mi reino no es de este mundo”, para sus adentros piensan que todo les pertenece por patente de corso. No quieren enterarse que los españoles somos los legítimos dueños.

Los circunstantes dibujan una sonrisa de cortesía. A Ana Lázara le incomoda esta conversación de conquistadores y va a intervenir, pero Damián le hace ademán de silencio cubriéndose la boca con una servilleta.

Don Santiago continúa con mesura.

* Dominicos y franciscanos son cómo los extremos de la iglesia. Data su enfrentamiento desde los años siguientes a la Conquista: los dominicos se dedicaron a la enseñanza y los franciscanos a la atención y rescate de los nativos, evangelizándolos a través del ejemplo personal. Los dominicos han alcanzado gran poder pues influyen en todas las iglesias y escuelas del Nuevo Mundo. Sólo los colegios independientes viven fuera de su esfera de influencia… y presupuesto. Han apelado a su majestad para tener un subsidio –sorbe un trago del té- aunque entiendo que Luis de Requesens se opone a darles los quinientos ducados en efectivo que pidieron, ¿es cierto don Francisco?

El aludido responde con su musical acento.

* Tal es y bien decís don Santiago. La guerra contra los Países Bajos y la rebelión de las Alpujarras tienen al tesoro real exhausto. El consejo de las Indias por ahora carece de prioridad.

El capitán Yllescas, se transforma ahora en el rey que presume de sus cortesanos:

* Don Francisco estudió en Sevilla Ciencias de la Navegación y astronomía, y es su año de prácticas. El Sr. Villafranca lleva dieciocho años ejerciendo como marino y acaba de ser ascendido a primer oficial. Esperemos que este trasto del Espíritu Santo resista dos años para que me retire yo. Continúe usted Santiago.
* No hay mucho más que decir: las dificultades económicas existen en todas las instituciones, y más si no producen beneficios a la Corona –sorbe otro trago de su té-por cierto que la magnolia viene como un digestivo y calmante de cólicos intestinales en ese libro del nativo Juan Badiano.
* Es un error -contesta presto Damián- el códice Badiano le quedó como nombre, pero sólo fue el traductor del español al latín; el verdadero autor es un médico que se formó en esa universidad llamado Juan de la Cruz, que convocó en Tlatelolco a sabios nativos quienes vertieron su acervo cultural de la medicina náhuatl.

De los cinco presentes que manifiestan sorpresa (ninguno más que Ana Lázara), sólo responde el cirujano:

* Querrá decir curanderos. Solo existen escuelas de medicina en Europa.
* Teóricamente sí. Las culturas precolombinas creían en una mezcla de religión, magia y ciencia para combatir la enfermedad. Determinados dioses eran los responsables de las enfermedades, y sus sacerdotes protegían a sus devotos: algunos enfermos pensaban que la causa residía en enemigos o rivales y la curación consistía en rituales mágicos. Pero conocen procedimientos trasmitidos por tradición oral, de remedios elaborados a base de animales, plantas y minerales que sanan al enfermo. En España despertaron mucho interés sus métodos, y don Juan de la Cruz recopiló esos saberes en el ilustrado libro.
* Ilustrado vos Sr. Olivares, algunos rumores oí en Sevilla y Toledo, pero usted nos da información fidedigna. Cualquiera pensaría que sois médico.

Damián responde quitando su tono doctoral:

* No Dr. López, sólo un negociante que busca nuevos mercados: ¿Qué tal si podemos hacer plantíos de magnolias como las de India y China y les quitamos a los portugueses su hegemonía en ese rubro?, toda transacción nace de la información.
* ¿Y qué tal Sr. Olivares –interviene el capitán- si mejor expanden su negocio para que todos tengamos acceso al magnífico aceite que producen?

El médico mueve la cabeza.

* Genoveses y venecianos llaman a eso ley de oferta y demanda. La producción a poca escala, nos hace muy solicitados y podemos fijar el precio.
* Sólo funciona cuando el producto es de alta calidad –el capitán guiña sonriente el ojo bueno y se ve más feo que nunca- he aprendido algo en estos años.
* También estáis versado en asuntos italianos. Yo estoy al tanto de algunas cosas porque mi madre es italiana y pasé ahí mi niñez. Tenemos algunas amistades aún.
* Señor Gali, el mercader debe estar atento a las noticias que corren y hacerse ciudadano del país donde prospere. Así aprende mucho.

En esos momentos los interrumpe la joven, quien deja oír por vez primera su voz:

* Me siento cansada Damián, pido permiso al capitán y los caballeros para retirarme.
* Lo tenéis apreciable dama. Siento haberos entretenido tanto, nosotros también nos retiramos. Mañana todos tenemos que madrugar.

Cuando ya están a cobijo en el oscilante camarote, Ana Lázara arremete:

* ¿No que no debíamos irnos de la lengua?, ¿o solo lo puedes hacer tú?
* Es una estrategia Anita, escucha: me parece sospechoso que en una fragata de segunda asistan a un capitán dos oficiales ilustrados y versados en política. Uno de ellos debe ser un espía.
* ¿Y de quien sospechas? ¿del capitán, del cirujano o de los oficiales?
* Él italiano por recién llegado es el primer sospechoso. Eliminaría al Sr. Villafranca si tú no hubieras advertido que se acercó a nosotros en el mercado. Sabremos quién es cuando uno de ellos quiera conversar cercanamente conmigo.
* ¿Y qué voy a hacer yo?
* Entretener al otro mientras procuro obtener información.
* ¿De qué puedo hablar con dos individuos pedantes y presuntuosos?

Damián se exaspera:

* Podrías allanarme el camino aplicando algún método de investigación.
* Sólo conozco los de la Inquisición. Y no volvamos al tema de la fe. Buenas noches.

**V Al amor del agua**

Al día siguiente no los despiertan las maldiciones del capitán Yllescas. El día es plácido y la esbelta nave surca las aguas con ligereza. Hasta la marinería parece relajada pues se ponen a practicar nudos con las cuerdas. Una hora previa al ocaso los aborda el oficial Gali.

* Sr. Olivares: me gustaría platicar con usted de negocios. ¿Cuándo piensa que podamos hacerlo?
* Ahora mismo desde luego. Anita querida: ¿quieres que te lleve al camarote o prefieres quedarte aquí?
* Daré una vuelta por la cubierta - entorna los ojos fuera del campo visual del oficial.

En cuanto se alejan sube a la cabina del timonel donde está el oficial Villafranca conduciendo el barco. Se sobresalta ligeramente cuando Ana Lázara habla.

* Don Santiago: ¿puedo quedarme aquí viendo el panorama?, no lo interrumpiré.
* Desde luego señorita Olivares, aunque temo que se aburra. Estamos baqueando, lo que en lenguaje marino quiere decir “vamos al amor del agua”, las corrientes submarinas nos llevan y le parecerá todo plano y aburrido.
* Supongo que los marinos lo prefieren.
* Decís bien señora. Preferimos la monotonía a una tempestad, cómo preferimos un flete a una travesía oficial.
* ¿Qué diferencias tiene?
* Los viajes en galeones de la Real Marina mercante española hacen la travesía dos veces al año. Son naves grandes, verdaderas ciudades flotantes. Viajan con grandes cargas y hacen escalas largas y numerosas, para reaprovisionarse. La ventaja de estos barcos pequeños es que están hechos de maderas flexibles, sus velas tipo latino le dan velocidad, pocas veces recurrimos a los remos. Otra ventaja es que no somos apetecibles para los piratas.
* ¡Qué bien!, me pondré a la izquierda de usted y me moveré adonde me indique si le estorbo.
* En lenguaje marinero se dice: “Me situaré a estribor y subiré y bajaré con la marea”.

Lázara titubea: “¿Será una broma?, ¿debí reírme?” … se hace un silencio, cuando distingue sobre cubierta a Damián y Francisco hablando animadamente y se decide.

* Sr. Villafranca: platíqueme de esos colegios de la Nueva España. Yo viví en su capital seis años y hace cuatro nos trasladamos a Las Hibueras, pero ni en uno u otro lugar oí hablar de tales escuelas.
* ¡Enhorabuena!, sus trenzas se me hacían familiar.es Yo nací en la capital, soy mestizo. Mi padre muy joven estuvo con las huestes de Pedro de Alvarado. En el istmo de Tehuantepec conoció a mi madre, y la llevó a México a un lugar por el río Remedios. Tal vez por eso soy un hombre de agua: mi niñez estuvo llena de trajineras, canales y chinampas, ¿sabe de lo que hablo?
* Claro que sí: botes de remo con una especie de jardines flotantes. Recién llegados a México vivimos al sur de la ciudad, y varias veces mi madre nos llevó a recorrer los canales que eran más que las calzadas, ¿la familia Villafranca vivía en Xochimilco?
* Mi apellido proviene de la aldea donde nació mi padre adoptivo. Mi padre biológico ya estaba casado con una criolla, y no me bautizó. Mantuvo siempre tierra de por medio entre nosotros. Yo me enteré donde estaba su hacienda porque al pasar en trajinera, mi madre veía fijamente un torreón que presidía el panorama, donde arribaban parvadas de patos. Solamente hasta que ella murió, el peninsular señor de Velasco consintió en sepultarla en su cementerio y a mí pasar a formar parte de la peonada de su hacienda. Al morir todo quedó en manos de los hijos legítimos, y yo tuve que buscarme la vida.
* ¿Huérfano de padre y madre? … pena doble señor oficial.
* Así es, y trabajo doble. Batallé mucho para que me admitieran en escuelas caritativas reservadas a indígenas puros. Después una red de fraternidades me dio la oportunidad de ir a Portugal a seguir estudiando.

Lázara no sabe qué contestar. Tiene conciencia de lo que significa ser ilegítimo (y además mestizo): no todos pueden ser un Martín Cortés que se educó en la Corte española y fue caballero de Carlos V. ¿Y porque le confía que es de sangre indígena?... él es de tez apiñonada, cejas y barbas pobladas, y ojos muy claros: fácilmente pasaría por español o italiano. Su íntima confesión la pone nerviosa. En el silencio subsiguiente don Santiago retoma la charla con naturalidad:

* Respecto a tales colegios se establecieron a instancias de religiosos agustinos, benedictinos y franciscanos, interesados por igual en el alma y cuerpo de los nativos. Muy letrados hombres enseñaron ahí, y también salieron alumnos distinguidos. Santa Cruz de Tlatelolco es uno de los más reconocidos.
* Que bien Señor Villafranca, os agradezco la información.
* Me gusta el apellido que me donó mi maestro y benefactor. Fue navegante y al ocaso de su vida se retiró a dar clases en un colegio agustino de la ciudad de México. Una enciclopedia: sabía todo lo que había que saber.
* Por lo que se ve, usted sigue su ejemplo.
* Me gusta leer y navegar a partes iguales. Recibí una carta donde me informaba… ¡por cierto!, la carta con el nombre del convento quedó en mi…en mi ex camarote.

La joven avista que Damián y Francisco se despiden, ella sigue sintiéndose incómoda.

* Siento haberlo desalojado, la verdad es que…
* No se preocupe, escuchaba día y noche las órdenes del capitán Yllescas. Me arrulla mejor el sonido del oleaje. Me gusta el Villafranca, pero llámeme Santiago.
* Le agradezco de nuevo haberme permitido estar aquí, don Santiago. Y por sus atenciones y plática.
* A sus órdenes mi señora. Anoche en la cena, inclinada sobre la mesa me recordó un verso: “Esa rayita, que tiene Anita en el pelo, es veredita, para ir al cielo” … ¿puedo llamarla Anita?
* ¿Eh?, por ahora Ana estará mejor. Hasta luego.

Reunidos en el camarote Lázara y Damián, ella pregunta:

* ¿Y bien?, ¿Confesó el italiano?
* ¡Bah!, resulta que quería asociarse para poner un negocio en gran escala de aceite de oliva, pero que no se llamaría *Damiana* sino *Ángelus* ¿como ves?
* De modo que queda descartado.
* No puedo descartar a nadie. Pero investigaré al cirujano López y al Sr. Villafranca: sabe demasiado de la Nueva España.
* El origen de sus conocimientos reside en ser mestizo novohispano.
* ¿Y cómo lo sabes?
* Lo averigüé. No, en realidad cuando le dije que había vivido en México espontáneamente me platicó cosas como si nos conociéramos de antes.
* Mira Lázara –la joven frunce el ceño- Anita…no puede haber coincidencias. Sigue platicando con él todo lo que puedas, pero procura no decir nada comprometedor. Nuestra misión se maneja como secreto de estado.
* Vuelvo a preguntar: ¿para qué?, todo mundo parece conocer el susodicho libro.
* Te lo diré en Veracruz.
* Está bien -se calla bruscamente - el señor Villafranca parece maestro, empieza a hablar y no hay manera de pararlo, ¿qué le debo preguntar?
* Confíale pequeños secretos, gánate su confianza. Llegará el momento en que te preguntará adónde vamos, nombres, lugares, fechas… yo te daré datos para despistarlo.
* Me apena hacer eso, parece un buen hombre.
* Bueno, inteligente, ameno, instruido: entre los consejeros del rey pude comprobar que los hombres buenos son los peores.

**VI La cabeza del arrodillado**

En la semana siguiente Ana Lázara busca los turnos en que a don Santiago le toca timonear al atardecer, y sube al castillo de proa -el punto más alto sobre cubierta- llevando un cuaderno similar a una bitácora, y finge tomar notas. Para evitar maledicencias Damián se sitúa a babor donde parece tenerlos siempre a la vista. En realidad, se entretiene mirando las maniobras marineras. Hoy todo está en calma, navegan a buena velocidad debido a la corriente marina que discurre rauda del Atlántico al mar Caribe. Hay un ruedo de hombres observando a un veterano de rostro feroz e hirsutas greñas, que tatúa con un cuchillo marinero y tinta de calamar a Gaspar, atentos a atisbar en él un gesto de dolor. Cuando Venus - el lucero de la tarde- se enciende en el cielo es hora de terminar la charla. Cada vez que baja de “su clase” Damián la espera en la pasarela y la interroga:

* ¿No te pregunta cosas Anita?, yo vi que habló largo rato animadamente.
* Me enseña a distinguir entre proa y popa, babor y estribor, casco y obenque, palo mayor, palo de mesada…
* ¿Te comparte cosas personales?
* También: me habló de la flora y fauna de Xochimilco: que aprendió a nadar a los tres años y a remar a los cinco, de sus viajes semanales con su madre al mercado central donde llevaban flores, plantas, chichicuilotes.
* Pero en concreto: ¿Te preguntó a dónde vamos?
* No me preguntó nada. Me habla de un marino amigo suyo que sabía muchas cosas de los colegios indígenas porque dio clases en uno de ellos, y que va a …
* ¡Eso es! –Damián chasquea los dedos- nos enviará directamente con el espía.
* Por Dios hermano, entiendo que ya murió. Va a ir por unos documentos que le legó, a un colegio de la ciudad de México. Ya se me agotaron los pretextos, y cada día me abruma con señales del tiempo, la brújula, el mapa estelar. Ahora quiere enseñarme a timonear. Y aunque tu revolotees alrededor, la marinería se da cuenta que siempre estamos ahí. Nos perderán el respeto y a él también. Hay que hacer un alto.
* Llevamos sesenta días de navegación ininterrumpida, y pronto entraremos al Golfo de México. Hagamos un plan: dile que pida un turno de noche para que te enseñe las estrellas. Eso dará lugar a intimidad; si algo quiere será el momento para solicitarlo.
* Pero Damián, ¿no es muy atrevido que una mujer le pida a un hombre tal cosa?
* Eso es el *quid* del asunto. Mostrará sus verdaderas intenciones.
* ¿Y si dice o hace algo inconveniente?
* ¡Vamos Lázara! No puede hacerte nada, tendrá las manos clavadas al timón y la vista en la brújula.
* No me convence tu método.
* Mira, en el medio diplomático aprendí que para neutralizar al enemigo hay que usar sus propias armas: tú eres noble e ingenua y él trata de seducirte. Ya juzgarás tu misma.
* ¿Y si te equivocas?
* También será un avance. Investigaremos al cirujano y al capitán.

En su plática vespertina Ana Lázara manifiesta deseos de una lección nocturna y don Santiago contesta al instante:

* Cambiaré el turno con el timonel de noche. Pediremos la anuencia del capitán y su hermano, si comemos mañana en la mesa de oficiales.
* ¿No se disgustará el capitán?
* Le dará gusto, a Pancracio ya se le terminó el Damiana.

El presunto comerciante se apresura a llevarle dos ánforas personalmente y el asunto queda zanjado.

En el convivio, los marinos y los doctores hablan de la rápida travesía y que pronto arribarán al Golfo de México, sólo don Santiago permanece silencioso. Ana Lázara dice cómo al descuido que “le encantaría poder identificar en el cielo nocturno las estrellas que guían a los marineros”, y antes de que puedan decir algo se adelanta Francisco Gali.

* Yo se las enseñaré con mucho gusto.

La joven, Damián y el cabo de mar se miran cuando el capitán interviene complaciente:

* Tal será una verdadera lección de astronomía, el señor Gali es estudioso de las teorías de Copérnico un gran astrónomo. Todos deberíamos asistir.
* Gracias. Nos abruma su amabilidad.

Por la noche, Francisco le da información previa al cortejo formado por Ana Lázara, Damián y el cirujano Alonso con actitud pontificia.

* La brújula fue un instrumento utilizado por los chinos desde el pasado siglo. Una aguja provista de imán se coloca sobre “la rosa de los vientos” señala los puntos cardinales y sus divisiones, gracias a la influencia magnética del Polo Norte. También contamos con el astrolabio, invento árabe que permite determinar la posición de las estrellas sobre el cielo. Así los marinos pueden orientarse y calcular su posición en cualquier lugar de los siete mares.

Continúa describiendo las constelaciones de Orión, las Cefeidas, Perseidas y Pléyades, haciendo énfasis en Aldebarán, una estrella que se encuentra al extremo sur de la constelación de Tauro, y sigue el trayecto de las pléyades por lo que los árabes le dieron el sobrenombre de “la perseverante”. A la joven le duele el cuello de tanto mirar hacia arriba, esforzándose por identificar en el manto celeste a los astros descritos, mientras se dice: “¡Que imaginación tenían esos antiguos!”.

Mesuradamente interviene don Santiago:

* Lo más notable de Aldebarán es que fue descrita por los antiguos toltecas, ellos le llamaban *Yohualtecutli*, y coincide en el extremo Norte con la Cruz del Sur, constelación solo visible en el hemisferio austral.
* Sr. Villafranca, ¿por qué usted y el capitán usan aretes y el sr. Gali no?, ¿es alguna tradición local?
* En nuestro medio es una indicación de haber sorteado algún cabo especialmente difícil: mi maestro Urdaneta lo portaba por haber doblado el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza; él me lo dio cuando pasé el de York en Oceanía. Nuestro capitán Yllescas dice haber doblado todos los existentes en la mar Océano.
* Me parece más una costumbre bárbara que una tradición marinera - replica Francisco Gali - en Grecia lo hacían con los esclavos. Igual que los tatuajes.

Seguros los circunstantes que el señor Gali aún no ha doblado ningún cabo, nadie pregunta más. El italiano les pasa un catalejo para localizar ubicaciones, y a la joven le llaman la atención dos estrellas por ser una de tinte azulado y otra amarillento.

* La azulada es la principal por su brillantez, la ambarina es Algol o “La estrella del diablo”, los antiguos árabes la llamaron así debido a que su luz baja de intensidad durante ocho horas y la recupera a los dos días más veinte horas.
* ¿Y a qué se debe esa baja en su brillo?
* Nadie ha podido contestar esa pregunta.
* Siendo el firmamento inmutable resultó natural que lo atribuyeran a un poder maligno -responde el cirujano Alonso López - los griegos que notaron esa particularidad la nombraron “Ojo de Medusa”. Hay quienes lo atribuyen a la rotación de la tierra.

Todos lo miran, el habitualmente lacónico doctor agrega:

* Nuestra universidad se guía por la escuela árabe y estudiamos también astronomía.
* Sólo que entre una y otra salida del sol median 24 horas - dice don Santiago - a Algol también le llaman “La Cabeza del arrodillado”. Asociada al diablo, hacen referencia a los condenados al patíbulo pues los consideran seres endemoniados.

Hay que decir que todos son especulaciones –responde Francisco para ser de nuevo el centro de la atención.

Ana Lázara recuerda a los ejecutados por la conspiración de Martín Cortés.

* Caballeros, tengo frío, ¿nos retiramos?

Todos asienten y el primero en bajar es el Sr. López. Don Santiago dice descuidadamente:

* Hoy es jueves once de la noche. Si vuestras mercedes quieren, el domingo a las siete veréis como Algol brilla con mucha menor intensidad.
* Yo no, pero a Anita si le interesa ¿verdad?

La joven asiente. Don Santiago expresa con acento triunfal:

* El domingo es mi primera guardia nocturna.

Esa noche es agitada, el mar se descompone y baila una tarantela con el viento. Al día siguiente Lázara desvelada, nauseosa y mareada se queda en su litera a reposar, mientras Damián hace sus abluciones y va a desayunar al refectorio comunal. El horizonte se distingue gris con espesos nubarrones. El vigía situado en el palo mayor escruta lontananza bajo la fuerte llovizna - sólo superada por las invectivas del capitán - de súbito grita:

* ¡Barco a estribor con bandera pirata!

El capitán lanza un torrente de órdenes: el piloto de día –un flamenco muy bragado- cambia el rumbo, mientras la marinería arría las velas de babor, tuerce las cuchillas y se precipitan a los remos para salir de su trayectoria. En medio de la agitación el Sr. Villafranca irrumpe en la cabina.

* ¡Levantaos Sra. Ana!, Sois la única mujer y os llevaré a la bodega.

La mareada joven se levanta con su corpiño de popelina y unos calzones largos de percal como única indumentaria; tantea en la mampara para buscar su bata, pero el oficial rápidamente echa mano de un uniforme de la marina mercante y la ayuda a vestirse. Al ponerle la camisa de puños de encaje, la delgada tela revela los pechos trémulos de agitación y don Santiago titubea unos segundos y luego cierra los broches, le enjareta los pantalones negros, la casaca y el bonete.

* Si os encuentran en la bodega fórmese con la marinería, y por favor no digáis ni una palabra.

Trata de ayudarla a salir cuando irrumpe Damián en el cámara visiblemente agitado, echa una ojeada a la situación y se precipita a sacar debajo del jergón sus alforjas. El vigía anuncia:

* ¡Fragata pasa a babor!

Los gritos de la marinería se calman. Don Santiago –que aún sostiene a Ana Lázara- la vuelve a sentar en su litera. Ella murmura:

* Gracias señor Villafranca…. Santiago.

Damián ayuda a acostarse a su hermana y cuando el segundo oficial se retira, comenta:

* ¿Es un marinero rescatista?

Ana Lázara lo mira y su rostro ceniciento lo dice todo; Damián busca la jofaina donde habitualmente hacen sus abluciones. No llega a tiempo: la joven vomita en el bonete, mientras escuchan la voz del capitán Yllescas que ahora proclama en tono fanfarrón:

* Esos no son marineros: van a alguna isla para guarecerse de la tormenta.

**VII Todo es memoria**

Dos días de reposo; tiempo, océano y viento calmados recuperan a la joven. Damián permanece a su lado leyéndole capítulos de una novela y Gaspar se aparece con una sopa u otro alimento ligero dos veces al día. Nadie pregunta de dónde proviene esa ración especial.

Al inicio del tercer día se reanuda la rutina. Damián sale del camarote para que ella tome su baño. Ana Lázara se pone camisola y enaguas y seca su cabello; se hace un chongo en la coronilla domando sus rebeldes ondas con pasadores de carey. Damián la ve a través de la ojiva y ella le indique que entre. Le enseña un par de prendas de su baúl de ropa, cómo pidiéndole opinión, pero el varón se encoge de hombros. Ella se decide por un vestido de paño de seda rosa y mangas abullonadas, alisa los pliegues de la falda y se coloca unos zarcillos de perlas. Es la primera vez que Damián la ve sacar un espejo y aplicarse en labios y mejillas un líquido rojo que trae en una botellita. Se perfuma con óleos y juzga su imagen con gesto insatisfecho. El médico observa en su sobrina los clásicos rasgos de Eleanor, aunque el pelo cobrizo, el temperamento volátil y los ojos relampagueantes sean indudablemente vesalianos.

* Te ves bien con ese atuendo Anita: pareces una madona bizantina con su corona.
* Fue el único vestido que compré en Sevilla. Diré que la tela es de nuestra pañería.
* ¿Te arreglas para don Santiago?
* ¡Me arreglo para sentirme mejor yo!

El médico cambia el tema.

* Anita, el momento ha llegado. Pronto entraremos al Golfo de México. Debo decirte el objetivo de nuestra misión.
* Damián, no pretendas aleccionarme. El día de la alarma pirata estaba mal, pero don Santiago se preocupó más por mí que tú. Regresaste al camarote por tus papeles. Y ahora querrás que lo engatuse y me niego. Prefiero que siga en secreto tu misión.

Damián se muestra afligido.

* Es nuestra misión. Hermana, dame una oportunidad para explicarte. Te lo pido en memoria de mamá Leonor.

Ella cruza los brazos y lo mira en silencio.

* Hace tres meses llegó a buscarme en Alcalá de Henares el arzobispo de Lerma, consejero de las Indias con una carta firmada por don Diego Hurtado de Mendoza, comandante de las fuerzas ibéricas en Alpujarras y amigo personal del rey. La misiva me encomendaba bajo máximo secreto, reclutar al personal que yo seleccionara para traer de la Nueva España un facsímil del *Libellus de Medicinalibus indorum herbis*, libro elaborado por el médico nativo Martín de la Cruz , ahora conocido como Códice Badiano, porque otro médico, Juan Badiano, lo tradujo al latín en 1555. Se había tejido alrededor de él una red de insinuaciones respecto a que sería “un regalo para el Papa” en las cortes europeas. La corona española tiene a sueldo a varios mercaderes venecianos bajo el pretexto de comerciar. Se les utiliza para difundir noticias falsas entre los altos círculos diplomáticos. Era una cortina de humo respecto al verdadero objetivo del viaje…
* ¿Y cuál es? –pregunta Ana Lázara impaciente.
* Ese vestido que llevas.
* No entiendo.
* El rojo siempre ha sido el color relacionado con la vida, la salud, la pasión, la opulencia, la realeza: es el rubor de tu botellita de afeites, la alfombra flamenca de Holbein en sus retratos, los vivos en los cuadros de Boticelli, la lana a cuadros escocesa, los labios y mejillas de las nobles francesas, las oriflamas de España, Francia, Britania. Es el color que sólo proviene de la Nueva España, y puro o combinado con otros pigmentos compone desde el tierno rosa de las mejillas de los querubines al rojo profundo del índigo, vino, violeta, púrpura, escarlata, granate, rojo Tiziano, naranja… en suma: Carmín de Indias. Se cotiza por gramo y supera el precio de la plata. La composición de esta fórmula es exclusiva de España, y fuente infinita de riquezas para el Imperio. Para obtenerla, las monarquías europeas han despachado agentes, quienes no dudarán en recurrir al espionaje, soborno y hasta a la seducción…
* Y vas por la fórmula de tal material.
* Es el nudo de la misión. Hay dos Códices Badianos: uno se resguarda en la inexpugnable biblioteca de El Escorial y otro permanece en la Nueva España. En ellos se consigna la planta que origina el tinte. Comprenderás el interés que suscita en todos.
* ¿Y el rey Felipe va a regalar ese secreto al Papa?
* Ignoro qué decisión tomarán los consejeros imperiales al respecto. Sé que el único conocedor del proceso íntegro es un jesuita llamado Bernardino de Sahagún a quien los nativos le mostraron el proceso en su propia lengua. Pero nuestra misión nos conduce a otro religioso que habita en provincia, para obtener el segundo valiosísimo ejemplar. Él nos explicará lo que no entendamos, para tratar de repetir el proceso en España.
* ¿Nos explicará qué…?
* Ciertos pasos claves para la elaboración del proceso que no consigna el Códice. Asimilaremos la información pues no podemos guardar nada por escrito.
* ¿Por eso dices que soy indispensable?
* Sí. No hay hombre ni mujer que te iguale. Pienso que tiene que ver con el milagro de tu nacimiento, porque la memoria que tú posees no la he visto en nadie. Aprendiste a leer a los cinco años, memorizabas lecciones con solo escucharlas una vez, leías a gran velocidad, identificabas mapas con una ojeada, aprendías palabras extranjeras y nunca te vi estudiar. ¡Y la manera que evocabas escenas pasadas!: lo que comíamos, la ropa que usábamos, el olor que preponderaba, lo que había dicho Albert. De niños te fastidié de todas las maneras posibles porque envidiaba tu talento; yo memorizaba un capítulo después de dos horas de repaso y tú lo hacías en cinco minutos.

Ella dibuja una sonrisa amarga.

* Debes saber Damián, que eso no es una cualidad.
* Lo sé. Es un don que está en tu cerebro.
* ¿¡En dónde?
* Nadie sabe en qué lugar específico, pero es un hecho que las personas que reciben un golpe en la cabeza pueden perder la memoria: no saben dónde están, quienes son. Por lo general es pasajero, pero a veces permanente. Creo que la memoria la heredaste de tu madre, puesto que ella era capaz de pintar a un personaje con sus rasgos exactos -a pesar de haber visto una sola vez al retratado- con detalles de su atuendo y joyas y hasta la luz que en ese momento iluminaba la escena. Eleanor y tú, comparten esa memoria de retratista y debe ser parte del don que algún antepasado les confirió.

Aunque la chica está pálida, habla con voz normal.

* Más bien infortunio. Pienso que el olvidar lo malo, lo intrascendente, lo perjudicial es necesario y hasta saludable. Desgraciadamente en mi memoria ha quedado grabada paso a paso la ejecución de mi prometido Alonso. Moriré recordando como ese torpe ejecutor descargó dos hachazos en su cuello, porque no atinó bien el primero, al segundo su cabeza rodó a mis pies, de donde la recogió por los cabellos para mostrarla a la chusma. Me acompañará hasta mi último suspiro el rictus de dolor que tenía aquel rostro, y el brazo del verdugo donde serpenteaba un río de piojos, que al sentir desaparecer el calor de la vida, empezaron a subir por su antebrazo…gracias a Dios me desmayé en este punto ¡ojalá pudiera deshacerme de tal lastre y solo vivir cada día!
* Piensa en lo bueno de ese don: hablas y escribes con fluidez el latín, el inglés y el francés. Posees una curiosidad investigadora. Y no cabe duda de que la Naturaleza también te dotó de una admirable resistencia física y moral. Nunca, a pesar de todas las maldades que te hice me acusaste con papá Albert. Todo eso cité ante el consejero de Indias para que aceptara que vinieras conmigo.
* ¡Qué contradicción, hermano!, si me sabes leal: ¿Por qué decírmelo hasta ahora?
* Porque me enteré hoy. De los tres sobres con el lacre Real abrí el primero en Alcalá. Allá supe que teníamos que ir a Cádiz en un bergantín comercial a la Nueva España; el *addendum* indicaba abrir el segundo sobre frente a las costas de México y sólo si se presentaba una emergencia, memorizarlos y deshacerme de ellos. Hoy –cuando obtuve del capitán la certeza de estar ya en la corriente marítima que desemboca en el Golfo de México- leí la segunda carta donde se especifica lo de la red que se extendió alrededor del facsímil. El tercer sobre está aquí en mi faltriquera, y juré sobre la Biblia seguir las instrucciones, de modo que lo respetaré. Ahora, eres libre de acompañarme a la ciudad de México o irte a tu hacienda en Chiapas.
* Damián, por curiosidad: ¿tuviste que insistir mucho en mis cualidades?
* No –una sonrisa ilumina la habitualmente taciturna cara- sólo les expuse que mi acompañante podría leer de una ojeada la información por muy complicada que fuese, y repetirla palabra por palabra. De hecho, cuando regresé al camarote pensaba en que tú leyeras los documentos antes de destruirlos.

Ana Lázara también sonríe.

* De modo que por eso regresaste por mí. ¿Dejará de haber secretos entre nosotros?
* Sí, lo prometo.

La chica permanece pensativa jugueteando con su oreja, un repentino balanceo del barco la abstrae de su actitud.

* Damián, seguiré contigo, pero sólo si te fías de mi criterio y no me pides cosas que no quiera hacer.
* Nunca lo haría, bien recuerdo lo testaruda que eres.
* Y no soy una ingenua cómo crees. No voy a soltar prenda por hacerme la interesante, ni por agradecimiento, ni siquiera porque me agrade. Tampoco sospeches tú de todos los que me rodean, ¿tiene que ser un espía, mentiroso e intrigante el que se muestre gentil conmigo?, ¿no puede un ciudadano inocente y común pretenderme solamente cómo Ana Lázara Cordero y Olivares?
* ¿Pretenderte?
* Bien, tú mismo dijiste que la noche es propicia para mostrar las verdaderas intenciones: creo que don Santiago está interesado en mí y esta noche lo dirá.

Al momento el investigador Damián es sustituido por el hermano protector.

* Pero, espera, a ti no te interesa un marino ¿verdad?, tendrá como 40 años y una mujer en cada puerto - Damián frunce el ceño - Aunque también el señor Gali se me hizo sospechoso cuando insistía con vehemencia: “Piense en una empresa familiar”
* El *signore* Gali me ha enviado en secreto varias cartas que he devuelto sin abrir.

Damián la mira escrutadoramente.

* Ese es demasiado joven y mimado, ¿Sientes preferencia por el italiano?
* ¡No, por ninguno!, nunca volveré a comprometerme, pero deja que yo se lo diga a quien pregunte ¿de acuerdo?

**VIII Duendes marinos**

La noche es calma y en el cielo centellean las constelaciones. A bordo se apagan velas y linternas a las ocho de la noche para conjurar cualquier posible incendio. Se conserva en el castillo de proa una flama mínima que alumbra el sextante y la brújula, y su parpadeo hace que la nave -en esa negrura en que el océano se hermana con el mar- parezca ser la única cosa animada en toda la tierra. Ana Lázara asciende la pasarela que comunica con el castillo de proa, imaginando cuántos timoneles sobre el océano contemplarán las mismas estrellas.

* Buenas noches don Santiago. Os traigo vuestro bonete limpio. El día de la alarma pirata se cayó en la sentina.
* Buenas noches mi señora Ana, gracias. Creí que lo había volado el viento.
* Todos dicen que pronto llegaremos a destino y quiero preguntarle: ¿con esos ojos ve usted en la noche como los gatos?

Él toma en serio la broma.

* No, mi señora. Desde niño la luz solar me hacía llorar impidiéndome ver a distancia. Mi padre adoptivo, un ex marino, religioso, cosmógrafo y cartógrafo, me forzó a mirar el sol directamente al mediodía para superar ese obstáculo. Me fue muy útil en este oficio.
* Habladme de él, ¿Cómo lo conocisteis?
* Fue en 1553 teniendo yo doce años y él cuarenta. Ingresé al colegio de Xochimilco, donde daban instrucción a indígenas y mestizos como en mi caso. Este hombre después de una brillante carrera por los mares del mundo profesó en México como fraile agustino. Fue destinado a dar clases en ese colegio donde por la gracia de Dios coincidimos: él con el papel de maestro riguroso y yo como alumno revoltoso. De entrada le llamó la atención que en las noches me escabullía por la ventana del refectorio, trepando por las hiedras para situarme en el techo a ver las estrellas. Una madrugada subió a comprobarlo y encontrándome absorto en esa contemplación mencionó que Dios había creado todo en perfecto orden y hermosa simetría, pero primero había apartado la luz de la oscuridad, y que ésta equivalía en el hombre a la ignorancia; que si quería permanecer en el colegio para aprender debía obedecer sus reglas cómo él mismo las obedecía.

Ana Lázara calla para animarlo a seguir.

* Yo era demasiado pequeño para entender eso, pero asimilé el concepto de que el estudio y la disciplina son necesarios y me apliqué. Veinte años después, comprendo a cabalidad la magnitud de quien fue el mejor oceanógrafo de toda España. Hizo el viaje más largo que en vida alguna haya hecho un marinero, prestando un servicio invaluable a la Corona. Demostró que hay un camino de América a Asia sin pasar por dominios portugueses. Tal hombre ejemplar me adoptó como hijo, imponiéndome el nombre de Santiago Villafranca y que porto con orgullo.
* ¿Un hombre anciano soportó un viaje tan largo? – la joven se estremece- ¿por él estudiasteis navegación?
* Sí, y lo hice en Lisboa y Sagres en Portugal. Tres años navegué por los mares de Europa y Asia: el Adriático, mar de Liguria, hasta las costas de África. Cada vez que terminaba uno aguardaba diez días en puerto para embarcarme en otro. Mas ahora he decidido asentarme en la Nueva España y establecer un negocio.
* ¿Qué tipo de negocio?
* En San Juan de Ulúa existe un fondeadero donde se concentran embarcaciones para carenar, pero ya resulta insuficiente. Se va a construir un Atarazanas y será un sitio ideal para tratar con los mercaderes que fletan barcos. Espero volverme consignatario y también ahorrar para tener mi propia nave. Si las sirenas entonan su canto tendré opción de navegar.
* ¿Eso le aconsejó su tutor?
* Por desgracia no. Fue convocado a Madrid y con la venía del Consejo de Indias, regresó al convento de San Agustín donde falleció. Recibí una carta suya…. Probad un momento el timón.

Sin titubear él deja su lado mientras Ana Lázara se aferra al chirriante manubrio. Están varios minutos en silencio, pareciendo que van bogando en una nebulosa. Don Santiago retoma el mando.

* Ya veis: el sextante, la brújula y el mar nos conducen en la oscuridad y es una sensación maravillosa, ¿la habéis sentido?
* Creo que sólo lo presentí… ¿cuándo os enterasteis de su fallecimiento?
* Estaba en Flandes y recibí una carta signada por él, notificándome que había donado sus bienes al clero y heredándome algo especial. Me inquietó mucho que él dictara testamento, tal vez sabía que iba a morir. Fue en junio de 1568.
* ¡Pues para motivaros inquietud habéis tardado bastante!

En esos momentos surgen en la negrura del mar unas luces verdes que rodean a la nave de modo que la línea de la carabela parece flotar entre astros. Se empiezan a escuchar ruidos parecidos a chasquidos de flechas y marejadas violentas, pero el barco sigue meciéndose plácidamente.

* No os inquietéis: son una especie de fango vivo arrastrado por una corriente submarina más cálida que proviene de las costas americanas. Lo siguen varias especies de peces mayores como alimento. Si fuera de día veríais a unas graciosas criaturas llamadas delfines: sus zambullidas y contorsiones son similares a malabarismos. Los antiguos fenicios atribuían este fenómeno a unos duendes marinos que libaban el contenido de las cavas de galeones hundidos y armaban sus francachelas.
* ¡Oh!, la verdad que es sobrecogedor.
* Por Dios mi señora, es bello. Sobrecogedor es ver los fuegos de San Telmo sobre los tres palos mayores en noche de tormenta.
* ¡Cuántas cosas habéis presenciado! Mi madre Eleanor tenía un escudo con la Rosa de los Vientos que le mandó a grabar nuestro padre… es decir, mi abuelo.
* ¿Vuestro padre es vuestro abuelo?, ¿Maese Damián y vos sois huérfanos?
* No, mi madre vive – la joven se da cuenta que no dijo “nuestra” y balbucea- parece que ella nació bajo el signo de una estrella viajera y fue su destino conocer el mundo cuando yo era aún muy pequeña.

El señor Villafranca percibe la confusión de Ana Lázara y señala Algol: un punto amarillento en el cielo, el cual disminuye su brillo hasta casi desaparecer.

* Esta estrella es tan exacta que los senadores griegos la tomaron como señal límite para levantar sus sesiones. Ya alcanzamos la latitud en que nuestro avance será más ligero, los vientos alisios del noroeste soplan sobre el Atlántico en el sentido de la agujas del reloj ¡de aquí a la Nueva España sin remeros!

Las luces y los chapoteos se alejan del barco, Ana Lázara se excusa.

* Creo que debo despedirme ahora.
* Sí señora: ojalá que también vuestro destino sea guiado por la Rosa de los Vientos. ¿Volveréis mañana?, Algol se pondrá azul para escuchar vuestra voz.
* Sí don Santiago, buenas noches.

El día siguiente la chica permanece encerrada en su camarote. Se ve que apenas puede contener su impaciencia al entrar el timonel de guardia. Damián la ve salir en punto de las ocho sin comentar nada.

Cuando Ana Lázara asciende al castillo de proa, don Santiago está atento al cielo y la saluda con gran ceremonia.

* Puntual como las estrellas mi señora.

**IX Fiarse de las estrellas**

Ana Lázara inclina la cabeza como respuesta e inicia el diálogo:

* Quisiera saber porque fuisteis tan remiso en atender a una carta de vuestro benefactor.
* No fue por voluntad mi señora Ana. En ese tiempo navegaba por el archipiélago oriental, contratado por la empresa naviera de Las Indias Orientales que sirve a Portugal. Después cumplí en Flandes ocho meses de servicio llevando vituallas y municiones del ejército español sobre el río Eskalda, para la batalla contra los infidentes flamencos. Fue un paso para ascender a primer oficial con opción a barco propio. En Cádiz me reintegré a la flota mercante, y ahí me entregaron una misiva del prior de su monasterio, informándome que había muerto en el mes de julio de ese mismo año. Tomé este viaje para rezar en su cripta y recibir lo que su voluntad destinó para mí. Lamento mucho no haber estado con él y atenderlo oportunamente.
* No se inquiete. Su tutor no necesitaba estar enfermo para hacer testamento para su hijo.
* No me duele por eso, sino porque siendo hombre tan mesurado, pienso que quería decirme algo.
* Solamente verlo. Pero, si tenéis estudios y acreditados dieciocho años de experiencia, ¿por qué no sois vos el primer oficial?, ya estar bajo las órdenes del capitán Yllescas parece un castigo.
* En el mundo real, los parentescos y las relaciones pesan más que años de experiencia. En cuanto al mal humor de don Jordi de Jesús, la marinería es afortunada si sólo nos flagela con la boca. Al principio de mis andanzas portuguesas me tocó alguna vez un silencioso capitán negrero, y comparado con él nuestro Sr. Yllescas es san Francisco. El marinero debe ser un soldado que obedezca sin chistar para asegurar la supervivencia de todos: un cabo mal anudado, una vela desgarrada, una pequeña fisura en el casco significa quedarse a la deriva y naufragar. O amotinarse al ver una mujer a bordo. O desbandarse ante el terror que suscita un abordaje pirata.
* Esos piratas a quienes los marinos tanto temen, ¿representan para ustedes el mayor riesgo?
* ¿Aparte de las tempestades, el hambre, la sed, el escorbuto, la confinación en un espacio, los naufragios y la imposibilidad de establecer un hogar y una familia? Pues sí, porque si uno se niega a unirse a ellos, los venden a los mercaderes de esclavos que existen en África y Europa. Una nave se vuelve pirata cuando se amotinan ante su capitán y con ello se ven forzados a errar por los mares sin patria, familia, ni ley: su refugio suele ser una isla perdida donde no llegue la justicia imperial.
* Se dice que otras naciones los toleran y hasta los avalan.
* Es verdad, aunque Britania, Flandes y Francia no lo reconocen públicamente. Sólo las repúblicas independientes de Italia les expiden una patente de corso y les permiten llevar su bandera. Pero su complicidad en tierra es obvia: nadie puede comer plata, oro o piedras preciosas, tiene que trocarlas por alimentos, municiones o avío. Y las autoridades les permiten fondear en sus puertos a cambio de un tercio del botín.
* ¿Ha tenido alguna experiencia personal con ellos?
* Infortunadamente sí, nos abordaron por las islas de las Antillas: me admiró mucho advertir que varios eran mujeres. Por cierto que la palabra bucanero proviene de la costumbre que tienen de cocinar sobre brasas y una plancha de fierro llamada bukana. Sean piratas, bucaneros, filibustiers o corsarios, todos cometen tropelías y asesinatos sin cuento… creo que este no es buen tema de conversación.
* Para mí es mucho más interesante que esas estrellas tan distantes.
* Don Andrés decía que si uno se fía de las estrellas llegará siempre a su puerto. Yo quisiera saber si vos y yo podemos tener un destino. Algol fue pretexto para veros: ¿para vos también lo es?
* No entiendo micer Santiago.

Acto seguido el marino acerca la linterna del castillo de proa recorriendo el lado izquierdo del rostro, iluminando esa cicatriz que vuelve asimétrico su rostro.

* Mi señora: es impropio que un oficial de marina al timón le cuente esto a una pasajera a bordo, pero temo no tener otra oportunidad. En esa incursión pirata fui capturado y vendido en el mercado de esclavos de Zanzíbar y tatuado con una flor de lis, emblema del comerciante francés que me compró. A través de la orden de los agustinos don Andrés de Urdaneta pagó mi rescate. Me salvó de la esclavitud dos veces. Un cirujano barbero me extirpó el estigma. Sólo así me aceptaron para trabajar en la marina mercante española, aunque creo que nunca pasaré de segundo oficial por mi baldón. Amo el mar, pero juro que echaré raíces si usted…
* ¿Si yo qué?
* Llegados a la Nueva España ¿me dará su familia permiso de visitarla?, lo haré si usted me confirma que mi presencia y trato son gratos a sus ojos y oídos.
* Señor oficial, su presencia, su voz y su trato me son muy agradables, pero he jurado no comprometerme con ningún hombre.
* Perdonadme Sra. Ana: ¿a qué se debe tan drástica decisión?
* A una situación particular. Usted ha sido muy sincero al contarme su vida, y sólo puedo corresponder de la misma manera. Estuve prometida a un ilustre vástago peninsular, hijo de un Gómez Ávila compañero de armas de Hernán Cortés. Hace cuatro años, fue ejecutado en la plaza pública para escarmiento de infidentes y traidores, en aquella desdichada confusión que se llamó La conspiración de los hermanos Cortés. Su delito fue tener un círculo de amigos similares a él en linajes y hazañas militares. Fijamos la fecha de la boda, y en prenda le entregué un pañuelo bordado con sus iniciales, que yo cosí con mis propios cabellos. La noche anterior a nuestra boda participó en una fiesta con sus amigos, donde todos llegaron disfrazados con las armaduras y arreos de guerra de sus padres. No faltaron oidores y consejeros que alarmaron al virrey Luis de Velasco, diciendo que pretendían rebelarse contra la corona española y hacer un reino independiente del que serían reyes los dos hermanos Cortés. Ordenó la aprehensión de todos, ejecutándolos en la plaza pública sin juicio previo. Alonso -mi prometido- fue decapitado ante mis ojos, llevando mi pañuelo alrededor del cuello. Me lo entregaron después tinto en su sangre –se estremece ante aquella visión- he jurado nunca volver a amar. No quiero exponer otra vez mi corazón a un dolor tal.

Se hace un silencio que parece extensivo a todos los confines de la tierra. Algol parpadea y don Santiago se aventura:

* Y vuestro hermano, vuestros padres… ¿están de acuerdo con su decisión?
* No, pero conocen mi carácter y saben que no pueden obligarme. De opinar distinto ingresaría en un convento… ¿piensa usted que soy anormal?
* ¿Quién es normal?, yo no, ningún marino lo es. Reconsiderad vuestra postura. Tengo que ir a la capital de la Nueva España y me sentiría muy honrado si continuara acompañándoos en vuestro viaje.

Ana Lázara está confusa: aquel intercambio de confesiones íntimas, aquella insistencia. Dice con voz neutra:

* Me honra su amistad, pero nada más. Me retiro señor. Mi hermano estará preguntándose donde estoy.
* Enhorabuena. Por favor: confiad en las estrellas.

Ana Lázara no contesta y baja apresurada. Tiene sueños extraños: vaga en un dédalo de reverberantes espejos, en ellos se refleja alternativamente la Cruz del Sur, la estrella polar; un humo grisáceo empaña sus luces, y cuando se disuelve observa que los espejos están rajados y de las grietas gotea un rojo escarlata; se escuchan campanadas y sabe que es viernes santo…despierta agitada.

Los marinos se equivocan: para llegar a destino, solamente puede uno fiarse de sí mismo.

**X Orbis Nuovo** *24 de junio de 1570*

La tierra firme se anuncia por una gran nube distinguible ya en el horizonte, el aire salobre mezclado con una fragancia cítrica, y el número de aves marinas que revolotean alrededor se multiplica. Hay un momento en que la neblina matinal se corre como una cortina y se escucha el grito gozoso del vigía:

* ¡Tierra a la vista!

El capitán Yllescas suelta órdenes enfebrecido, con Santiago al timón. El oficial Gali sube y baja del castillo de proa a cubierta, coordinando las maniobras preparatorias de atraco. Los marinos se mueven más rápidamente a medida que el barco disminuye de velocidad: arrían las velas menores, cierran las cuchillas. Las olas azul plúmbeo sobre la que cabalgan cambian su tonalidad hacia un turquesa que permite ver la sombra de la nave en el fondo. Ana Lázara también otea por la borda, y reflexiona que hace diez años llegó al mismo destino siendo todavía una adolescente soñadora. Ahora sólo piensa que en este sitio se dio la cópula entre Las Indias y España: un ayuntamiento oceánico-terrestre en que el mar embiste incesantemente y la tierra lo recibe y entrega los frutos de sus entrañas.

Los dos hermanos contemplan la línea de piedra arenisca que se acerca en el horizonte, atracadero en pleno mar: San Juan de Ulúa. Una fortaleza que el primer virrey de la Nueva España, mandó construir exactamente hace 35 años, cómo resguardo de los barcos contra los fuertes vientos. Previsoramente edificó también extensos y sólidos cajones de piedra para almacenar los tesoros trasladados en barcos. Hay cuatro torreones, troneras con 24 cañones y una extensa plataforma de piedra para cargar y descargar mercaderías, además de un canal hacia el muelle donde se sitúa el fondeadero para reparar barcas.

En la cubierta del *Espíritu Santo*, dos marineros giran la manivela del gigantesco molinete del que penden cadena y ancla; los tatuajes de sirenas, dragones, monstruos marinos, corazones y nombres femeninos, serpentean isócronos con los músculos henchidos y empapados de sudor. Uno de ellos –cuya espalda proclama un mensaje patriótico: *Castilla por siempre*- entre inspiraciones agitadas le dice al otro:

* Llegamos, menos mal. Desde que subió esa mujer estuve siempre amoscado.

Cómo respuesta se escucha un chapoteo más contundente que el del oleaje, y sobre la superficie se avista un gorro rojo, que enmarca una carita aterrada. -¡Socorro!, ¡auxilio!, ¡no sé nadar!

La cadena chirría sordamente mientras los dos curtidos marineros luchan contra la gravedad para impedir que siga descendiendo el ancla. El primer oficial ordena a un marino que baje el bote de rescate, pero la consternación se pinta en el rostro de los dos hermanos al escuchar la orden perentoria del capitán:

* ¡Negativo oficial Gali! Que nade hacia la orilla.

Ana Lázara increpa al castillo de proa:

* ¿No oyen que Gaspar no sabe nadar?
* Ahora aprenderá – contesta el capitán- no podemos interrumpir las maniobras de anclaje o derivaremos a las escolleras.
* ¡Pues lo sacaré yo!

Y ante los asombrados ojos de todos empieza a despojarse de botines, chaqueta y enaguas. En ese momento Damián la detiene señalando al grumete, quien –en el canal lateral- se desliza con rapidez hacia la playa. - Llegará antes que nosotros.

Tras atracar exitosamente, llega el momento de bajar al muelle. El capitán Yllescas se despide personalmente de ellos en la barandilla.

* Hermosa dama: en momentos álgidos debo tomar decisiones que vayan en beneficio de la mayoría. Gracias a eso su cargamento está a salvo. En las flotas mercantiles se cobran al capitán las averías o pérdidas del barco, alegando *mala praxis*.
* Comprendo capitán Yllescas: entonces usted tendrá que hundirse con su nave.

Al aludido se le congela la sonrisa en el rostro, los marineros hacen un alto en sus faenas y la miran de reojo. Ella se encamina a la pasarela con la barbilla erguida y la chaqueta al brazo. Al pie del muelle está el grumete empapado. El cirujano López–el primero en bajar a tierra- abraza al chiquillo tembloroso y le quita la empapada gorra: - Descúbrete frente a las damas.

**X La Buena Nueva**

Ana Lázara y Damián cruzan una gran construcción de piedra llamada alhóndiga, donde se observan mosquetes, municiones, montículos de balas de cañón, adargas y ballestas, resguardando la segunda línea compuesta de cámaras donde se descargan las mercaderías. Pasa frente a feroces soldados con yelmo, adarga y cota además de medias y murmura: Langostas a la bukana.

Se hospedan en un mesón dentro del baluarte que se empieza a construir, para separar a los españoles de los nativos. Después de bañarse Ana Lázara declara: ¡Salgamos a caminar! Siento que el suelo se agita como si estuviéramos en el mar.

* Espera Ana: tenemos que ver las instrucciones del tercer sobre; pueda ser que no quieran que nos mostremos –viendo su ceño fruncido, se lo entrega- léelo tú…

Prestamente Ana Lázara rompe el pesado lacre de cera roja que lleva el sello del Consejo General de Indias y lee con voz de ujier cortesano:

* *Por el grandísimo poder que esta audiencia le confiere, y orden y mandato de su augusta Majestad Felipe II, emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, integrado por Castilla, Aragón, Cataluña, Navarra, Valencia, El Rosellón, El Franco Condado, Trastámara, Los Países Bajos, Sicilia, Cerdeña, Milán, Nápoles, Orán, Túnez, Portugal* ….oye: ¿el rey de Portugal no es su primo Sebastián?
* Sí, pero solo tiene 16 años, y él es el regente…
* ¡Ah! – sigue leyendo con voz engolada- toda *la América descubierta y Filipinas*… son unas islas… ahí no hay ninguna ciudad.
* No, pero el adelantado Javier de Legazpi está ocupándose de eso…por Dios Ana Lázara ¿podrías leer simplemente leer y dejar de cuestionar todo?, si describiera sus posesiones en América de California a Perú no le alcanzaría un rollo de pergamino.
* Bueno, parece que este es. *Tercero y último mensaje: Id a la brevedad posible a la Antigua sita a seis leguas de la Villa Rica de la Vera Cruz y dirigíos a fray Clemente de la Epifanía párroco de la Ermita de la virgen del Rosario frente a la primera casa de Hernán Cortés. Ahí mostrareis estas instrucciones y el monje os dará el Códice Badiano. Hasta que os presentéis con el citado libro, está estrictamente prohibido comunicar sus planes a nadie, escribir mensajes, recados, o carta alguna en que se os pueda localizar, incluyendo familiares y amigos. También deberéis destruir estos documentos. Nosotros nos comunicaremos periódicamente. Es cuánto.*

Diego Hurtado de Mendoza Consejero Real

* ..¿”A la brevedad posible”?... ¿tal vez tres días, hermano?
* No, significa de inmediato.
* Pero todos dicen que el viaje dura cómo noventa días y nosotros hicimos menos, eso nos da un margen de descanso ¿no?
* No Anita. Seis leguas podemos cubrirlas en un día: allá descansaremos.
* ¿Y si el fraile dice que partamos de inmediato?
* Le pediré unos días para reponernos.

Al día siguiente van a la alhóndiga para pagar un alquiler: “Almacenadlas mientras encuentro comprador”. Después contratan una carreta de postas que los lleva a La Antigua, camino real a la ciudad de México. A una legua toman una desviación para llegar al caserío, asentado a los márgenes de un gran río, donde se apean. Cruzan un puente de jarcias, para salvar un fangal casi cubierto con lirios acuáticos, llamándoles la atención los restos de un navío embarrancado, aún con cadenas y cañones oxidados.

* Inicialmente Cortés fondeó acá y fundó el primer asentamiento español, pero las constantes crecidas del río lo convencieron de moverse hacia el mar. Unas naves quedaron aquí al hacer agua. De ahí parte la leyenda de que él quemó sus barcos.

El caserío está formado por algunas cabañas rústicas diseminadas alrededor de una plataforma de losas que configuran la entrada a la ermita. Hacia el Oriente se distingue una serranía azul plata, mientras en derredor la densa vegetación tropical entreteje un terso marco esmeraldino.

La ermita consagrada a la Virgen del Rosario- es diminuta, pero su frontispicio ostenta orgulloso una espadaña para la campana. Bajo ella se lee una inscripción: *La Buena Nueva*. Abarrotada a las seis de la tarde por el Ángelus, los conversos que llenan las bancas respondan a las preces del predicador en náhuatl.

El fraile dominico que preside la ceremonia está arriba del púlpito. Viste una túnica gris holgada ceñida a la cintura por una correa de la que pende un rosario, un escapulario formado por una tira de tela que se mete por la cabeza y le cubre pecho y espalda, cayendo hasta los tobillos; una capa pequeña a la altura de los hombros (esclavina), con capucha de una urdimbre extraña: todas las prendas de seguro vieron mejores tiempos. La sordidez de su atuendo realza su estatura de gigante y hace su voz más vibrante de celo evangelizador. Observado más de cerca, su aspecto es más bien senil; posee cara alargada con blancos mechones hirsutos descuidadamente echados sobre la frente, y al descender de su exhorto observan que renguea un poco.

Le entregan la carta que él lee en actitud cordial. Su sonrisa de bienvenida ostenta unos dientes largos y cuadrados muy alineados entre sí, que complementan su aspecto equino.

* Bienvenidos hermanos Damián y Ana. En vida seglar fui don Gonzalo de Henestrosa, ahora fray Clemente de la Buena Nueva. Adopté el nombre cuando me adjudicaron esta capilla.

Ana Lázara se siente diminuta. Damián -que suele sobresalir por su estatura- también tiene que mirarlo hacia arriba. La joven lo observa con curiosidad y finalmente pregunta:

* Fray Clemente: ¿usáis sobre vuestro atuendo gris un velo tan delgado por el calor?

El anciano se echa a reír: - No señora Ana, mi túnica era negra, pero se ha descolorido con el tiempo. En cuanto al escapulario y la esclavina, tienen que ser blancos para recordarnos la castidad que es cardinal en nuestra orden, pero lo sustituí por manta de algodón de un telar indígena. Dado el lugar donde Dios dispuso que sirva a su fe, no se fijará en pequeños detalles.

* Perdón…ya decía yo que nunca había visto ese hábito.
* No os mortifiquéis señora, os llevaré a un sitio para descansar de tan larga travesía y luego platicaremos.

Los conduce a una cabaña un poco más grande que las demás, atrás de la ermita. Dos mujeres nativas (una cuarentona obesa y otra adolescente que obviamente son madre e hija), les sirven su primera comida verdadera desde la cena con el capitán: *huexólotl* (guajolote) en caldo con unas verduras que Ana Lázara nombra: chayote, camote, calabaza y muchas *tlascalt totoni* (tortillas calientes). Al ver traducir a la joven, las mujeres sonríen y se señalan diciendo sus nombres: *Ketsalistl*i (Esmeralda) y *Yeyehctzin* (Guapa). Damián suda en abundancia cuando pide otro plato.

Luego el añoso fraile los instala en una choza de carrizos (unas varas huecas parecidas al bambú), con piso de tierra apisonado cubierto con esterillas de un junco local. Las paredes dejan pasar el aire de una manera deliciosa y el techo de palma es fresco. Amontonan varios *petates* preparándolos cómo lecho.

* ¿Todo bien?, ¿no deseáis algo más?
* Estaría perfecta –dice Ana Lázara- si hubiera agua caliente para bañarme y sacarme toda la mugre del viaje.
* Podemos proveer eso. La curandera de la región es una excelente bañera. Yo la bauticé como Cecilia, pero su nombre indígena es Ketsalistli.
* Ya nos conocimos, por cierto que damos fe de que también es buena cocinera.
* Claro. Conoce todas las yerbas, condimentos, y sazones que existen en la región. Los exploradores buscaban la ruta occidental de las especies, y encontraron otras aún más valiosas.

Minutos después, Yehyectzin – que no debe tener más de trece años - le pregunta a Ana Lázara:

* Dice mi n*antli* que si quere baño pa´recién casada, de parida o pa´ quitar mal de ojo.
* El que dure más.

Aparecen la comadrona y Yehyectzin con un *bule* y una *jícara* (ambos recipientes son calabazas ahuecadas). La conducen por una veredita que desemboca en el río y que en sus márgenes ostenta una curiosa construcción que semeja un horno de pan. Encienden una fogata donde calientan unas redondas piedras calizas llamadas “múcaras” y cuando están al rojo vivo, las meten por la puertita; luego despojan a Ana Lázara de su delgada túnica de algodón, y la instan a introducirse acuclillada por el angosto pasaje.

Dentro, el espacio es justo para dos personas sentadas frente a frente. Ketsalistli le ofrece el bule y bebe algo con sabor a yerbabuena. En el rincón que semeja hogar de chimenea, la *tictil* rocía las piedras con la misma mixtura y estas chirrían estruendosamente, soltando vapor en aromáticas oleadas que vuelven nula la visión. Respirando ese ambiente casi líquido por largo rato, Ana Lázara se relaja y suda copiosamente. La mujer la restriega primero con arcilla rojiza, luego usa raíces de *copalxocotl* que sueltan burbujas, y otras hierbas de un olor mareante; finalmente le pasa una piedra volcánica a manera de raspador. La joven teme terminar desollada por la energía que aplica: aquello más que baño es adecuado para mudar de piel cómo serpiente. Por fin la conduce al exterior y la enjuaga con agua del río, pero Ana Lázara ya no percibe la diferencia de temperatura, su cuerpo enrojecido ha absorto el calor y siente que el líquido sisea al contacto de su carne como antes con las piedras. La cubren y le envuelven la cabeza con un paliacate mientras ríen y señalan su rostro:

* *Ce Tonatlixco* (una cara de sol)
* *Ce acocil* (un camarón cocido)

La conducen al aposento y masajean su cuerpo con un óleo tan fragante que la marea. Le explican que es la destilación de un fruto aromático insistiendo en el abdomen; la enredan en lienzos de manta apretándole tórax, pelvis y miembros mientras salmodian unos cánticos en náhuatl. Finalmente le dan a tomar una bebida con el mismo olor fragante.

Ana Lázara se empieza a marear. Piensa en los ritos de la fertilidad que se practican en las diversas culturas; en las doncellas ofrendadas a los dioses aztecas… a punto de decirles que la dejen en paz, despliegan una especie de telaraña blanca para cubrirla, y la dejan dormida sobre las esterillas de paja.

Su sueño es inquieto… confusas imágenes danzan en su sueños: dioses en forma de serpiente con colmillos curvos y alas de murciélago, una pirámide y en su vértice un patíbulo, un hombre joven y gallardo asciende sus escalones: porta un pañuelo rojo atado al brazo izquierdo; arrodillado frente a un sacerdote azteca, este blande un puñal negro que hunde en su pecho y le extrae el corazón; el joven con un boquete en el pecho, cae dirigiéndole una última mirada… Ana Lázara despierta con el corazón desbocado, mira la construcción de palmas a través del mosquitero de gasa; en un rincón de la choza arden brasas en un sahumerio, inundando el ambiente de un olor acre; el espacio existente entre la techumbre y los troncos sobre la que se asienta, deja entrever la luna menguante que cuelga en la noche como arracada gitana. Hay una súbita oleada de brisa salitrosa, seguida de un coro alarmado de grillos y cigarras. La joven parece distanciada de su cuerpo y se percibe en aquella penumbra enroscada como una larva en su capullo. Poco a poco su corazón se acompasa con el ritmo de las estrellas fugaces que con parpadeantes luces verdes surcan la negrura circundante.

* Como los duendes marinos, pero se llaman *kokuyotls* - dice en voz alta.

Se duerme, esta vez sin sueños.

Al día siguiente, en el desayuno fray Clemente les notifica.

* Hablaremos del asunto principal que os trae, cuando llegue un antiguo *tlacuilo* que ayudó a ilustrar el Códice Badiano. Ayer le pedí comparecer: vive en una zona abrupta y se presentará en las primeras horas de la tarde.

Para contrarrestar la obvia impaciencia de Damián, Ana Lázara pregunta:

* Decidme padre: ¿Qué dialecto se habla en estas tierras?, yo tengo un amigo que habla náhuatl y aprendí un poco. Ayer oí que dialogabais en esa lengua.
* Así es, este sitio es de las pocas comunidades en que sólo se habla el idioma de los mexicas o aztecas. Pero estamos rodeados de popolucas, totonacas y mixes. Ayer os administraron un masaje con *tlilxóchitl,* que nosotros bautizamos cómo vainilla, y en totonaco se dice *xanat.* La verdad aprendí algo de ambos dialectos, pero no he tenido oportunidad de practicarlos –hace una pausa y comenta*-* ¿Les gustaría conocer una playa?, sólo tienen que seguir el cauce del río hasta un sitio llamado *Tenoyan* y muy cerca está un estuario.
* ¿*Tenoyan*?, si mal no recuerdo significa “donde hay puente”.
* Así es, un puente de bejucos y fibras de ixtle, muy resistente: tomáis el sendero a la izquierda y en media hora estaréis en la desembocadura. Es muy bella la playa.

Siguen la sugerencia y toman sendas cabalgaduras, llegando a dicha unión del caudaloso río con el mar. Renuncian a conocer Zempoala, porque a mediodía el sol es justiciero. A Ana Lázara le encanta montar, pero la mula del clérigo, vieja y remolona va al paso y ella prefiere caminar un buen tramo. El calor agobiante le recuerda a Lázara el temazcal de ayer.

Damián aligera el regreso charlando. - Aquí cerca Hernán Cortés hizo su primera alianza con una tribu local para marchar en pos de la gran Tenochtitlán.

* Sí, con el cacique gordo. Ahí el conquistador se dio cuenta que Malintzin hablaba castellano y ya no se separó de ella. Martín Cortés me contó la historia mientras recorríamos la hacienda a caballo. Él me enseñó muchas palabras en náhuatl. Más que un amigo llenó el vacío de un padre.

Ambos callan y por un momento la nostalgia flota entre la humedad y el calor.

* Yo lo supe por Xóchitl Guiomar. Los hermanos Cortés son mis amigos. La amistad y el amor son plantas gemelas: la primera se siembra, se cultiva, se cosecha y da frutos. La segunda surge en forma espontánea, como la orquídea que cultiva tu madre en Chiapas: embelesa con su hermosura, embriaga su fragancia, pero la floración es una vez al año. Ya que tu único amor pereció, debes buscar una amistad varonil acorde a tu edad y modo de pensar Anita.

Apenas salidas esas palabras de sus labios Damián se da cuenta de su error. Ana Lázara contesta con acritud:

* A pesar de la diferencia en años Martín fue mi amigo y conocí a mi prometido a través de él. Sembré, coseché y tuve mi orquídea hace cinco años. No necesito más.
* Discúlpame, Anita. La inacción me pone tenso.

Continúan el regreso en silencio hasta avistar en la ribera a unos indígenas quienes lanzan al río pedazos de un gran tubérculo que produce una especie de espuma en la corriente. Confundidas con la misma hay peces flotando panza arriba, algunos aun boqueando- que los nativos se apresuran a sacar con unas redes. Ana Lázara comenta:

* En La Trinitaria vi una vez a unos tzotziles usando el mismo método. Tiran a la corriente una especie de camote que se llama cabeza de negro. Creo que mata a los peces pues salen a flote boqueando medio muertos. Por ahí oí decir que una infusión de tal tubérculo ingerida diariamente hace a una mujer estéril.

Damián enarca las cejas sin comentar nada: su espíritu científico lo hace muy escéptico.

**XI Cerro de calaveras**

Tras una hora avistan el caserío de palma y momentos después fray Clemente les notifica jubiloso: Ya estamos completos. Constancio Tzompantzin es el tlacuilo a quien convoqué para relatarles la historia del Códice y ha llegado antes de lo previsto. Lo puse al tanto de su misión.

Ante ellos un indígena de rostro hierático hace una leve reverencia.

* Estoy a sus órdenes vuestras mercedes.

Tras el oficio vespertino, por fin se celebra el conciliábulo. Fray Clemente los reúne sobre las esterillas con una jícara de bebida espumosa y refrescante de cacao y maíz. El anciano fraile recapitula:

* En 1531 ya estaban reunidas en la Nueva España las principales cuatro órdenes evangelizadoras. Pero a diferencia de benedictinos y jesuitas, los agustinos y franciscanos aprendimos náhuatl, purépecha, zapoteco y mixteco para instruir a los nativos en su propio idioma. Seguramente están enterados que se fundaron varios colegios con éste método en diversas regiones, y que el principal modelo fue el de la Santa Cruz de Tlatelolco. Bajo la guía de fray Bernardino de Sahagún se preparaba a indígenas provenientes de familias distinguidas, con trívium, filosofía, y teología tomista. Tras siete años se planeó dedicar estos alumnos para impartir clases, cuando se hizo público un edicto del rey Felipe que proclamaba: “Para ser maestro se necesita comprobar no ser indio, mestizo, negro, mulato, judío, ni ninguna mezcla derivada de tales razas”. En 1542 llegó al virrey don Antonio de Mendoza una misiva real que ordenaba: *Hágase un opúsculo acerca de hierbas y medicinas de los indios para regalar a su sacra y cesárea Majestad Carlos V*. Tal orden se encomendó al “Colegio de Indios gramáticos”, que así llegaron a llamar al de la Santa Cruz por su nivel de conocimientos. Nació *Cehuatl Xihuitl Pitli*, un gran libro, que, de acuerdo a la humildad franciscana, se tradujo al latín como *Libellus* (librito). Llegó a España en manos del hijo del virrey, el señor Francisco de Mendoza, pero ya no lo recibió Carlos V porque se había retirado a Yuste, y se rumora que está perdido.
* Perdón por interrumpir Fray Clemente: su majestad Felipe conserva en El Escorial ese precioso ejemplar como de los más valiosos de su colección. Por razones estratégicas no se desmiente esa historia.
* Gracias por decirlo micer Damián: no me queda duda que otras personas lo conocen. Hace un año recibí una misiva de un médico sevillano Nicolás Bautista Monardes, quien refería haber escrito una [*Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*](https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_medicinal_de_las_cosas_que_se_traen_de_nuestras_Indias_Occidentales)*,* y proponía comprarme el Códice Badiano, el mismo que Constancio ayudó a ilustrar.

Ana Lázara no puede reprimir su curiosidad.

* ¿Por eso está presente?
* Sí, señora Ana. Vivo en una comunidad a varias leguas de aquí.
* ¿Ayudaste hace 28 años a hacer un libro?, pues te ves muy joven.
* Anita -replica Damián, impaciente por la digresión- tu padre hizo el primer libro de Anatomía del mundo a los 28 años.

Es cierto que el indígena posee rostro juvenil: moreno cetrino, de ojos negros levemente rasgados, pómulos salientes y barbilampiño, sus rasgos cincelados en bronce carecen de arrugas y expresión. También su figura delgada de complexión musculosa refuerza la impresión de juventud. Mas su porte digno y recatado habla de una larga experiencia en la vida. Responde en castellano tan perfecto cómo el de los maestros de retórica en la Universidad de Alcalá de Henares.

* No soy joven señora: tengo cuarenta años. Era un niño de diez cuando se elaboró el *Libellus* y solamente asistí al historiador Antonio Valeriano moliendo pigmentos y elaborando tinta. Aprendí el oficio y en varias escuelas y monasterios traduje códices del náhuatl al español.

Interviene Damián: ¿Cómo aprendían sus… coterráneos los métodos prácticos y el uso medicinal de tantas hierbas?

* De forma oral de padres a hijos u otros familiares cercanos, dependiendo de las habilidades que tuvieran. En el imperio azteca había distintos tipos de sanadores. El *ticitl* examinaba a los enfermos y los curaba con remedios basados en sus conocimientos. El *nahualli* confeccionaba horóscopos y daba el pronóstico de los males al mismo tiempo que usaba rituales simbólicos, centrándose más en el espíritu que en el cuerpo. Otros eran sanadores manuales o *tetoxotlas:* personas rápidas con las manos que drenaban abscesos, sacaban muelas y suturaban heridas: algunos podían incluso abrir cráneos o poner palos de ocote en la médula de los huesos. El *tezoc* era el sangrador cuando había fiebres muy altas; había también *papianis*: personas especiales que hacían cocimientos, filtrados de hierbas, elíxires, cataplasmas, y finalmente estaba la *tlamatqui (*comadrona) que atendía partos, y cualquier otra complicación que tuviera una mujer grávida*.* Cómo a los demás les estaba prohibido tocarlas porque podían contaminarse y poner en riesgo su práctica, las *tlamatquis* sabían hacer un poco de todo, incluso tratar fracturas y mordeduras de serpientes.
* Bueno, en España es igual. Nosotros sólo intervenimos en partos reales o de mujeres de la alta nobleza.
* ¡Vaya! -dice Ana Lázara con marcada ironía- especialistas…¿Tzompantzi es un nombre en clave?
* Alude a mi lugar de nacimiento: “Cerro de calaveras”, que se encuentra cerca de la capital de la Nueva España. Mi padre fue un cacique que me envió a estudiar al Calmécac, y después de la conquista unos frailes franciscanos nos trasladaron a la Santa Cruz de Tlatelolco. Perdón por interrumpiros fray Clemente…
* Para mí Tzompantzi es una muestra de la extraordinaria habilidad de los nativos de estas tierras, quienes, siendo ágrafos, eran verdaderas enciclopedias vivientes. Por esos tiempos empezaron a multiplicarse los pedidos del colorante que dieron en llamar “Carmín de Indias”. Dicho tinte era muy solicitado por pañeros ingleses para teñir lana, y la demanda se extendió a Italia, especialmente en los gremios de pintores. Sandro Boticelli declaró que el Carmín de Indias era tan estable y rendidor que matizaba sus desnudos con una sola gota del pigmento: ese rosa pálido reflecta en el lienzo. Rafael iluminó sus cuadros con detalles del rojo original: un gorro, una tracería de la túnica; o abundantemente como en Las bodas de la Virgen y el San Sebastián: el toque rafaelita es inimitable. El rojo vino llamado Borgoña se identifica con la Pasión de Cristo: en los cuadros de su Vía Crucis y crucifixión siempre está presente en su manto, de mano de múltiples pintores. El color del cabello de Dánae y la Ma. Magdalena ya se conoce como Rojo Tiziano, y todos saben que el cadorita usa Carmín de Indias como base, pero no revela que porción de amarillo siena mezcla para lograr esas maravillosas damas pelirrojas. Toda esta expectación produjo gran demanda...

Los interrumpe Yeyehtzin con una canasta de nanches, unas bayas amarillas del tamaño de una cereza, que tienen un sabor ácido y dulce y una semilla granulosa muy dura. La fragancia dulzona que despiden hace pensar a Lázara que si los pone cerca de su lecho se impregnará de ese olor.

* Dios creo estas frutillas para comerlas al natural. Se enviaron múltiples cartas a la corona de España, pidiendo un subsidio oficial fijo para tales escuelas de nativos. Nunca se logró ese patrocinio imperial. Hace un año el virrey Almazán solicitó una detallada descripción del proceso de obtención del tinte, y fray Bernardino de Sahagún se retiró de Sta. Cruz de Tlatelolco –su residencia habitual durante 15 años- sin saberse ahora donde está. Constancio: ¿puedes agregar tu punto de vista al relato?

La joven escupe las semillitas negras en su mano, y sigue muy atenta la respuesta.

* El paraíso que habitaban los guerreros jaguar y águila muertos en combate era de color rojo: el color de Tonatiuh el sol al asomar por el horizonte, la luz que delinea a Quetzalcóatl la serpiente emplumada. Entre nuestros ancestros el rojo representa el corazón, centro y eje del cuerpo humano, simbolizando el fuego, el sol, el poder, la vida. También era el color favorito de Tezcatlipoca o Huitzilopochtli su gemelo negro. Los sacerdotes al sacrificar a una víctima propiciatoria abrían su pecho para ofrecer el corazón, impulsor de la sangre, pero el sacerdote podía tomar otros órganos de acuerdo con su propio *tonalli* (espíritu). El hígado cuando el horóscopo señalaba al caimán, o los pulmones cuando el viento soplaba del poniente, o los genitales en el caso de la serpiente...

Calla, al ver a Ana Lázara con los ojos desorbitados. En la pausa subsecuente la joven se repone.

* Hay algo que me intriga, ¿por qué siendo Quetzalcóatl un dios bueno y generoso, los aztecas rendían honores a Huitzilopochtli, un dios sanguinario?
* Mi señora: en la cosmogonía azteca Quetzalcóatl y Huitzilopochtli son –carraspea un poco- eranel gemelo blanco y el gemelo negro. Indica la eterna dualidad del ser humano: la parte buena representada por Quetzalcóatl y un lado oscuro que reside en la mitad izquierda, llamado por los italianos s*iniestro*. El colibrí zurdo, el gemelo negro ávido de sangre es Huitzilopochtli. Los aztecas -una tribu esencialmente guerrera- lo hicieron su deidad protectora, sin olvidar al gemelo bueno.
* ¿Y por él se dieron a la tarea de extraer el tinte?
* No, como ya hemos hablado de las dualidades, el rojo grana se utilizaba en cosas benéficas: emplastos para curar heridas, para enfermedades del corazón, el estómago, la cabeza, para limpiar los dientes. También se usaba para los Códices, el teñido de las plumas, y muchos objetos cómo *tlapatl* o cosméticos que usan las mujeres. Uno de los principales tributos que pagaban las tribus mixtecas a mis antepasados eran las t*ascatl* de grana.
* Ah, ¿las tortillas que se cuecen en un comal? –impaciente ante el silencio, agrega perentoria - ¡anda Constancio!, y tú Damián: dile que me cuente todo.
* Mis respetos para usted señora Ana - dice Tzompantzi- aunque es inusual que el acompañante de un médico de cámara del rey Felipe sea del sexo femenino. Sus dotes deben ser excepcionales.
* Por Dios hermano, ¡no me digas que no informaste que tu compañero era mujer!

Damián esboza una sonrisa.

* Yo nunca hablé del sexo. Sólo le dije al consejero que “en caso de necesidad, dicha persona podría ver toda la información (fueran nombres, direcciones o mapas) y la guardaría en su prodigiosa memoria”, lo cual es una verdad indiscutible.
* Mejor, temo que Don Diego de Espinoza, obispo de Granada, sería reacio a esa idea. Espero que él nos envíe un mensaje para hacer el próximo movimiento.
* ¡Cómo fray Clemente?, ¿no nos vais a dar el libro?
* No, porque no lo tengo. Su finalidad siempre fue compartir conocimientos para beneficio de los enfermos y hace tiempo decidí donarlo a un monasterio franciscano donde hay una biblioteca y un pequeño hospital. Al saber de su misión despaché a dos mensajeros: uno para Puebla y el otro a Constancio. Aguardemos unos días.

Ana Lázara y Damián cruzan miradas: él se ve contrariado, ella desconcertada.

* Discúlpeme padre, pero no quiero perder más tiempo, dejaré a Anita con ustedes unos días, e iré a ese lugar. Por favor hágame una carta de presentación.

Ana Lázara va a protestar cuando los sorprende la contestación del buen fraile.

* Os comprendo. Mejor vayamos todos a Puebla. Nadie sospechará de un próspero comerciante y su hermana, acompañados de un servidor personal y un clérigo mendicante.
* ¿Estáis hablando de vos Fray Clemente?
* Sí. Cómo ya os dije envié el Códice Badiano al monasterio de San Francisco en la Puebla de los Ángeles, y el prior provincial fray Fermín de la Luz Perpetua me contestó muy agradecido. Iremos a solicitarlo, pues no creo que se los dé a ustedes.
* ¿Y a vos, sí?
* Claro que sí: el lema de los franciscanos es: *Contemplari et contemplata allis tradere*: “Contemplar y mostrar a otros lo contemplado”.
* ¿Cuándo partiríamos?
* Pasado mañana. Los lunes son días que salen caravanas de mercancías a la ciudad de México. Suelen ir al paso pero son más seguras, además de muy conveniente para mi edad –sonríe- pernoctaremos en un hostal del camino hasta llegar al convento. Tal vez él prior sepa el paradero de Fray Bernardino de Sahagún.
* Primero debemos hacernos del Códice –dice Ana Lázara.

Constancio Tzompantzi interviene.

* La palabra Códice deriva de *cortex,* porque los griegos fueron los primeros en grabar sus leyes en unos cortex (troncos). Ahora designa cualquier manuscrito con imágenes, y es apropiada porque nosotros seguimos escribiendo ideogramas en papel amate, mientras que en Europa se utilizan pieles de animales. Pero se requiere conocer la historia, tradiciones y mitología de nuestros ancestros para entender la secuencia. Muchas veces explicábamos a los frailes castiltecas cosas simbólicas que ellos no entendían por carecer de equivalentes en su idioma. Y algunos atribuyeron poderes ocultos a nuestros códices porque se negaron a revelar sus secretos.

**XII Mundo de ángeles**

Emprenden el viaje a la ciudad de Puebla en una parada del Camino Real en una caseta de postas. El camino es ascendente y sinuoso, y a cinco horas de salida de La Antigua, el paisaje está poblado de pinares, oyameles y abetos, en las laderas de los cerros, mientras que al lado opuesto hay vertiginosos precipicios. El aire denso, frío y seco, provoca fatiga en los viajeros. Todos echan mano de gruesos albornoces de viaje y fray Clemente de una amplia capa con esclavina, de color negro que no parece muy abrigadora, pues a pesar de ella el religioso empieza a toser.

* Me he acostumbrado a mi invernadero –dice a modo de excusa, cubriéndose la boca con un pañuelo.

El fraile viaja junto a la señora del comerciante y tres chiquillos en el primer carromato, cuyo yugo va uncido a dos caballos; atrás va la segunda carreta llevando el cargamento y provisiones, tirada por mulas. Damián, Pablo y Ana Lázara van en sus respectivas monturas, de las cuales a ratos se apean y marchan a pie. Dos jinetes de rostros patibularios con sendos arcabuces abren y cierran la marcha. Ana Lázara avista una liebre y la señala, pero el arcabuzazo solo la ahuyenta. La chica siente el impulso de arrancarle el arma al sujeto y perseguir la pieza. A esa distancia ella hubiera cobrado una perdiz.

Se perfila a lo lejos una montaña de curiosa forma cuadrada, de un tono oscuro, que recuerda a un cofre. Lentamente aquella montaña queda atrás, hasta avistar una venta llena de caminantes. Se encaminan al único hostal, que atiende un hombre calvo, barbirrojo, muy alto y corpulento. Acorde a su aspecto imponente su voz y modales son bruscos y desenvueltos. Se muestra diligente alojando a los viajeros sobre unos cuartos arriba del establo. El conductor del viaje –un español pendenciero- dice a Damián y al comerciante llamado Manuel:

* Es hijo de un lugarteniente de Pedro de Alvarado. Él fue su padrino por eso lo bautizaron Pedro, pero todo mundo le dice Pedrote. Es el único que se ha atrevido a poner un mesón, entre estas montañas que bullen de forajidos y fugitivos.

La señora con los chiquillos se queja del olor a estiércol y Pedrote vocifera a la mesa donde los varones toman una sidra caliente:

* Las bestias dan calor. Pero si os sentís superiores al niño Jesús, pernoctad afuera.

Fray Clemente se yergue en toda su estatura, descubre su cabeza tonsurada y mirándolo a los ojos, replica con mansa voz: - Bien decís señor. Aquí, en las alturas el frío cala, pero las bestias hermanas confortaron a Jesús en el pesebre.

El hostelero asimila que es un religioso y se deshace en excusas. -Perdonad, padre. Este lugar es muy frío, podemos acabarnos el bosque aledaño y no nos calentaríamos. Tenemos al fuego un potaje reparador.

Prosiguen camino al día siguiente. Gradualmente bajan a una meseta árida; y se recortan en el horizonte colinas de grava rojiza donde proliferan cactos de un tronco solitario muy alto, sus ramas a modo de brazos semejan cruces, confiriéndole al lugar aspecto de cementerio. La tierra se torna arenosa y después gravosa, de manera que avanzan con dificultad. Una legua más adelante toma un camino muy trillado, donde senderos perfectamente allanados y trazados, parten de manera perpendicular en varios tramos, todos de similar rectitud y prolijidad.

Arriban a una meseta con un bosquecillo, en que hacen alto para acampar. A un lado se yerguen unas curiosas murallas de metro y veinte centímetros de alto, conformadas por piedras redondas y perfectamente imbricadas unas con otras, de modo que apenas necesitan un poco de argamasa para mantenerlas en su lugar. Mientras el conductor con los dos guardias acarrea leña y agua para una frugal merienda, Don Manuel relata en el círculo que forman alrededor del fuego los viajeros:

* Seguimos los antiguos caminos indígenas, los *pochtecas* (mercaderes) viniendo de la costa y del centro se encontraban aquí para intercambiar mercancías. Hace quinientos años esta era un lugar muy frecuentado por los comerciantes: le llamaban la ciudad del sol. Los lugareños explotaban unas minas de obsidiana que representaban su moneda de trueque.
* ¿Obsidiana? –pregunta Damián- ¿el material con que hacían sus puñales en los sacrificios humanos?
* Sí. Estamos entre una zona de volcanes que hicieron erupción hace muchos años, y la obsidiana es lava que se enfrió. Tiene cualidad de vidrio pero es mucho más resistente a quebrarse; de modo que puede sacársele mucho filo. De las variedades coloridas se hacen ornamentos para las mujeres y también la usan como medicina. Todos los niños varones llevaban al cuello una piedra de este material para ahuyentar el mal de ojo.
* ¿Cómo sabéis eso?
* Yo comercio con productos de ornamento nativo. Tenían batidores de metal, orfebres, burileros, pulidores, toda una serie de artesanos. Mas los auténticos artistas eran los que hacían escudos *chimalis*: dibujos con plumas de aves. Superaban en los detalles a los tejedores de Flandes.

El círculo de viajeros lo mira sin más comentarios. Después de ingerir la frugal merienda, se desperdigan para atender sus necesidades naturales. Ana Lázara y la esposa del comerciante van al sitio más alejado, y, al acuclillarse la joven, su mano toca una piedra de superficie tersa que se acomoda tan perfectamente al hueco de su mano, como un huevito de codorniz al nido. La guarda en su seno.

Muy entrada la tarde, llegan a un sitio llamado Acatzingo. Es bastante grande y pueden elegir una confortable posada, donde todos cenan con apetito y toman chocolate en bellas piezas de barro, gruesas y de una calidad tal, que conservan el calor del fuego que arde en la cocina. Ana Lázara manifiesta el deseo de bañarse en unas aguas termales cercanas, pero el conductor lo prohíbe.

* Mañana partiremos muy temprano, el camino es largo.

Al otro día con el alba emprenden la jornada. Horas después –bajo un sol de justicia y un camino nuevamente gravoso- la joven sube a la carreta a instancias de todos, pero en esa acción la señora tiene que sentar en sus piernas a uno de los chiquillos, -el más inquieto- por lo que vuelve a caminar. La senda trillada se ha desvanecido en un sendero apretado, y ahora hay maleza, árboles y cerros que rodear. Todos se ven fatigados, pero sólo fray Clemente sugiere: - Hagamos un alto para descansar.

* Mejor que no, padre. Puede agarrarnos la noche y a las afueras de la ciudad, merodean asaltantes.
* Preguntad a las damas. La señora –que lleva a dos hijos dormidos en su regazo- sólo niega con la cabeza. Ana Lázara responde: -Puedo seguir.
* Bien mis señoras. En dos horas contemplaremos un espectáculo único: la puesta del sol entre los volcanes.

**XIII Soldados de Dios**

Nunca la vieron porque lloviznaba cuando arribaron a la muy leal ciudad de la Puebla de los Ángeles, según cédula real concedida a la ciudad desde los tiempos de Carlos V. Aunque Ana Lázara está realmente fatigada, no lo demuestra cuando fray Clemente los insta a “caminar un poco más para resguardarse en el convento**”**. Atraviesan un tenebroso subterráneo apenas iluminado con antorchas, para luego continuar hacia una colina donde se avistan unos muros de piedra y adobe. Lázara – con frío, hambre y piernas doloridas- piensa que un monasterio en construcción les proporcionará muy poco abrigo.

En cuanto trasponen una puerta enorme de puro roble y herrajes pesados, el padre limosnero (encargado de recaudar dádivas a los transeúntes) los saluda con humildad:

* Paz y bien hermanos. Bienvenidos.

Ana Lázara y Damián están familiarizados con la veste franciscana. Aquí –como allá- sus frailes portan una simple túnica talar color café, de anchas mangas, sujeta a la cintura por un cordón que, a la vez que simboliza el voto de castidad y de pobreza. Su tonsura es también muy reciente y reluce su cráneo sonrosado al inclinarse ante ellos. Sin embargo en este religioso es notorio –pese a que el hermano limosnero es el último en jerarquía- que su túnica de muy buen paño luce casi nueva.

Los guía a una gran construcción de piedra gris, de dos plantas. A un lado se ubica un pequeño establo donde Constancio lleva a sus cabalgaduras, para después reunirse con ellos. La casona está distribuida en una capilla lateral dedicada “A los sagrados estigmas de San Francisco”, donde Fray Clemente se pone de rodillas (y Lázara se ve obligada a hacerlo también), para dar gracias. Continúa en una enfermería donde convalecen tres personas atendidas por monjes; una pequeña biblioteca en la que jóvenes y ancianos con hábitos de diversos tonos repasan mamotretos o escriben. A un lado hay un refectorio con una gran mesa sobre la que se diseminan objetos cómo buriles, martillitos, sierras manuales, tijeras, agujas, hilo, pulidores, y alrededor enseres como tornos de pie, telares domésticos, etc.

* Tenemos hermanos de diversos oficios: alfareros, encofradores, hortelanos, lapidarios, litógrafos, talabarteros y ellos hacen sus propios útiles de labranza para elaborar todo lo que la Orden necesita.

Los conduce ahora a la cocina del monasterio, está revestida de cuadros vidriados similares a los que Damián ha visto en Oriente, donde burbujean mermeladas y extraños caldos negros parecidos a lava sobre fogones de hierro.

En la parte trasera del vasto terreno, se encuentran flores, plantas, arbustos y árboles frutales, regados por una fuente central con cuatro cañuelas distribuidoras de aguas. Los religiosos producen lo que consumen con ayuda el benigno clima, y el río San Francisco que corre cercano; de ese huerto provienen los ingredientes de un refrigerio: sopa de espárragos recién cosechados; duraznos, higos peras, manzanas, nueces y unos chapulines tostados. Ana Lázara y Tzompantzi los comen con agrado, pero para Damián significan un descubrimiento gastronómico por su sabor marino. El padre Clemente los contempla con talante paternal, mientras él solo toma té de yerbabuena con panecillos de ajonjolí. Todos se reconfortan de la jornada: el calor vuelve a los cuerpos, el color a los rostros, la voz a las gargantas.

Avisado el padre prior Fray Fermín de la Luz Perpetua, llega para darles la bienvenida. La orden les prohíbe el contacto físico, pero en las facciones de ambos frailes –casi de la misma edad- se refleja mutuo afecto. Ana Lázara observa su coronilla de plata tonsurada que a la luz de los cirios les confiere un aspecto de aureola.

Los conduce al piso superior, donde se ubican los dormitorios y claustros. Instala a los viajeros por parejas: fray Clemente y Constancio en una celda de meditación, una idéntica contigua para los dos hermanos. El sitio es sombrío, como moblaje ostenta un crucifijo, una mesita con un banco y una pequeña cama, con jergones de paja, pero hay cobertores gruesos de lana para arroparse.

* Tendréis que acomodaros en estas celdas individuales.

Al despedirse, Ana Lázara en un impulso saca la piedra que conserva la tibieza de su pecho y dice a fray Fermín:

* Esta piedra acudió a mi mano muy cerca de aquí. Bendígala, padre, para que siempre la lleve conmigo.

La miran con atención: el objeto verde azul centellea con el parpadeo de las velas.

* Es una *Otoltecaizt*l - dice Constancio.
* La bendeciré en misa hija mía, después que el hermano lapidario la perfore y le ponga un cordel para que lleves al cuello su protección.

Confortada, Ana Lázara duerme satisfecha en la celda que comparte con Damián.

A la mañana siguiente, los cuatro se reúnen en el refectorio. Constancio informa a los hermanos:

* Fray Clemente estuvo tosiendo toda la noche. Tuve que bajar a la cocina a prepararle un té.
* Bien, creo que la llovizna de ayer me resfrió. Este cuerpo viejo extraña a la Buena Nueva. Un par de días descansando me repondrán.

Tras un desayuno sustancioso en el refectorio común, llega un religioso que se presenta cómo el hermano Jorge del Monte Sinaí; se ve conspicuo con su hábito de novicio y rostro frisando en los cincuenta años. Les explica que proviene de Inglaterra –donde la iglesia anglicana ha desterrado a los católicos- y que fray Fermín lo envía para acompañarlos a recorrer sus instalaciones y explicarles cada dependencia.

* Esta ciudad fue construida hace 29 años, respetando la traza de un planteamiento urbano similar a la Roma antigua y replanteados por arquitectos como Brunelleschi en Florencia. Parte de un eje que ocupa la plaza central, un sitio donde estará la catedral, y de ahí emanan las calles en forma de tablero de ajedrez, hasta llegar al cercano Río San Francisco, que prácticamente divide las casas de los peninsulares y criollos de los indígenas nativos. De acuerdo a la doctrina franciscana se edificó este monasterio del lado de los necesitados de ayuda y al tiempo es hospedería de hermanos allende el mar en su paso obligado a la ciudad de México. Los de otras órdenes se quedan un tiempo para enseñar o ejercer aquellas aptitudes de origen: los benedictinos evangelizan y ayudan al indígena; los jardineros que conocen y cultivan las mejores plantas para consumo y solaz provienen de ellos, que saben hacer injertos y mejorar las cosechas. Los hermanos dominicos, expertos en letras y gramáticos encuentran en nuestra biblioteca libros que les explican cosas del nuevo mundo, y escriben sus impresiones para editarlas en España. Nos han donado libros en latín, castellano, portugués, italiano y unos muy raros en náhuatl. Hay agustinos que ayudan en las tareas de atender enfermos, y asisten al médico del vecino hospital de Bubas, que los revisa semanalmente. Sus enseñanzas en diversos artes y oficios también dan frutos en nuestro taller y hasta el monje cocinero ha aprendido de uno francés a elaborar jaleas y mermeladas del huerto.
* Practicaré con vos el inglés: mi madre es oriunda de la misma isla.
* Será un placer señora. Por la gracia de Dios se me dan las lenguas. Estuve dos años en Sevilla, en la casa de Contratación General de las Indias y aprendí náhuatl y árabe.

Después del recorrido, van a la biblioteca y se reúnen con fray Fermín en la oficina privada del vicariato. En la pared del fondo hay una pintura al óleo de un fraile de mediana edad, notoriamente hermoso, quien mira confiadamente al retratista.

* ¡Ese es fray Bernardino de Sahagún!
* ¿Lo conocéis fray Clemente?

Cómo éste presenta un acceso de tos, fray Fermín responde:

* Doce seguidores –al igual que los doce apóstoles de Cristo– de San Francisco de Asís llegaron a estas tierras en 1524, a tres años de la conquista del imperio azteca, para evangelizar. A su paso hacia la gran Tenochtitlan, fundaron varios monasterios y pronto tuvieron que pedir más pastores para un rebaño tan inmenso. Junto a predicadores de otras órdenes, fray Bernardino y yo desembarcamos en 1535 y el hermano tuvo una larga estancia aquí en Puebla. Un seglar muy diestro en la pintura insistió en hacerle este retrato.…

El rostro del fraile dominico está congestionado. El prior abrevia:

* Fray Clemente me confió que vuestra misión es recoger el *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis* y llevarlo a Madrid. ¿Esa sigue siendo la intención?
* Así es - ¡cof, cof!- querido hermano.
* Muy oportuno. Me han dicho que la orden jesuítica tiene ya indicaciones precisas del Papa, para fundar acá una iglesia. Nuestros hermanos en San Ignacio de Loyola construyen colegios e instituciones para educar, así que probablemente requisen nuestra biblioteca para un acervo común. ¿Hay interés en todo el libro, o en algo en especial?
* Desde luego en todo el libro, pero especialmente en el capítulo que habla de la siembra, cosecha y preparación del Carmín de Indias.
* ¡Ah!... entonces no os servirá.
* ¡Por qué?!
* Porque no hay nada sobre ese tema –ante los rostros perplejos de los presentes fray Fermín continúa- Está bajo mi custodia personal en este estante del que sólo yo tengo la llave; dice ser “copia fiel del original que le fue enviada a su *augusta majestad KV en 1552*. Es notabilísimo en los aspectos didácticos, estéticos, médicos e históricos; hay referencias muy útiles para pócimas, emplastos y tisanas, más no dice nada del Carmín de Indias.

Con aspecto desconcertado y voz grave Damián refiere:

* El Consejo General de Indias manifiesta que el libro contiene la descripción de la planta que produce los panecillos de grana. Cómo hay numerosos grupos de espías ingleses, holandeses y franceses que codician esa información, venimos bajo el mayor sigilo para llevarlo. Probablemente está en clave.
* ¿De verdad hijo mío?, pues enhorabuena: llevadles el Códice y lo descifrarán.

Hay un momento de indecisión, y luego Damián resuelve.

* No creo que nuestro objetivo se limite a recoger un libro y entregarlo. Ya que dominamos las tres lenguas del Códice podemos hacer una nueva lectura, buscando algún dato orientador hacia una clave que sólo aquí se podría comprender…
* De acuerdo micer doctor. Recuerdo que en latín Códice fue traducido de la raíz griega cómo código, enigma, mensaje a descifrar.
* Revisaremos el libro de inmediato.... Constancio, dinos: ¿podrás traducir lo de las plantas autóctonas?
* Sí, vuestra merced, las conozco físicamente y en palabras pintadas.
* El hermano Jorge de Sinaí podrá apoyaros. Él estudió náhuatl para evangelizar, y si bien entiendo fue descifrador de códigos secretos durante el reinado de Carlos V.
* Así fue, fungía como traductor, pero en realidad decodificaba mensajes secretos que enviaban los ministros ingleses.
* Parece que Dios nos envió al sitio adecuado. Fray Clemente: ¿podrá alguna vez apoyarnos con la sintaxis?
* Desde luego, recordaré mis tiempos de profesor de latín.
* Anita: tú irás transcribiendo el texto. Yo me avocaré a las fórmulas y dictaremos con rapidez. La biblioteca es ideal para que trabajemos.
* Y de paso Damián, podemos hacerle un resumen del Códice para la Biblioteca. No seré *tlacuilo,* ni políglota, pero – sonríe con regocijo- se me da el dibujo.

Los tres religiosos se miran entre sí, incómodos… finalmente el prior Fermín expresa:

* Siento decir que las mujeres no pueden investigar en la biblioteca. De f*acto* en este monasterio sólo entran como visitantes y permanecen en el área dedicada a los enfermos para asistirlos. Damián y Constancio deberán ponerse túnica y jurar sobre la Biblia para poder trabajar en el acervo, así quedarán inscritos cómo franciscanos de tercera orden.

Hay un momento de desconcierto entre todos, que rompe Ana Lázara.

* Pues lo haremos, ¿tienen alguna túnica para mí?
* Sí, tenemos túnicas de novicios, pero…
* ¿Pero qué? –dice Ana Lázara exasperada - ¿Qué más?

El añoso novicio contesta:

* Usted tendría que cortarse el cabello y tonsurarse *lady* Ana, y mientras esté en el monasterio cumplir los votos de castidad, pobreza y obediencia que nosotros juramos.
* Pues bien – se vuelve hacia Damián y Constancio- ¿sabéis porque a vosotros les exigen juramentos?, ¡porque sois varones!; yo soy una mujer soltera, *ergo:* soy casta, pobre y obediente. Dadme tijeras y me cortaré el cabello. Pedid esos hábitos y lo que sea necesario.

Es tan enérgica la voz de la joven que Damián enrojece. Los religiosos se miran en un silencio que finalmente rompe fray Jorge.

* Con vuestro perdón padre prior: cuando fui descubierto como católico en Winchester, y la reina Isabel siguió el camino de su padre Enrique VIII y se proclamó cabeza de la iglesia anglicana, renuncié a mi fe ante el temor de la hoguera. Empecé aquí de nuevo, porque sólo los misioneros franciscanos en su infinita bondad y siguiendo el ejemplo de Cristo con Pedro perdonaron a un abjuro.
* Y además necesitábamos a un exorcista.
* ¿Qué es un exorcista? – pregunta Ana Lázara.
* Un religioso que expulsa a Satanás de los poseídos. Fray Jorge ha curado a muchos.
* ¡Pues enseñadme a hacerlo y lo intentaré!

Ante tan férrea decisión los religiosos se miran asintiendo. -Señor abad: si la aceptáis, yo tonsuraré a esta joven.

El prior accede con placidez. - Sí, haremos eso hija mía: realmente es difícil tonsurarse uno mismo.

Ana Lázara sin decir una palabra, ofrece sus trenzas bermejas al novicio, quien hábilmente la corta, y con otras tijeras pequeñas le recorta en la coronilla un círculo dejándola parecida a un paje cortesano. Un rato después se persignan ante fray Clemente tres nuevos religiosos. Fray Fermín declara solemne:

* En teoría sólo los varones pueden prestar juramento, pero San Agustín padre de la Iglesia dice que los ángeles son soldados de Dios y hace cien años en Bizancio se determinó que los ángeles no tienen sexo. - El religioso traza la señal de la cruz sobre los presentes -En la ciudad que los ángeles tienen bajo custodia pedimos a sus huestes que cuiden a estos viajeros: que terminen con éxito su empresa para mayor gloria de nuestro rey y toda la cristiandad- apoya el índice en la coronilla de Ana Lázara- la tonsura es la señal del dedo de Cristo que convoca a sus hijos, y yo te doy una bendición especial, pues sé que Él te ha destinado para una misión especial –le pone la piedra encordada al cuello- Ve a cumplirla Ana Lázara, verdadero soldado de Dios.

**XIV Sumar Siempre**

Todo el equipo se afana en la biblioteca. Después de siete días, se reúne con fray Fermín para dar sus conclusiones y Damián le informa: ---Padre prior: usted tenía razón. Hemos revisado el libro pasándolo y volviéndolo a repasar, y no encontramos ningún dato en ningún idioma, ni clave o código alguno que lleve al Carmín de Indias. Creo que recibí un mensaje equivocado. O tal vez los mensajeros nos equivocamos en algunos sitios de la traducción.

* Doctor Olivares: ¿es posible que lo que buscáis sea exclusivamente de origen vegetal? Tal vez la fórmula tenga origen animal o mineral.
* No padre prior, claramente se especificó que se trataba de una planta. Constancio recuerda que son panes de semillas molidas.
* Dios os ilumine, ¿pensáis quedaros aquí y esperar un mensaje?
* No, decidí que continuemos a Ciudad de México llevando el facsímil para buscar a Fray Bernardino de Sahagún. Si llegase algún mensaje, por favor retenedlo.
* El hermano puede negaros la información. Sólo está obligado por juramento de obediencia a dárselo a un superior religioso.
* En tal caso regresaremos a España con el Códice. Pero estamos aquí y debemos intentarlo.

El diálogo es interrumpido por fray Clemente con un acceso de escalofríos.

* Creo que tengo fiebre. Me acostaré un rato. Al salir de la estancia el médico informa al padre prior.
* Estas jornadas han recrudecido el resfrío de fray Clemente y puede desarrollar una bronquitis. Fray Jorge nos suministró miel nueva y le hice una mixtura con eucalipto y corteza de quina. Esperaremos a que mejore, y mientras tanto transcribiré unas recetas que serán útiles para los pacientes que vengan al monasterio.
* Una actitud cristiana. La salud por medio del saber pertenece a la humanidad.

Prosiguen los desvelos del equipo. Fray Clemente se postra en cama, y los dos hombres –asistidos por el novicio Jorge- se turnan para atender al religioso, destinando a Ana Lázara a la elaboración del resumen. Posponen un día tras otro la salida. A pesar del tratamiento de Damián, fiebre y tos siguen progresando, las secreciones ya no necesitan amplificarse con un embudo pues se escuchan a distancia, y la respiración se hace penosa a la menor movilización: la insidiosa bronquitis se ha vuelto franca pulmonía. No parecen ayudar las inhalaciones con vapor de áloe en una jofaina, los emplastos de eucalipto ni las percusiones torácicas. El enfermo llega al punto de permanecer sentado en su cama porque las secreciones lo ahogan: todos temen dejarlo solo un minuto. Finalmente lo trasladan a la enfermería y llega con labios y dedos azules, pero al menos aquí hay siempre un fraile de guardia, las hermanas echan una mano de día y le siguen aplicando el tratamiento sin que las escaleras signifiquen un obstáculo formidable. En la crisis de la enfermedad el paciente delira con fiebre y después entra en fase de convalecencia. Mas para entonces el buen fraile está tan débil y emaciado que es obvio que amerita reposo.

Damián conferencia con fray Fermín. --Tenemos que ir a la ciudad de México. Veo al padre Clemente en franca mejoría, pero debe descansar dos semanas más y lo cuidará Constancio. Mi hermana y yo regresaremos por ellos en cuanto obtengamos algún resultado. Llevamos el facsímil para consultarlo en caso necesario. --Es lo más prudente. El hermano Jorge apoyará a vuestro asistente.

* Decidme, padre prior: ¿Creéis que en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco acepten a una mujer varios días?
* Lo dudo Damián, el abad Jacobo de Grada es inflexible. Mas la explanada frente al colegio bulle cada cinco días durante los *tianguis* y encontraréis algún mesón para alojar a la hermana Lázara, aunque sola sería peligroso. Yo contemplaría alguna alternativa.
* ¿Habrá alguien de confianza que nos pueda ayudar?
* Sí: aunque tendréis que andar un buen trecho. En el mismo rumbo hacia el norte, hay un hombre que vive en Tlalnepantla. Tengo entendido que en un tiempo comerció con la grana.
* ¿Cree usted que nos reciba?
* Su naturaleza piadosa lo obliga. Fue comerciante e hizo fortuna. Posee una vasta hacienda junto con peones, siervos y esclavos, que él liberó, pero prefirieron quedarse a su servicio.
* ¿Hace cuánto conocisteis a tal hombre, padre?
* Hace muchos años. Su ruta de carretero a Veracruz pasaba por nuestro monasterio en construcción. Acostumbraba a venir a echarnos una mano, o donaba carretadas de provisiones. Solicitó ingresar a la orden, pero yo le aconsejé que mejor se casara. Afectado de una dolencia crónica y aunque rodeado de siervos fieles, pensé que necesitaba una esposa, hacer su propia familia. Ya tenía 58 años.
* ¿Y siguió su consejo?
* Sí, pero al parecer Dios no lo llamaba por ahí. Ha tenido dos matrimonios con mujeres mucho más jóvenes de las que ha enviudado al año. Vive solo en su hacienda.
* ¿Nos daréis una carta de presentación para él?
* No, es analfabeto. Pero en la región de Tlalnepantla él es conocido como “El rico Aparicio de la hacienda del Rosario”. Proveeré ropa para el camino.

**V Ceremonia Nocturna**

Dos monjes mendicantes (*parvulus fidelis*), salen de madrugada del monasterio franciscano, montados en sendas mulas. Bajo los bastos hábitos castaños, cada uno porta una alforja de cuero especial para documentos: Damián lleva las cartas y Ana Lázara el facsímil del Códice, que mantienen pegados a sus cuerpos.

La joven va ungida con aceite de nogal y mantiene subida la capucha, para disimular su piel de lirio y rasgos femeninos. Las anchas mangas ocultan sus manos afiladas; la túnica también ampara sus pechos vendados, unos calzones de manta con jaretas en cintura y tobillos, unas sandalias rústicas que apenas amortiguan el choque con las piedras del camino. El contraste entre los dos peregrinos es notorio: uno alto, robusto, cenceño, de mirada penetrante y modales dignos, al cual el faldón del hábito apenas le cubre las pantorrillas; el otro pequeño, grácil e inquieto, quien a menudo se baja a caminar, y trota ágilmente de un lado a otro para admirar un escarabajo o aspirar el perfume de una flor. A veces en tales actos recibe miradas curiosas y muy a su pesar vuelve a marchar recatada y silenciosa. Entonces se contenta con silbar y lo hace imitando los cantos de las aves.

Se cruzan con viajeros de vuelta por el Camino real: filas de tamemes que cargan haces de leña, tinajeros, caravanas de mercaderes y falanges de soldados armados. Una gran carreta los alcanza, manteniéndose al mismo paso. La conduce un hombre mayor, bronceado, un poco calvo; sus ojillos son porcinos, acordes con su gran papada y un abdomen prominente, que mal controla un refajo y una chaqueta de gastado cuero. La mujer sentada junto a él en el pescante, es de piel color té con leche, un pañuelo gris cubre su ondulado pelo veteado con canas, la túnica gris que viste no disimula sus generosas caderas, les dirige una mirada rápida y esboza una sonrisa.

El techo de la carroza es de gruesa lona en forma de tienda, y resguardando el flanco externo cabalga un mocetón forzudo con el pelo a rape, y en ancas un chamaco casi enano que parece duendecillo. Los caballos del tiro son dos bayos fuertes y bien alimentados. A la cola se distinguen ollas, cacerolas, sartenes y telas de colores que flotan cual banderolas. Este vehículo inusual se apareja a su paso, y el conductor, con mucho respeto se descubre la cabeza al verlos.

* Con ustedes llevaremos las bendiciones de Dios.

El camino es bastante arduo, y en un recodo, el eje principal se atora con una gran piedra. Los trashumantes se bajan y los hombres luchan para casi alzar la carreta en vilo, los religiosos ayudan, y el conductor reforzado por Leandro -tal es el nombre del muchacho notable en estatura y fuerza- detiene o jala las riendas de los exaltados caballos en ese trance. Después de superado el obstáculo, trepan una empinada cuesta y Damián y Ana Lázara, son invitados a subir a la carroza.

Ana Lázara curiosa, espía la penumbrosa parte posterior y distingue entre rollos de tela, cacerolas, cintas y baratijas, a un mono tití, una guacamaya y un loro cabeza amarilla. Pero se asombra al ver centellear unos ojos felinos: pertenecen a un tigrillo enjaulado, que mira con codiciosos ojos a los otros animales que se mantienen lo más lejos posible de él. Así escucha la conversación con el obeso conductor.

* Gracias señor carretero. Mi nombre es fray Damián del Sacro Cordero y el del hermano Fray León del Monte Oliveto, ¿Y vos?
* Me llamo Dionisio y mi mujer Leila, somos buhoneros, pero mantenemos nuestros animalitos escondidos para que no nos crean ferieros. Leandro es nuestro hijo y Bernardo un chiquillo que recogimos en un pueblo de la costa, abandonado por su deformidad.
* Dios os lo compensará. Estimado Dionisio: ¿conocéis Santa María de Tlatelolco?
* Padre, no hay en estos caminos mercader, viajero o feriero que no conozca Tlatelolco. Es cabecera de barrio a la que se arriba por el canal Tezontlalli hacia el norte.
* ¿Qué significado tiene ese nombre?
* Según sé deviene del náhuatl y quiere decir: “Montículo que termina en punta”. Antes de la conquista había un templo y un mercado muy famoso, que destruyó Cortés, sobre sus ruinas se erigió un convento y escuela franciscanos. El tianguis sigue muy concurrido.
* Debe ser el mismo, ¿se tarda mucho en llegar?
* ¡Mmm! Es a media jornada de camino menos que a donde nosotros vamos. Este día podemos seguir acompañándonos.

Callan, cansados del trayecto cuesta arriba. Finalmente avistan un gran llano donde hay varios campamentos y hostales que están ya ocupados. Todos agradecen encontrar un espacio en las faldas de una ladera entre dos cerros escarpados: el *Tetlapan (*río de piedras) y el *Tlaloc* llenos de oyameles, pinos y abetos; el Popocatépetl queda de telón de fondo, mientras la cabeza de Iztalcíhuatl parece volverse hacia ellos. Damián –que en su incursión anterior a la nueva España se dirigió directamente de las costas de Veracruz a la Bahía del Espíritu Santo (*Guatzacualco*)- declara:

* Muy parecido al paso a la Galia por los Pirineos.
* La región se llama Ixtapaluca padre, y es muy fría. Venimos aquí cada dos años.

Los ferieros acampan con destreza: fuego, cobijo, comida caliente; todo es organizado rápidamente por los integrantes del grupo, quienes primero le dan sus raciones a los animales y luego ven por las suyas, incluyendo a los frailes. Ellos se sientan en un extremo, también al amparo de la fogata. En un momento Dionisio los aborda con dos pocillos de chocolate y una petición.

* Padre: Leila y yo vivimos amancebados desde hace veinte años, porque el alguacil del pueblo se negó a casarnos. Ella es hija de cuarterón y no pasó la prueba de limpieza de sangre. Tuve que volverme buhonero para poder vivir juntos. Hace un año se me declaró el mal hepático y pronto no podremos andar más por los caminos. Dios recibirá mi alma y yo moriré en paz si vuestra merced nos casa.

Damián se queda perplejo y por fin dice:

* Ningún vicario puede casar fuera de la parroquia –Ana Lázara le da un codazo- lo voy a consultar con el hermano. ¿Podríais retiraros?
* ¡Oh!, claro que sí…pensé que el padre León era mudo.
* No, sólo está indispuesto de la garganta.

Conferencian en susurros:

* No puedo hacer eso, sería pecado. Además ¿qué validez tendría ante Dios?
* El fraile Fermín hizo una excepción conmigo. *In extremis* tú puedes confesar, bautizar, dar auxilios espirituales, ¿qué mejor auxilio que una pareja viva en paz hasta el momento de su muerte?
* Es que no sé qué decir en estos casos.
* Ni yo, ni ellos porque nunca han ido a un casamiento. Échales latinajos, agua, no sé.
* Yo no me atrevo. Si quieres hazlo tú.

Regresan y conferencian con la pareja, enviando a Leila a cambiarse. Ella vuelve envuelta en una túnica de color marfil y con aros tintineantes en orejas y muñecas. Damián abre la mini procesión con gesto solemne, llevando su diario en alto, abierto; Ana Lázara porta agua de la cantimplora en una botellita y su cordón franciscano en las manos, y la añosa pareja asida de la mano cierra tan singular desfile.

La *troupe* se congrega alrededor del fuego, las cumbres de nieves eternas centellean con luz plenilunar; el aire fuerte y frío se aroma con la resina de los ocotes y hasta los animales permanecen quietos. La joven hace la señal de la cruz y luego salmodia largamente en latín: su cántico agudo, con tono de *castrati* suena conspicuo en ese sitio. Los rocía y ata sus manos con el cíngulo, finalmente declara:

* Y con el poder que me confiere la santa Iglesia los declaro marido y mujer.

Dionisio sirve un vino tinto de una botija, y beben en silencio. El aullido lejano de un coyote los hace sentirse solos en el mundo, unidos en fraternal protección. Ana Lázara se estremece recordando la similar sensación que vivió en alta mar a lado de don Santiago.

Muy de mañana inician la jornada final a pie, Damián comenta con su sobrina, marchando un poco rezagados:

* Pareció que lo hacías a diario, ¿qué salmodiabas en latín?
* Una receta del Códice Badiano para los entuertos: “Colocad en la vulva de la recién parida *yocehuatl* machacada, *malinali* hervida, raíz de *cuauhuahulac*, piedra molida *astetl,* *cuitatl* de águila… con lo que aliviaréis el dolor y prevendríais estrías”.
* ¿Qué es *cuitatl?*
* Estiércol. La memoricé desde que lo traducimos. Alguna vez puedo aplicarla… o necesitarla yo.

Damián continúa la marcha, sacudido por una espasmódica tos. El camino empieza su descenso.

**XVI El centro de todo**

Cuando el sol está en la cúspide avistan por fin la capital. El camino se aboca a una de las tres entradas que comunican al centro de la ciudad, por una calzada que casi tres mil metros de longitud. La gran Tenochtitlán fue fundada en un islote que se encontraba en el centro de la confluencia de dos lagunas: Meztli y Texcoco. Los señoríos circundantes se conectaron después a lo que fue –y sigue siendo- el centro neurálgico, político, económico y científico de la Nueva España, y crecieron hasta convertirse en pequeños poblados (más de cincuenta), en los cuales se alinean cinco mil casas. Su retícula de lagos, canales y calzadas en damero (más largas de oriente a poniente para facilitar el camino de Tonatiuh), y los dos volcanes suspensos en un ambiente traslúcido, sobrecogen el ánimo de Damián: uno erguido con su penacho de humo fosforescente, otro tendido en su sudario prístino. Para Ana Lázara que residió en Ciénega de Patos durante diez años el espectáculo es familiar, pero ambos reviven aquella actitud reverente de un soldado de Cortés, cuando murmuró: *He aquí la región más transparente.*

La caravana se detiene bajo la sombra de un frondoso árbol a tomar un ligero almuerzo. Cuando retoman el camino Damián asciende al pescante e interroga al carretero.

* Decidme don Dionisio: ¿conocéis una hacienda de Tlalnepantla que pertenece a Sebastián de Aparicio?
* ¿Conocerla?, sí padre, los peregrinos la conocemos, nosotros alguna vez nos acobijamos con él.
* ¿Creéis que seríamos recibidos ahí de ser necesario? Me dijeron que últimamente ha estado enfermo.
* No lo sabía y lo lamento. Hace dos años pasamos y parecía muy fuerte.
* ¿Está muy lejos de Tlatelolco?
* A media jornada de oriente a Norte, pero los caminos son buenos. La capital de la Nueva España se fincó sobre estos lagos con puentes, los primeros pobladores lo llamaban *Mextli*: el ombligo de la luna, lo cual en su lenguaje quería decir: “el centro de todo”.

Contemplan las ascendentes columnillas de humo que parecen enrejar la espléndida planicie. Entre lagos que espejean el cielo, se distinguen tonos verdes de milpas, dorados de espigas, flores silvestres e iglesias alzándose sobre plataformas que antaño fueron pirámides. En estas feraces tierras hay mercados anchurosos, amplios palacetes acordes a la categoría de sus dueños, numerosos templos, escuelas, hospitales y colegios, famosos por el saber, la santidad –y el rigor- de los religiosos que los encabezan. También chozas miserables.

La caravana se detiene en Chalco, donde hay un retén de soldados. Los españoles vigilan el camino real, y cada quien espera su turno de revisión.

* ¿De dónde vienen? - pregunta uno de los soldados. - De la Puebla de los Ángeles.
* Ángeles, ajá, de frailes pedigüeños… ¿cómo os llamáis? -Fray Damián del Sacro Cordero –responde Damián. Ana Lázara engola la voz en el registro más grave que su laringe encuentra: --Fray León del Monte Oliveto. Los dejan pasar sin más preguntas, aunque al caminar escuchan un comentario socarrón a sus espaldas: El cordero se come al león.

Abordan la amplia calzada a cuya vera discurren en incesante fluencia chinampas y chalupas que van de acá para allá transportando mercancías. Finalmente, el conductor anuncia:

* Llegaremos en dos horas adonde ustedes van.

Justo a la hora del crepúsculo, sus caminos tienen que dividirse: los trashumantes toman a la derecha, los frailes a la izquierda. Desmontan para caminar por angostos puentes de madera, donde marchan indios tamemes con cargas de leña, mantas o incluso humanas (españoles o criollos adinerados que no quieren mancharse de lodo o fatigarse). Damián inhala por la boca: el ambiente lacustre lleno de fétidas emanaciones, y la evidente altura le restan bríos; se le entrecorta la respiración y el estómago protesta. La vista de un revoltijo fangoso con cadáveres de animales y legumbres podridas no ayuda. Cruzan chozas miserables sin ventanas (tal vez por la misma razón), en las que la puerta de entrada da a la calzada y la trasera al canal. Pasan chalupas cuyas mercancías frescas y flores limpian un momento la atmósfera. Flota un rumor musical del idioma nativo, que calla instantáneamente a la vista de los dos monjes, y los nudos de indígenas alrededor de algún puesto se deshacen a su paso. Ana Lázara comenta por lo bajo:

* Están hablando de los sacerdotes castiltecas.

El camino señalado por múltiples manos conduce a una construcción de piedra gris, con dos espadañas sobre ellas y el lema grabado en el frontispicio: *Summum Semper*. El portón se abre y los hermanos entran al convento de la Santa Cruz de Tlatelolco: aquel mítico lugar en el que hace 34 años el fervor franciscano pretendió que el Viejo Mundo y el *Orbis Nuovo,* trataran de entenderse sin sangre ni dolor.

El monasterio -muy similar estructuralmente al de Puebla- es cinco veces más grande. El hermano portero los conduce a través del patio central, alrededor del cual se alinean salones tras salones, donde hay alumnos tomando clase (la mayoría con vestimentas indígenas); maestros con hábitos castaño oscuro y el cordón franciscano a la cintura impartiendo cátedra. Llaman su atención un salón repleto, en el cual hay hasta diez alumnos acuclillados frente a un individuo de gran porte y rasgos indígenas. Con visible orgullo el fraile conductor dice:

* Ese conferencista es Fernando de Alvarado Tezozómoc, un sabio maestro en cosmogonía azteca.

Entrevén unas escaleras de piedra, desde donde se escuchan cánticos en latín, náhuatl y castellano. El hermano continúa:

* Abajo se imparte el *trívium*: gramática, matemáticas y teología, arriba el *cuadrivium* que es artes, astronomía y filosofía. Ahí también están unos dormitorios para los alumnos internos que son veinte. En sus buenos tiempos alojaron a más de cien.

Pasan a la parte posterior por una pequeña puerta que da a un huerto vasto y bien escardado, sus caminitos de piedra los conduce al verdadero monasterio, donde les brindan alojamiento en la esquina de un dormitorio común, en una litera de madera para los visitantes donde dejan su bagaje. Asisten a la nona y después al refectorio. La comunidad religiosa calla, escuchando el relato del lobo de Gubia (un milagro del santo de Asís), mientras ingieren una cena frugal.

Damián intenta preguntar por el prior Jacobo de Grada, y le responden con el ademán de guardar silencio. Parece que aquí, el abad superior no es tan fácil de ver. Damián repite la pregunta varias veces, con su hablar inequívoco en castizo peninsular, y uno de los frailes pone cara atenta al escuchar su tono exento de mansedumbre.

Hasta después de la última oración de la noche les comunican que fray Jacobo de Grada hablará con ellos tras el oficio de maitines. Ya es noche cerrada. Damián pasa junto con Ana Lázara y dos novicios a la esquina norte del huerto, donde está la letrina comunitaria. El médico experimenta cierta desazón al ver marchar a su sobrina. Sabe por experiencia profesional y por la convivencia cercana que han tenido los últimos meses, que Ana Lázara tiene sus flores mensuales y le mortifica pensar cómo se aprovisionará y cambiará los paños de algodón. La chica regresa de la incursión seria y calmada. Sólo al estar a solas camino al dormitorio común le confía:

* Le dije al novicio que se volviera de espaldas, porque el cabalgar una semana continua me había mallugado mis partes pudendas y tenía que ponerme un ungüento. Fue muy comprensivo.
* ¿Y cómo te las arreglaste?
* Traigo unas compresas hechas con el ruedo de mi camisola, pero fue complicado cambiarme de pie: algo parecido a cuando niños cambiábamos de montura yendo ambos al trote.

Nuevamente el médico tiene que hacer un esfuerzo para permanecer serio.

Se van a dormir. Las fatigas del viaje los hacen caer rendidos sobre los ásperos colchones de paja.

Unos cánticos los despiertan a las cinco de la mañana, y acuden a la capilla, cada religioso portando su vela votiva para alabar a Cristo crucificado, y conforme la luz del alba va despejando las tinieblas, ellos apagan su flama. Contestan retrasados y titubeantes a las alocuciones latinas propias del primer oficio del día.

Finalmente son recibidos en una celda monacal aislada, por un anciano de mirada penetrante, el cual baja la capucha y reacomoda su cordón con la energía con que desplegaría su toga un senador romano. Después de los saludos y reverencias correspondientes, inquiere en voz tajante:

* Decidme, hermanos: ¿sois visitadores de fray Alonso de Montúfar?, ¿o adelantados jesuitas?
* No señor abad. Solamente dos religiosos seglares que venimos a este convento de la Santa Cruz en búsqueda del hermano fray Bernardino de Sahagún.

Esta respuesta, en lugar de conciliar la situación, parece hacer más escéptico al prelado.

* ¿Para qué queréis al hermano?
* Aquí están nuestras cartas credenciales. Traemos la comisión del Consejo de Indias, para que nos descifre un mensaje especial encerrado en el Códice Badiano. Conocimos el texto por mediación de fray Fermín de la Luz Perpetua en el monasterio de San Francisco en la Puebla de los Ángeles, pero es incomprensible.

Hay un largo silencio, mientras el religioso escruta cuidadosamente todas y cada una de las palabras emitidas y consignadas en la carta. Permanece meditabundo unos minutos mirando el lacre del Real Consejo de Indias. Después toma una actitud más conciliadora.

* Que Dios guarde a nuestro rey y a su custodio espiritual el Papa Pio V. Disculpad, pero ya son muchas las personas que vienen a preguntar por fray Bernardino y en cada ocasión me ponen en un aprieto, pues al interrogarlo personalmente me respondió que está escribiendo un libro de las cosas de la Nueva España, pero hasta que lo termine podrán leerlo. En nuestra orden todos somos iguales, y él no tiene obligación de darme informes, pero siendo prudente optó por retirarse del convento, a un sitio desconocido.
* Sin embargo, esta es una petición imperial.
* Hasta su majestad Felipe, siendo soberano del mundo no puede interrogar a un religioso, sólo por intermedio del Papa.
* ¿Y nadie más?
* Pues nuestro Señor Jesucristo, pero no creo que se ocupe de tales menesteres.

Hay una pausa incómoda.

* Padre Jacobo: ¿usted podría darme alguna pista para encontrar a fray Bernardino de Sahagún?
* La lógica dice que se trasladaría a otro convento donde hay comunión de ideas y bibliotecas para terminar su texto.
* ¿Puede nombrarme algunos de ellos?
* Sí, también le di los nombres a los otros varios visitadores que han preguntado. Las escuelas donde se prosigue la idea original de la Santa Cruz de Tlatelolco, que es difundir el evangelio, enseñar a leer y contar a los nativos en sus idiomas originales son: el colegio de San José de Belén, el de Santo Domingo en Oaxtepec, el de los agustinos en Chiautla y también los conventos de Actopan e Ixmiquilpan. Distan muchas leguas de camino.

Ana Lázara y Damián se miran desalentados.

* Pero siendo hermanos de la orden les confiaré que hasta hoy las diversas personas que fueron a localizarlo, nadie lo vio. Deduzco que el hermano Bernardino probablemente esté en el convento agustino de Acolman.
* ¿Usted no les dio a los demás el nombre de ese convento?
* No hermano. Nuestro colegio de Santa María de Tlatelolco mantiene la idea de que los indígenas tienen alma, corazón e inteligencia suficientes para aprender todas las ciencias y artes. Tenemos alumnos excepcionalmente dotados para la medicina, la traducción, la literatura y las matemáticas, incluso en teología para desempeñar el sacerdocio. Sin embargo, el prior agustino fray Alonso de la Veracruz ha representado la facción opuesta de la iglesia aquí en la Nueva España y se niega a aceptar seminarios de naturales. Él sostiene que únicamente clérigos españoles pueden administrar los sacramentos. De esta postura han devenido fricciones.
* Y si son de intereses opuestos, ¿por qué cree que fray Bernardino se acogería a su hospitalidad?
* Tienen mucho en común: son bibliófilos. Fray Alonso envió al convento varias cajas de libros recién editados en Salamanca, y fray Bernardino hablaba entusiasmado de conocerlos.
* ¿Dónde está ese convento de Acolman?
* A una jornada de aquí si parten temprano.
* Padre prior: ¿nos daría usted permiso de retirarnos ahora mismo para buscarlo?
* ¿En Acolman?, claro que sí…les proporcionaré alguien para que los guíe y una jaca de mi uso personal. Si se apuran pueden llegar antes de vísperas. Pero les recomiendo que no de primera intención pregunten por fray Bernardino, para no inducir a la mentira. Si es su voluntad él se manifestará espontáneamente.

**XVII Nadie quede afuera**

Lían su escaso bagaje y toman camino con la mula del padre Fermín y la jaca de fray Jacobo. Llevan cómo guía a un monje místico que va rezando el rosario en el camino. Ana Lázara cuchichea:

* Estuve a punto de mostrarle a fray Jacobo el facsímil del Códice. -Hubiese sido un recurso desesperado.
* Lo ameritaba después que nos mandó… a entrevistar tan grandes personajes. ¿Será otra penitencia ir a buscar a alguien y no preguntar por él? –al ver el gesto preocupado de Damián la joven completa:
* No me soltaré de la lengua, juré ser obediente y lo estoy cumpliendo.

Nuevamente van al paso sobre sus cansinas monturas. Hay un tramo arduo, correspondiente a la explanada del mercado, bullendo de personas, mercancía y chinampas. Cuando se encaminan al nordeste, por fin abordan un camino amplio, empedrado con grava fina y en el que caben cómodamente dos carretas. El río de personas con los que se cruzan, va disminuyendo hasta convertirse en gotas. Ha pasado la hora del sol quemante y avanzan rápidamente. Damián alaba el tiempo y el camino, y el monje responde:

* Corresponde a obra de los naturales, por este camino iban a una ciudad sagrada, compuesta de varias pirámides con caminos bien allanados. Ahí se llevaban a cabo sangrientas ceremonias a sus dioses bárbaros, pero el conjunto es tan grande –y vale también tan hermoso- que don Hernando Cortés y los virreyes lo han respetado. Claro, el acceso está cerrado una legua antes.

Apresuradamente llegan al convento de San Agustín, cuando sus campanas redoblan llamando a vísperas. Es un conjunto arquitectónico imponente de piedra gris sólida con vetas basálticas. Posee un claustro rodeado de columnatas, arcos de medio punto que sostienen bóvedas cuyas profundas curvas, están formadas de adobes alineados como remolinos en los ábsides. Al contrario de otros monasterios, el acceso a la capilla es directo y así lo manifiesta una leyenda en latín que anuncia bajo la cruz de piedra plantada en el atrio: *Jamás el forastero pasó la noche fuera, mi puerta siempre está abierta al caminante*

El monje franciscano lanza una mirada al clérigo que apaga las veladoras en el altar mayor, luciendo con donaire el hábito agustino: capucha y esclavina blancas, hábito negro de amplias mangas, sujeto a la cintura por una correa del mismo color cuyo extremo libre cuelga por delante. Este monje tiene una cabellera tupida y barba larga de color castaño, con lo que parece una réplica de las imágenes de Cristo que exornan las paredes de la capilla. El guía masculla:

* Ellos llevan ese cordón para distinguir su orden, que fue fundada muchos años después de la nuestra. Aunque pretenden ser humildes tratan físicamente de imitar a Jesucristo. En cambio nosotros los franciscanos…

Luego parece apercibirse de donde se encuentra, y se arrodilla en la entrada, dándose golpes de pecho y salmodiando:

* Perdóname Señor: *Mea culpa! Mea culpa*!

Conduce a los dos peregrinos ante el clérigo y los encomienda “de parte del padre Jacobo de Grada”. Insiste en regresar en ese momento a su comunidad monástica arguyendo: “el tiempo es bueno y el señor misericordioso” Ven alejándose en el ocaso sobre la pequeña jaca su figura escuálida, con piernas que casi rozan el suelo. Ana Lázara comenta por lo bajo:

* ¿Por qué pecado se flagelará más?, ¿la envidia, la soberbia o la gula?

Damián reprime una sonrisa. A partir de su estancia en Puebla, Ana Lázara se ha transformado en una sombra discreta. Con túnica parda de estameña, el pelo corto cuya coronilla tonsurada deja ver un remolino; la piel oscurecida con aceite de nogal, sus pies desollados; ha perdido cuando menos cinco kilos y muy lejos de su naturaleza impulsiva y su agudo ingenio, solamente habla cuando están a solas. Evoca la estampa de su sobrina antes de desembarcar, con su vestido de tafetán rosa y su chongo bronceado guarnecido de pasadores de carey, y la compara a su actual imagen. Debe sufrir el doble en estas agotadoras jornadas por su condición femenina. El médico mismo con todo y su veteranía en el sitio de Malta, se siente cansado.

Mas no puede dejar a la joven en Tlatelolco cuando tanto la necesita. No sólo por su memoria de retratista sino por aquel humor negro: una cualidad que destella en momentos cruciales y lo retorna al optimismo. Tal vez el en el convento agustino encuentren una luz.

**XVIII El *Chimali***

Siguen un rutinario protocolo: oraciones, el señalamiento de un lugar para pernoctar en el dormitorio común, la colación en el refectorio, las vísperas y completas, mientras escudriñan todos los rostros presentes comparándolos mentalmente con el retrato que vieran con Fray Clemente.

En cuanto les preguntan el motivo de la visita, son llevados a la presencia de un fraile que funge como coadjutor. En un cuarto monacal que hace las veces de oficina, los hermanos escudriñan al monje de avanzada edad, obeso y de cabellera plateada fulgurante, que los recibe. Este mira sus vestimentas gastadas cubiertas del polvo del camino, los semblantes fatigados, los pies sangrantes y depone el ceño.

* En la fraternidad de nuestro santo patrono sed bienvenidos hermanos, y en su humildad os ofrezco asilo. Soy Fray Benito de la Epifanía, superior de este monasterio y pregunto a ustedes: ¿que los trae a este lugar?
* En ella confiamos y hacemos votos porque siempre subsista. Venimos aquí por recomendaciones del padre Jacobo de Grada, para conocer la biblioteca de fray Alonso de la Veracruz

El serio religioso responde: - Nuestro obispo provincial se encuentra de tránsito a España, pero Dios nuestro señor les ha permitido llegar a tiempo. Justamente empacamos treinta cajas de libros en una reata de mulas que llevará sus volúmenes al convento de Valladolid en la Tierra caliente. La mitad restante está a disposición en nuestra biblioteca. Mañana pueden verlos.

Damián y Ana Lázara después de asearse en la fuente del patio comunal, toman té con panecillos y unos higos secos en el refectorio. Apenas llama la campanilla al recogimiento nocturno, rinden sus cuerpos a los habituales jergones de paja. Al siguiente día, tras laúdes son conducidos a la biblioteca por un hermano agustino que habla con entusiasmo de su acervo, enfatizando la rareza y hermosura de los textos. La mayoría ya están impresos en caracteres Gutenberg, pero aún hay diversos manuscritos con letra medieval copiadas por los monjes amanuenses en la soledad de abadías como la de Saint Michel, Colonia, Lisboa, Montserrat, Oxford…Aparentan estar atentos, mientras escudriñan alrededor a los religiosos circulantes con distintos hábitos que consultan los mamotretos e incunables.

A pesar de su talante investigador no pueden abstraerse totalmente mirando los libros que pueblan los anaqueles de la biblioteca, y se asombran ante la colección de mapas terrestres y celestiales, planisferios, globos terráqueos - donde el nuevo continente está bien señalado-; relojes, astrolabios, orologios y pinturas religiosas. Hay una completísima colección de libros de ciencias, artes liberales y artísticas, entre los que destacan textos prohibidos desde el Concilio de Trento: *Las 96 tesis* de Lutero*, La Divina Comedia* de Dante,los *Sonetos a Laura de Noves* de Petrarca*, La circulación de la sangre* deMiguel Servet*…* Damián y Ana Lázara intercambian miradas cuando encuentran un *De Humanis Corporis Fabrica*. No en cantidad, pero si en calidad, la colección puede parangonarse con la biblioteca de El Escorial.

Dos horas y tres vueltas después, reconocen desalentados que entre los religiosos residentes y visitadores no hay ninguno que se parezca al elusivo Fray Bernardino de Sahagún.

La súbita rigidez de Lázara hace que Damián vuelva la vista hacia ella: advierte el tono lívido de su tez, su trastabilleo aferrándose al borde de un anaquel buscando apoyo: siguiendo su campo de visión repara en fray Benito. El abad superior acompaña solícito a un ascético monje de hábito blanco a quien rodea un aura de indudable autoridad, y a un hombre de traje oscuro y claros ojos: don Santiago Villafranca y Páramo. Sin perder el aplomo sostiene casi en vilo a su hermana.

Al revuelo causado alrededor, acude don Santiago y apresta una silla para sentar al desfalleciente monje. Mientras el médico le afloja el cordón de la cintura y aparenta bajarle la capucha pregunta al marinero:

* Sr. Villafranca, ¿Qué hacéis aquí?

Antes que conteste, el monje vestido de blanco acude a su lado y responde con voz imperiosa:

* Ha venido a visitar la cripta de su maestro, ¿Quiénes son ustedes?
* Fray León y fray Damián, venimos a conocer el acervo bibliotecario de fray Alonso de la Veracruz, ¿sois vos?

El aura de autoridad se diluye en un esbozo de sonrisa:

* No, a mí también me gustaría encontrármelo. Soy fray Alonso de Escalona.

El padre Benito lo identifica con cierto dejo de advertencia.

* Es un monje miembro del Regio Patronato Indiano. Verifica asuntos de orden interno en nuestra comunidad.

Don Santiago limpia el rostro de Ana Lázara y la reconoce. El momento es difícil para Damián y tiene que echar mano de todo su entrenamiento médico, militar y diplomático para mantener la ecuanimidad. Ana Lázara -consciente de la situación- entrecierra los ojos, aprieta el brazo del marino y murmura con voz avaronada:

* Gracias caballero, estoy mejor, hermano: ¿me ayudáis a salir al aire fresco?

Damián la apoya y salen al perímetro del atrio. Don Santiago explica a los abades:

* Son amigos que viajaron en el mismo barco que navego, personas ilustres y muy apreciadas por mí.

En el huerto a la sombra de una higuera, llega el caballero Santiago con una taza de té.

* Tomadlo ahora para reponeros.

Cuando Damián quiere explicar la situación, don Santiago Villafranca se inclina solícito ante la joven y pregunta:

* Decidme, mi señora Ana: ¿habéis profesado en una orden?

La joven después de mirar tímidamente al marino cierra los ojos y hace un gesto negativo. Él declara:

* Vamos a ver a fray Alonso de Escalona. No temáis, sólo está en camino para departir con los oidores en la ciudad de México. Yo manejaré la situación.

En la celda conventual, los espera el visitante y el coadjutor. Después de enterarse que Damián tiene conocimientos médicos y que “sólo fue un mareo debido a la fatiga de los últimos días”, toman asiento en el austero claustro. El padre prior y don Santiago, prosiguen lo que a todas luces es un relato ya iniciado.

* El hermano Roberto Adoración de María, le dio lustre y honor a nuestro convento usía… antes de profesar, se llamó Andrés de Urdaneta y fue un marinero excelso. Primero acompañó a Juan Sebastián Elcano cuando circunnavegó el mundo y después por su cuenta llevó a cabo numerosas hazañas. Hace cuatro años en su retiro, recibió un llamado del comandante general de la armada de Su Majestad Felipe, para encabezar una misión que encontrara desde la Nueva España, una ruta para las Indias Orientales y desbaratar la hegemonía que los portugueses ostentan en esas líneas marítimas mercantiles. De eso puede hablarle mejor el señor Santiago Villafranca, también marinero e hijo espiritual del hermano.
* Así fue. Mi padre putativo y yo nos escribíamos: recibí correspondencia de él en todos los puertos del mundo. Cuando le propusieron tan arriesgada aventura, a pesar de su avanzada edad, mi maestro aceptó y convenció a un joven de 18 años para ser capitán de la empresa. Ambos llegaron a Manila y encontraron a su regreso una corriente submarina que va de Japón al mar de California, llegando al puerto de Acapulco en un viaje rápido y seguro. Fue el regalo final que mi maestro ofreció a la Corona española y ya se están habilitando esas rutas según sus mapas y cálculos.
* Por cierto que el hermano Roberto retornó a este convento después de ser homenajeado en la corte de Madrid ante el Consejo General de Indias que quiso nombrarlo Almirante General de la Mar Océana, título que sólo fue conferido a Colón, mas él solicitó volver a su *alma mater* y a sus alumnos indígenas sin ningún trato especial. Fue cuando dictó su testamento y la carta y paquete que entregué a don Santiago. Lo llevé a ver la colección personal de mapas e instrumentos que donó a nuestra biblioteca.

Tras una pausa reflexiva el anciano fraile participa.

* Sabed que los hermanos fray Alonso de la Veracruz y fray Bernardino de Sahagún –tío y sobrina tratan de no parecer demasiado ansiosos al escuchar el último nombre- son muy mencionados ante el obispo confesor del rey Felipe y el Consejero general de las Indias. Han suscitado discordias escindiendo la idea misionera. Se dice que en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y en todos los demás franciscanos, hay la certeza de que alumnos indígenas excepcionalmente dotados pueden estudiar medicina y hasta ser sacerdotes. Sin embargo el prior provincial agustino, fray Alonso de la Veracruz –ahora en gestiones personales en España- se niega a aceptar seminarios de naturales, tratando de obtener apoyo entre priores tan principales como fray Rodrigo de Sequera, comisionado general de los franciscanos. Él sostiene que únicamente clérigos españoles pueden administrar los sacramentos.

Damián replica prestamente:

* Padre: respetando a ausentes y presentes, os aseguro que, en nuestra búsqueda por distintos acervos para acopiar testimonios y saberes, hemos revisado códices y manuscritos de los *tlacuilos* –amanuenses indígenas- donde se compilan datos astronómicos, cósmicos, teológicos y filosóficos de muy alta calidad. Cursé un año de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares, y puedo asegurar que respecto a información herbolaria medicinal, nada le piden a nuestros coterráneos europeos, y en muchos rubros los superan.

Interviene don Santiago:

* Puedo dar testimonio. Por ser mestizo, aprendí a leer, escribir, contar y rezar en el colegio de la Santa Cruz. Fray Roberto me adoptó y dos años después retornó a este convento trayéndome consigo. Puesto que en varias comunidades había dado buen resultado la evangelización por medio de escenas bíblicas, él organizó aquí cuadros similares en el atrio los domingos y fiestas religiosas…

Interviene el coadjutor abandonando su continente reservado.

* ¡Por San Agustín y todos los padres de la iglesia! …¿*Tlácatl*?
* Sí padre Benito, soy Tlácatl: Santiago Villafranca y Páramo.
* ¡Pero claro que sí su excelencia!, yo estaba recién llegado a estas tierras, y recuerdo un domingo en que bautizamos como 300 conversos, luego que Tlácatl interpretó en náhuatl a un Jesús perdido en el templo muy convincente.

Todos los presenten lo miran con interés*,* Santiago esboza un gesto tímido:

* Me tocó el mejor papel. Yo también os recuerdo don Gonzalo Hercilla de Fuenleal, ahora fray Benito…sigo con la historia: don Andrés de Urdaneta opinaba que sería muy buen sacerdote, pero preferí ser marino. Él contaba con amigos poderosos en Portugal, y por intermedio de ellos pude ingresar a la escuela náutica de Sagres, donde conocí españoles, portugueses, italianos, franceses y griegos. Siguiendo los preceptos científicos y lógicos de las escuelas franciscanas y agustinas, me gradué cómo el número ocho de una generación de cuarenta y seis.
* Don Santiago fue siempre el alumno más aventajado de su clase, amén de poliglota. En trance de morir fray Roberto, me encomendó fervorosamente una carta para enviársela. Él donó sus libros, aparatos de navegación y mapas a nuestra alma mater, con la cláusula de que Tlácatl revisara el acervo para elegir lo que quisiera llevarse. El planisferio que admirábamos señor es obra del mismísimo Juan de la Cosa y forma parte de su legado, con otros objetos tan valiosos como ese.No puedo menos que preguntarme: ¿Qué tesoro le legaría a su hijo adoptivo?, ¿podéis decírnoslo señor Villafranca?Un placer, eminencia. Se trata de una obra de arte plumario: el escudo de un noble guerrero azteca llamado *chimalli* - puedo menos que preguntarme: ¿Qué tesoro le legaría a su hijo adoptivo?, ¿podéis decírnoslo señor Villafranca?
* Un placer, eminencia. Se trata de una obra de arte plumario: el escudo de un noble guerrero azteca llamado *chimalli* - don Santiago despliega una especie de mini tapiz donde se observa un águila sobre un nopal, devorando a una serpiente - los nobles llevaban este emblema a la guerra para recordar al profeta azteca que les ordenó salir de la mítica Aztlán para fundar la gran Tenochtitlán, en medio de un lago que denominaban *Miztli* u ombligo de la luna. Al margen de que su precio es muy alto, su valor simbólico es invaluable.Está entretejido con plumas de diversos tamaños - el piloto señala sus diversos colores- el verde son plumas de quetzal, el rojo de guacamayas, el amarillo de cabeza de pericos, el café de un pequeño ruiseñor autóctono llamado cenzontle, el azul de la laguna con un pajarillo que anida en el suelo, llamado azulejo…
* Parecen abalorios….
* Sí, muy pequeños. Los artesanos indígenas en realidad eran artistas porque bordaban todos los motivos diferentes. El arte plumario era trabajado muchos años antes del arribo de Cortés. Observad con qué maestría están dibujadas las escamas de las serpientes, y como el nopal se encuentra imitado en sus espinas y frutos con plumas pequeñísimas de colibrí. Y el ojo del águila: amarillo topacio tejido con plumas de gorrión. Hay ciento cincuenta colores en este paño.

En el consiguiente silencio apreciativo, habla fray Alonso de Escalona.

* Supera por la idea, ejecución y materiales a todo lo que he visto –murmura el clérigo- digno de engalanar cualquier salón de la nobleza europea… ¡qué digo!, a la colección del Vaticano.

Sigue una larga pausa en que todos los presentes admiran la pieza. El superior religioso suspira y los sorprende con esta aseveración:

* Si tanto os interesáis por la historia de estas tierras, ciertamente debéis hablar con fray Bernardino de Sahagún. El hermano se dio a la tarea de ver pirámides, monolitos, códices, inscripciones y a utilizar informantes indígenas para apuntar ritos, textos y hierbas. medicinales. Se ha consagrado a esa misión durante años.
* Dios permitiera encontrarlo. Hay la idea por parte de una comisión especial del Consejo de Indias, que al término de nuestra investigación, entreguemos toda la información para elaborar un libro.

Ahora el prior agustino fray Benito de la Epifanía es quien se muestra gratamente sorprendido.

* ¡Pues qué bien!, ese ha sido el sueño de muchos años de fray Bernardino, incluso ya tiene un título para su trabajo: *De las cosas generales de la Nueva España*- mira al monje visitador- sería un gran libro.
* Lo sería, sí, y un justo premio a su trabajo - levanta el índice en actitud admonitoria- claro, tras pasar la censura del Inquisidor real
* Por tal queremos localizarlo. Nuestro objetivo primordial es informar a Europa de toda la sabiduría que el *Orbis Nuovo* tiene para aportar en ciencias y artes.El abad poblano Fermín de la Luz Perpetua nos recomendó hablar con un señor Aparicio que tal vez nos aporte alguna información. Tenemos una fecha límite para embarcarnos de regreso.
* ¿Se refiere a don Sebastián de Aparicio dueño de la hacienda de Tlalnepantla?
* ¡Ese mismo!
* Enhorabuena: don Sebastián acogepor igual a peregrinos indígenas, huérfanos, miserables y limosneros, cómo a religiosos, mercaderes y visitantes distinguidos. Dios le concede abundantes frutos de la tierra y comparte todo.

Damián piensa en Ana Lázara y su malestar femenino. A ambos desazona la presencia del influyente prelado.

* Fray Alonso, fray Benito: pedimos su venia para ir a buscarlo, y si nos da alguna recomendación por escrito…

Don Santiago interpone:

* ¿No será menester que fray León descanse más?
* El hermano León ya mejoró, podemos irnos ahora mismo, ¿verdad?

Ana Lázara asiente y se levanta con prontitud. Fray Benito condesciende aliviado:

* Las vastas tierras de don Sebastián colindan con Chapultepec. Enviaré a un hermano a acompañarlos. Bastan sus hábitos cómo recomendación. ¿Piensa usted que el señor Aparicio podrá ayuda a encontrar al hermano Bernardino?
* No lo sé padre, pero siento que Dios nos envía allá para avanzar en nuestra misión.
* Él es sabio y misericordioso. Harán bien en acompañar a don Sebastián algunos días pues está delicado de salud. Id con nuestro Señor.

El fraile cocinero provee a Damián de pan de avío, queso de cabra, higos secos, peras y duraznos priscos. Ana Lázara va a la fuente del huerto a llenar las cantimploras de ambos, y don Santiago hace un aparte con ella.

* Por favor doña Anita: aceptad esto en mi nombre –y le tiende el *chimalli-* es lo único de valor que tengo y quiero que lo guardéis vos.

Ella se niega aduciendo:

* No puedo quedarme con vuestra herencia. Además – dice tratando de que cambie de idea- me haría pensar en cuantas hermosas aves libres, cantoras, volantes están atrapadas en este tapiz…cómo insectos en una caja.
* Os aseguro que mi padre Andrés estaría muy feliz de saber que nuestro tesoro queda en vuestras manos. Además, no es lo único que me legó…

Llega un novicio con la mula para cargar su mínimo bagaje. Don Santiago aprovecha el momento para poner la alfombrilla en su montura.

* Hermano, esto amortiguará las asperezas del camino.

**XIX El Rico Aparicio**

Los presuntos religiosos pasan a un costado del cerro del chapulín, y encuentran un sendero perpendicular muy amplio, flanqueado por milpas y campos de alfalfa. Tras cuatro horas, el novicio señala una entrada de troncos abierta. Son las seis de la tarde.

* Ahí comienza Tlalnepantla... Saludad de nuestra parte al maese Sebastián.
* ¿Lo conoce?
* Sí, alguna vez nos dio de comer en camino al cerro del Tepeyac.

Al trasponer los límites de la hacienda, son escoltados por un jinete que los conduce a la casa principal. Llama la atención su excelente cabalgadura, los complejos arreos de la misma: reata, espuelas y silla de cuero repujados en plata, además de la soltura con que cabalga este indígena, equiparable a la de un dragón filipino.

Desmontan y otros servidores atentos y diligentes, los llevan a una amplia estancia, donde el dueño los recibe sentado. No se puede calcular su estatura en medio de ese gran sitial, pero aprecian que el hombre está bien entrado en los sesenta, con el escaso pelo castaño hilando hebras grises; sus facciones pálidas ostentan profundos surcos, pero aún son agraciadas, presidiéndolas unos ojos avellanados vivaces. Cierto es que en su sonrisa falta un incisivo y en sus manos las venas se ven retorcidas y tensas en racimos como reptiles prestos a saltar, pero conserva un cuerpo recio recubierto de piel bronceada, sin ninguna mancha de la edad. Sus movimientos mesurados menguan un poco su aspecto juvenil; mas nada en su persona, en su voz, ni en sus modales, trasluce la tosquedad que todo mundo asocia al campesino o al carretonero iletrado.

Un zagal atento les sirve limonada a todos. Hay otro servidor añoso, quien parece dedicado únicamente a su amo.

* Bienvenidos en Cristo. Mi nombre es Sebastián de Aparicio, mi acompañante se llama Facundo y este jovencito es Benjamín. Perdonad que no me levante, pero últimamente estoy quebrantado de salud.
* Que Dios nuestro Señor os la devuelva. Somos fray Damián y fray León venidos de España. Repostamos en conventos de Puebla, Santa Cruz de Tlatelolco y Acolman. Traemos saludos de fray Fermín, fray Jacobo y fray Benito acogiéndonos a vuestra hospitalidad.
* En ella y como hermanos son recibidos. Sentaos y calmad la sed.

Después del refrigerio se sientan a cenar con don Sebastián, quien bendice los alimentos y el vino. Los invitados comen con fruición, aunque el anfitrión no hace mucho honor a los manjares. A los postres Damián pregunta cortésmente:

* ¿Cómo llegasteis a estableceros en esta hacienda? Nos contaba fray Fermín que empezasteis por los caminos de Veracruz.

El hacendado inapetente resulta un narrador pródigo.

* Así es, hermanos. Soy nacido gallego, pero viví en San Lúcar de Barrameda, un pueblo de pescadores estratégico, porque se asienta en la confluencia de Guadalquivir en el Atlántico. De ahí partieron grandes expediciones al Nuevo Mundo. Yo siempre fui hombre de campo y hasta los treinta años atravesé el océano para llegar a la Nueva España. Como peninsular me asignaron tierras de labranza, en la Puebla de los Ángeles. Obtuve buenas cosechas, y el excedente superaba mis bodegas, pero se me daba mejor el manejo de ganado. Me sorprendió mucho que mis coterráneos no pusieran a los indígenas a construir carretas, tal vez porque había muchos *tamemes* (cargadores) y yo les enseñé. Mis clientes eran panaderos locales, que compraban trigo para hacer el “pan del avío” (provisiones de las naos españolas)- muy barato. Se me ocurrió proveerlo directamente a Veracruz, en caravanas de carretas custodiadas, pues los caminos estaban plagados de bandidos y no pasaba semana sin que una carga fuera robada, o unos pasajeros asaltados. Cómo *pochteca* armé también reatas de mulas para transportar mis productos a la Villa Rica de la Vera Cruz. De ahí me hice de conocidos y al poco tiempo ya tenía buenos marchantes. Los asaltantes me respetaban pues siempre doné parte de mi cosecha entre las aldeas que iba pasando, y Dios me socorrió también: entre más vendía, más cosechaba y mis rebaños se multiplicaron. Así pasé tres años, cuando me habló uno de mis clientes porque necesitaba transporte para traer plata que las minas de la Nueva Galicia proveían a la corona. Tenían un nuevo sistema con mercurio que extraía el metal de las piedras como la nata de la leche. Sería ganancia doble: llevaríamos el azogue y traeríamos la plata a la Casa de moneda en México, donde se empezó a acuñar formalmente. Esa zona estaba poblada por chichimecas, huachichiles y zacatecos, tribus nómadas muy belicosas que nunca se sometieron a los aztecas ni a los españoles. Me lancé a abrir rutas hacia la Nueva Galicia. Nos hicimos tan eficientes, que la plata recién extraída estaba en la Ceca de México a los cuarenta días, como certifican los alguaciles, balanzarios y oficiales de la casa de moneda, quienes extraían el quinto real. La ruta empezó a poblarse de guarniciones, fuertes, presidios y ventas que protegían y proveían de bastimentos a las gentes establecidas ahí. Llegaron las esposas, nacieron los niños. Después sacaba mejores beneficios llevando de Puebla jabón, cobijas, ropas, sombreros: todo se pagaba con reales de plata.
* ¿Con qué le retribuían antes?
* Cuando llegué a Puebla la moneda eran semillas de cacao, o hacíamos trueque. Al establecerse las Almonedas, apareció el vellón que equivale a medio maravedí, un real de plata que vale 34, y un ducado de oro que son 375.
* ¿Y las tribus belicosas?
* Una vez una de ellas me detuvo: estaba encabezada por un guerrero zacateco, rapado y feroz, mas cuando le repliqué en su idioma mostrándole que no llevaba armas y sólo era un *pochteca,* ante mi sorpresa me dejó libre y nunca volvieron a detenerme. Fue una intervención divina. En agradecimiento doné a ese lugar una imagen de la Virgen de la Soledad y me dicen que ahora hay una ermita construida especialmente para ella.
* ¿Y por qué entonces abandonó la ruta?
* Duré diez años, pero la edad y el trasiego mermaron mi resistencia. Yo era capaz de doblegar a un becerro a mano limpia, ahora apenas puedo caminar alrededor de la casa sin cansarme. Con los beneficios que Dios me ha dado decidí asentarme aquí y compartirlos.
* A propósito, señor Aparicio: ¿no lo estamos fatigando?
* No, pocas veces soy visitado ya… ¿cómo está fray Fermín?, él fue siempre mi consejero y benefactor.

Ana Lázara reflexiona en cómo el generoso se distingue del simple dador del diezmo, por pensar que él es el beneficiado. El carácter y buena voluntad del anfitrión, anima a Damián a plantearle su misión.

* Fray Fermín se encuentra bien, el convento prospera bajo su dirección y son tan hospitalarios y solidarios como nuestro santo patrono. Al emprender este viaje éramos cuatro, entre ellos un hermano franciscano que enfermó y quedó en el monasterio en recuperación. Decidimos proseguir nosotros porque traemos una misión especial desde España de la que esperamos- usted nos pueda ayudar a realizarla.
* Si es así, contad con ello.
* Especial desde su origen. Un real consejero de las Indias nos encargó venir expresamente a la Nueva España por un libro de herbolaria nativa muy preciado. Supuestamente contiene un proceso secreto anotado en el libro. Nos entregaron el texto y tras repasarlo no encontramos datos -visiblemente incómodo añade - no sé cómo explicarle algunas cosas…
* Ni lo intentéis: decid sólo lo necesario.
* No se trata de cuestiones científicas sino morales, señor Aparicio. Nosotros no somos religiosos en el sentido real de la palabra, pues ni estudiamos, ni profesamos. Fray Fermín nos nombró franciscanos seglares, pero venimos con túnicas de *parvulus fidelis* para protegernos por los caminos.
* Situación muy comprensible para un viajero inerme.

Al ver que Damián titubea, interviene Ana Lázara sin fingir la voz:

* Además de que no somos frailes, yo soy mujer. Él es mi tío, el doctor Damián Shepperd Salinas y yo me llamo Ana Lázara Cordero y Olivares.

Damián respira hondo. Don Sebastián mira a la joven y responde:

* Las personas excepcionales hacen excepciones. ¿Hay alguna otra cosa que necesiten decirme?

Los hermanos exhalan aliviados. Ana Lázara se relaja al fin.

* Decidme don Sebastián: ¿conocéis el Carmín de Indias?
* ¿Conocerlo?, sí, recuerdo que una vez llevamos a Veracruz una pila de panecillos envueltos en hojas de castaño: cada onza se cotizaba a más valor que la plata. Desenvolví un paquete por curiosidad y tenía la apariencia de sangre cuajada. Me dijeron que eso era un colorante llamado Carmín de Indias. Y después ya lo transportaban con escolta oficial. Nunca volví a verlo.
* Nosotros teníamos un *tlacuilo:* un dibujante de ideogramas náhuatl, el cual identificaría la planta para que no cayésemos en errores, pero cinco personas revisamos prolijamente el texto y nunca encontramos nada alusivo.
* ¿Y decís que el libro es de remedios herbolarios?, ¡qué raro!, la chumbera se usa mucho para los quemados.
* Sí - replica Ana Lázara - el Códice Badiano da como tratamiento para las quemaduras que se exprima el jugo de la penca y se aplique directamente sobre cualquier parte del cuerpo, pero no dice nada del tinte.

Damián demanda atención con voz impaciente:

* ¿De qué hablan?
* Del nopal, un arbusto en forma de candelabro con hojas ovaladas, carnosas y con espinas llamadas pencas.
* ¡¿El Carmín de Indias procede de ahí?
* Sí, pero no sé si de las pencas o del fruto. Sin embargo, entre mis servidores tengo a uno muy estimado que se llama Onofre, un nativo de la Gran Antequera que trabajó con el *Nocheztli*.

No pudiéndose contener Damián se levanta para exigir:

* ¡Decidme qué quiere decir Nocheztli!
* Oh, tiene un significado muy hermoso: sangre de tunas….

**LIBRO SEGUNDO**

**Sangre de tunas**

*Vive y pulula en tu nopal la aurora*

*Que tiñe al mundo con brillo de rubíes,*

*Y enmarca labios de grana embrujadora*

*En oraciones cristianas o de huríes.*

**I Sangre de tunas**

*28 de septiembre de 1570*

Damián murmura como calibrando el nombre:

* Nocheztli. Suena, no sé, muy ajena a Carmín de Indias.
* Le suena así porque no está familiarizado con el náhuatl.
* ¿Y cómo lo aprendisteis vos?, quiero decir…
* …Siendo analfabeta?, pues los mercaderes tenemos que darnos a entender en lenguas nativas: sé palabras de uso común en zapoteco, maya, chichimeca y totonaca. El náhuatl fue la lengua hablada por los pueblos tributarios de Tenochtitlán, de modo que para darse a entender en múltiples regiones, los misioneros se aplicaron a aprenderlo.
* Don Sebastián: yo viví aquí y aprendí algo. Damián está impaciente por el poco tiempo del que disponemos.
* Casualmente el natural de que les hablo está en el mercado de Azcapotzalco entregando unas cosechas y volverá mañana.Descansad, Facundo alojará a la señora Ana en una habitación del extremo izquierdo donde moró mi última esposa, una virginal paloma que hace dos años voló al cielo: disponed del menaje como vuestro. Benjamín les pondrá a ambos agua caliente para borrar el polvo del camino.

Viendo el rostro pálido del anfitrión, Damián concluye la entrevista.

* Él nos condujo hoy aquí señor Aparicio, gracias. Aceptamos de corazón vuestra hospitalidad y esperaremos a vuestro servidor. Desde que pusimos el pie en la Nueva España nuestras jornadas han sido agotadoras.

Al conducirlos el criado mayor a sus habitaciones, Ana Lázara pregunta:

* ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos esperando?
* Descansemos esta noche y mañana decidimos.

Benjamín acarrea agua caliente a una tina situada tras un biombo, tras lo cual enciende los candelabros de cera que iluminan el aposento y se retira. La amplia pieza a los ojos de la joven le parece un palacio: hay una cama con colchón de pluma de ganso, lienzos afelpados de algodón, un espejo con detalles de plata, un baúl con varias prendas de percal y opalina; peine, cintas para el cabello, una botellita con aceite. Ante una hornacina con la imagen de la Inmaculada Concepción permanece una bujía a medio consumir, y Ana Lázara restriega los pies adoloridos sobre una esterilla de terciopelo verde, mientras se despoja de su maltratado hábito... menos mal que ha terminado su mes lunar.

La joven toma un sibarítico baño. Revitalizada su circulación, disfruta secándose con el felpudo lienzo, friccionándose los pies con el óleo ajazminado del ánfora. También lo utiliza sobre sus pezones, que el burdo hábito de estameña ha irritado. Cuando se abrocha la camisola de dormir, recuerda a don Santiago en el barco vistiéndola con manos temblorosas, mientras Ana Lázara se concentraba en no vomitarlo. Se peina agradeciendo tener el cabello corto, pues para sus músculos fatigados una trenza sería una labor penosa; palpa un colchoncito en remolino sobre su tonsura. Pone entonces la multicolor alfombrilla bajo su almohada y mira por el ventanal enrejado un perfil de lejanas milpas en contrapunto con la naciente luna. Exhala un suspiro y apaga las velas, sumergiéndose en un profundo y agradecido sueño.

Al amanecer es despertada por el gorjear de unas aves que saludan al nuevo día y el sonido melancólico de una flauta de carrizo, que convoca a pacer afuera al rebaño. Sin dejarse seducir por el lecho, salta y se viste decidida a dialogar con su anfitrión. Con talante previsor guarda su *chimali* en el baúl.

En el comedor los criados les sirven un sustancioso desayuno, informando que el patrón ruega que lo disculpen por haber amanecido indispuesto.

Tras notificarles Damián que sus conocimientos médicos están a su servicio, le dice a Lázara que se retira a su habitación para poner al día su diario, y sobre todo redactar “una larga carta al hogar”. Cuando ve el gesto decepcionado de Ana Lázara rectifica:

* A la “Roca del Halcón”, nuestro hogar.

“Hogar” …¿Cuál es el suyo?; cuando consideraba así la hacienda Ciénega de Patos, tuvo que emigrar muy lejos, a la frontera del nuevo reino de Las Hibueras. La joven toma un senderillo que converge hacia el vaivén de las espigas empenachadas doblándose bajo el peso de los granos. Hay una visión de cumbres nevadas bajo el cielo zafirino con algunos bancos de nubes y decide caminar por el perímetro allanado alrededor de la hacienda.

Camina varios kilómetros –una propiedad muy vasta-, hasta volver a la entrada, donde a poco descubre un huerto a orillas del camino, delimitado por afilados cipreses. La brisa matutina esparce aromas cítricos; el cuadrángulo parece obra armónica de la naturaleza: limoneros, naranjos, y álamos jóvenes se alinean junto a buganvilias, hortensias y madreselvas. Dos troncos talados muestran sus anillos anuales declarando su edad y un columpio atado con jarcias de marinero denuncian manos humanas.

Ana Lázara se mece y rememora aquellos días en que junto aMartín Cortés hacían recorridos matutinos en Ciénega hasta la hacienda colindante en que el límite quedaba marcado por un pequeño cementerio. Aprendió voces en náhuatl de saludo o mando; conoció diversas flora y fauna del Nuevo Mundo cuando plantaba esquejes de árboles frutales y arbustos como los que ahora admira. Aquellos arbolillos prosperaron en esa tierra bonancible: hoy deben dar sombra a seres más afortunados.

Su prometido Alonso Gómez de Ávila, tuvo el valor de cortejar a una joven sin abolengo, sin dote y comprometerse en matrimonio con ella. De alguna manera su choque contra el absolutismo fue doblemente doloroso para él: fue la primera vez que se enfrenó a la adversidad. Veinte años cortados en flor brutalmente con el hacha del verdugo. Y ella, que se consideraba criada sin verdadero amor paterno ni materno, también se le había negado el goce conyugal.

En el dolor público y tangible de perder a su prometido, subyace también el dolor de haber perdido a Martín Cortés: más hondo por más secreto. Ya nunca pudo verlo a solas. Después de mostrar su lealtad y fortaleza frente a la Inquisición, de ir y regresar a España, no hubo ni un solo intercambio de palabras. Martín regresó acompañando a su padre biológico y Ana Lázara no entendía por qué: sabía que Martin estaba enamorado de su madre y siempre deseó que aquel mestizo recio y silencioso se convirtiera en su progenitor. Pero él facilitó el regreso de Andrés Vesalio, aquel hombre que todos decían que era un genio, pero que sólo existía para contemplar a Eleanor.

Recuerda a don Santiago: ilegítimo, huérfano, predestinado perdedor en todos los rubros. Una sorpresa que un hombre cómo él pretendiera su mano: un mestizo cualquiera, un navegante de segunda clase, hombre mayor y estigmatizado cómo antiguo esclavo ¿pretender a una burguesa ibérica e ilustrada frente a su hermano? Y ella, ¿por esas razones le negó una oportunidad?, parecía un hombre tan gentil, un varón que comprendería todo... pero cómo dijo Damián: no existen hombres demasiado buenos. Su reencuentro en Acolman debe haberlo convencido de que es una mujer rara, tal vez un marimacho. Pronto bogará de regreso a España, con el legado de su maestro. Seguramente encontrará una mujercita paciente y dócil en cualquier puerto del mundo: un regazo femenino donde anclar su corazón errabundo; rada hospitalaria para fondear su nave, refugio tras la tempestad… algo implícito en la naturaleza del marino.

Tal vez por la fatiga de los últimos meses, la nostalgia o el hipnótico mecer del columpio, la joven está tan abstraída en sus meditaciones que pierde la noción del tiempo.

El trotar de unas monturas la vuelve a la realidad. En lontananza se perfila la silueta de dos jinetes. El sol bastante alto sobre las montañas deslumbra con su luz a cenit. A medida que se acercan columbra sobre una jaca marfileña al que parece un servidor añoso de la casa, con atuendo de manta, amplio sombrero de palma y paliacate al cuello, el otro es un caballero en traje de paño gastado azul oscuro con casaca larga y chambergo de pluma gris… ¡Don Santiago Villafranca y Páramo?

Trata de serenarse con la mano sobre el pecho, en ademán de amazona frenando el galope de su corazón. Los jinetes siguen de largo, apenas dirigiéndole una leve inclinación, pero el caballero le sonríe, la ha reconocido.

Desanda el camino lentamente, quiere serenarse primero. Esperará que los varones se refresquen y hablen entre ellos…del libro. A su hermano no le hará ninguna gracia ver a Santiago. En verdad: ¿qué hace ahí el marino?, tal vez recapacitó y pida la devolución del *chimali…” ¿*Vendrá por eso”? – se pregunta inquieta. En esos momentos ve a Damián que casi corre por el camino real y al verla vocifera con grandes ademanes de contento:

* ¡Anita, ven!, ¡don Santiago nos trajo a fray Bernardino de Sahagún!

**II De criollos tropicalizados**

Al llegar ambos a la casa solariega, es mediodía. Ana Lázara saluda brevemente a Santiago-Tlácatl, y a don Sebastián, quien está instalado en un señorial asiento y muestra un rostro animado. Pero la joven dedica su atención al recién llegado. Todos están reunidos en una pequeña biblioteca, anexa a la estancia principal, donde hay anaqueles con tomos bellamente encuadernados. Los servidores abren las ventanas y abanican el ambiente. La joven escudriña aquel rostro concluyendo que corresponde cabalmente al óleo del convento franciscano. Damián la presenta:

* Insigne fray Bernardino de Sahagún: esta es mi sobrina Ana Lázara. Ambos, bajo la bendición de fray Clemente de la Buena Nueva, prior del monasterio de Puebla, recibimos anuencia para ser franciscanos de tercer orden. Estamos cumplimentando una misión de obediencia y llegamos a estas tierras con salvoconductos de hermanos, equívoco del que también informamos a don Sebastián de Aparicio. Esperamos contar con vuestra bendición.

Ninguno de los presentes se percata que el rostro de don Santiago Villafranca muda de color. El fraile asiente, quitándose el sombrero de paja, y haciendo la señal de la cruz sobre los presentes.

* Dios bendiga este momento – se dirige no solo al anfitrión y visitantes sino también a los sirvientes- en que vuelvo a tan hospitalaria casa y con tan apreciable compañía.

Su acento es castizo bajo ritmo náhuatl: pausa, dos compases graves, ninguna esdrújula. La joven recuerda el habla de Martín Cortés, el guerrero poligloto formado en la casa imperial Habsburgo, a quien apartaron de doña Malintzin desde los ocho años, pero en su voz conservó el cántico maternal.

Los sirvientes le ofrecen al fraile un paño perfumado para enjugarse las manos, un asiento preferencial al lado del patrón, le aflojan las sandalias, intentan lavarle los pies (él rehúsa), sustituyen el polvoso y trasudado paliacate por uno limpio y le sirven agua e higos frescos. La joven sitúa un asiento tras el círculo masculino y observa la escena.

Aunque debería estar frustrada por la búsqueda del religioso, a Ana Lázara el recién llegado la cautiva instantáneamente. En aquella reunión de peninsulares, indígenas y mestizos, fray Bernardino acapara las miradas con su carisma impresionante. Comparte rasgos peninsulares con Damián, don Sebastián y fray Bernardino (atezados, macizo facial acentuado, ojos claros), pero a diferencia de ellos que cecean en un lenguaje enfático y altisonante, su voz, su atuendo, su porte, su mirar, el gesto al quitarse el sombrero: todo exuda la mansedumbre que concede la sabiduría.

El anfitrión inicia una charla con los recién llegados.

* Muy honrado por vuestra presencia fray Bernardino, hace años que no me visitáis.
* Mis múltiples andanzas lo impidieron. Con pena he oído rumores de que estáis enfermo, ¿cómo os sentís?
* El reposo me ha hecho bien. Aquí todos me cuidan. Deberíais descansar una temporada conmigo.
* Lo haré, necesito un lugar tranquilo para terminar mi libro.
* Pues quedaos de una vez –ante el silencio del invitado, don Sebastián se dirige a Santiago- ¿en verdad sois marinero?, yo salí de San Lúcar Barrameda a los treinta años, pero antes fui testigo de la llegada de un navío muy maltrecho que recaló ahí en 1522, y armó una batahola; se decía que aquella nave había circunvalado el mundo, ¿conocéis esa historia capitán Villafranca?

El marino responde con voz contenida, mirando fijamente a Ana Lázara.

* No soy aún capitán, pero gracias. La nao se llamaba *La Victoria*, y fue sobreviviente de un viaje alrededor del mundo. Andrés de Urdaneta, mi maestro, fue marino y él se embarcó en esa travesía histórica. Después de Pizarro y Cortés, ha sido el hombre que añadió más territorios a la gloria del imperio español, cuando llegó por occidente a las islas Filipinas. Volvió a su convento tras esa hazaña extraordinaria.
* ¿Y dónde está ahora?
* Descansa en paz en un lugar distinguido en Acolman. Su renuencia a honores de la Corte y su vocación didáctica lo hicieron regresar a la Nueva España. Inspirado en él yo quise ser sacerdote.
* ¿Y qué os disuadió?
* Cuando retiraron el subsidio imperial para seminarios indígenas, yo tenía dieciséis años y hacerme marino fue mi única posibilidad. Don Andrés consintió y me platicó eso: que su primera travesía fue en *la Concepción*, en una nave comandada por Juan Sebastián Elcano en un viaje que circunvaló el mundo. Magallanes murió en la travesía y sólo el capitán Elcano volvió con 22 sobrevivientes a su puerto de salida en San Lúcar” –y mi maestro añadió: “Ahora tú llevarás la barca a puerto”
* ¡Qué historia! – Damián agiliza el momento- Pero teniendo a un pionero de los franciscanos cómo Fray Bernardino, me gustaría saber más de esa negación a seminarios en la Nueva España. ¿Puede usted referirnos algo de sus antiguos colegios?

El fraile inspira largo para hablar de un tema que conoce bien.

* Cuando Felipe II de Habsburgo y Aragón ascendió al trono, el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco tenía veinte años de fundación. Yo fui misionero, profesor fundador y administrador, y pronto destacó como “Colegio de los gramáticos indios”. Admirador de la sabiduría de sus ancestros, recopilé sus conocimientos y he pasado varios años y recorrido muchos sitios para escribir *La Historia general de las cosas de la Nueva España*. Hace dos años llegó a ocupar el cargo de tercer virrey el señor [Martín Enríquez de Almansa](https://es.wikipedia.org/wiki/Mart%C3%ADn_Enr%C3%ADquez_de_Almansa), y perdimos el nombre y apoyo económico imperial. Este funcionario, influenciado por hermanos de ideas contrarias, pugna para quitarnos tierras, desmantela nuestros colegios y lo poco que poseemos. Por tal he decidido proseguir mi trabajo en forma itinerante.
* Decidnos fray Bernardino, ¿ese libro describe el mecanismo de obtención del Carmín de Indias?
* Lo describe doctor Cordero, junto con otros procesos nativos. En el capítulo XI intitulado de *Las Cosas Naturales,* hablo de plantas, animales y minerales de regiones tan diversas como Oaxaca y Michoacán. Hay cerca de quinientos vocablos nuevos de animales: aves, insectos, y especies de río y mar. He recabado muchas notas en papel amate. Voy a necesitar de varios tlacuilospara transcribir los ideogramas.
* Conocimos a uno muy competente en el convento franciscano de Puebla. Casualmente fue ayudante de Antonio Valeriano en un complejo libro de hierbas medicinales aztecas…

El fraile interrumpe con auténtica animación:

* ¿El Códice Badiano?, toda una recomendación. Tardamos seis años en compilar esos textos. Realmente ese libro fue padre espiritual de mi manuscrito: muchas de las hierbas y plantas que nombro las tomé de ahí.
* Los médicos de España conocemos ese libro fray Bernardino. Es tan notable que el Real Consejo de Indias quiere reeditarlo. Pero tal obra debe completarse con el valioso legado del proceso del Carmín de Indias. No solamente se desea trasmitir el poder curativo de las plantas nativas, sino también darle al emperador Felipe una compilación de la sabiduría azteca que aporta con ese colorante otra joya de la Nueva España a la Corona.
* Aquí os equivocáis. La Nueva España envía inúmeras joyas en gotas de sudor, lágrimas y sangre, de los nativos que van aparejados al oro y plata que extrae de sus minas, sin hablar de los dones naturales. El propósito de mis investigaciones es persuadir al imperio que nuestros nativos poseen una cultura tan rica y antigua como la egipcia y la griega, que debe rescatarse. Dicho sea de paso, encontré que los mexicas son un pueblo guerrero que asimiló culturas como la olmeca, tolteca, la maya y la zapoteca a su acervo, las mismas que florecieron hace miles de años en estas tierras cuando en Europa reinaba el oscurantismo.

Se hace un silencio que rompe Ana Lázara colocándose en el centro de la reunión.

* Fray Bernardino: ¿de dónde es usted?
* Soy de Sahagún un pueblo de Aragón, más me considero criollo por haber encontrado en estas tierras el verdadero sentido de nuestra fe. Llevo 35 años evangelizando.
* O sea, basándose en los Evangelios… ¿Está de acuerdo en que no existiría la iglesia cristiana si los apóstoles no hubieran escrito el Nuevo Testamento?

La pregunta desconcierta momentáneamente al interlocutor. Incluso la servidumbre circulando alrededor de los invitados, se detiene en medio de sus afanes, sorprendidos de la energía que desprende la voz femenina. Ana Lázara, inconsciente de la atención colectiva, espera. El fraile se acomoda en su asiento e ingiere un sorbo de agua.

* No lo creo de ninguna manera. La iglesia de Cristo existió siempre porque Dios Hijo el Mesías, fue anunciado por los profetas desde el Viejo Testamento. Jesucristo lo dijo varias veces, y el Nuevo Testamento lo confirma.
* Pero Él los persuadió a hacer algo que en aquellos tiempos entre la comunidad judía era impensable: contar una nueva historia, sustituir las leyes de Moisés, igualarse a los sabios, patriarcas y profetas. Los convenció con estas palabras: “Cuando se hace un Nuevo Testamento, es que el anterior es viejo y hay que cambiarlo, y para que el Nuevo sustituya al Viejo, el testador tiene que morir: entonces su palabra se convierte en Ley, y yo he muerto para que así sea”…convirtió a sus discípulos –hombres iletrados, rudos, del pueblo- en escribas del Nuevo Testamento.

El venerable fraile medita unos segundos y Ana Lázara continúa hilando su idea:

* Para que todos se enteren de las maravillas del *Orbe Novum* debe quedar escrito. Y con la venia de usted, nosotros podemos encargarnos de que el mundo lo sepa.
* Hermana: podréis ser una tomista escolástica, pero para transcribir mil folios de papel amate en poco tiempo haría falta un milagro.
* En el convento franciscano de Puebla nos espera fray Clemente, su ex compañero de latín; está Constantino un tlacuilo náhuatl; el hermano Jorge, experto en manuscritos medievales; Damián es médico y yo, aprendí el oficio de las palabras pintadas. Podríamos ordenar su información en el menor tiempo posible y llevarlo a editar a España -extrae de sus alforjas el libro - este es un facsímil que hicimos del Códice Badiano y estamos puestos a inscribir un nuevo capítulo.

El fraile recibe el libro y se acerca a luz de velas para revisarlo –un rictus de melancolía surca su rostro cuando finalmente dice:

* ¿Creerán ustedes que no conservo ninguna copia en la Santa Cruz?, en 1568, y a raíz de la necesidad del patrocinio imperial, se llevó apresuradamente el único que teníamos a España…este es un libro tan bello cómo el original.
* Lo hicimos en diez días, podemos hacer otro igual.

El clérigo sigue revisando el libro y sobre sus gruesas gafas, la alegría que lo ilumina lo hace verse ahora idéntico al retrato del convento poblano: un rostro hermoso y juvenil.

* Humm… ¿cuál es el tema que a usted le interesa doctor Olivares?

Damián sorprendido, necesita de unos segundos para contestar:

* El origen y la manufactura del Carmín de Indias*…* Nocheztli.

Fray Bernardino de Sahagún manda a traer su zurrón y extrae un rollo de papel amate que despliega frente a Damián, quien toma tembloroso el valiosísimo manuscrito: ¿después de tantos afanes tiene entre sus manos el auténtico proceso?

* Vamos a ver el capítulo XI: “De las cosas naturales animales, vegetales y minerales”.
* ¡Está en náhuatl!
* Así recabé la información: voy a organizarla en columnas pareadas: primero en náhuatl y la traducción a la izquierda con los pictogramas, tratando de combinar los símbolos y rasgos sintácticos de los *tlacuilos* al estilo de los retablos religiosos: será algo digno de ver. Necesitaré un gran patrocinador, ¿ninguno habla náhuatl?
* Yo lo hablo, pero no sé leer ideogramas–dice don Sebastián.
* Padre –dice Ana Lázara- yo lo aprendí con un novicio franciscano, ¿queréis que traduzca?

Damián se encoge de hombros y menea la cabeza: la inteligencia de Ana Lázara siempre lo sorprende.

* Sí, pondremos atención al texto y corregiremos lo que sea oportuno.

Ana Lázara con lentitud y concentración lee en voz alta:

* … *Al color con que se tiñe la grana llaman nocheztli, que quiere decir, sangre de tunas, porque en cierto género de nopales se crían unos gusanos que se llaman cochinillas, apegados a las hojas, y aquellos gusanos tienen una sangre muy colorada, ésta es la grana fina que es conocida en esta tierra. Hay otra manera de grana baja o mezclada, que llaman tlapanextli, quiere decir grana cenicienta, y es porque la mezclan con greda o con harina; también hay una grana falsa que también se cría en las hojas de la tuna, o ixquimiluhqui, que daña a las cochinillas de la buena grana y seca las hojas de la tunas donde se pone; también ésta la cogen para venderla, lo cual es grande engaño. La verdadera grana es conocida en esta tierra y fuera de ella; casi por todo el mundo es preciada y tenida por mucho. Esta grana que ya está purificada y hecha en panecitos, llaman grana recia, o fina; véndenla en los tianguis, hecha en panes, para que la compren los pintores y tintoreros….*

Luego los circunstantes ven un hermoso dibujo de un nopal y los diversos estadios del insecto en cuestión. El fraile apunta:

- El Nocheztli fue tan valioso para los aztecas que formaba parte importante de los tributos entregados a los *Huey* *tlatoanis* (jefes y sacerdotes) por parte de los pueblos sojuzgados.

* Padre: según entiendo por este texto, el Carmín de Indias no proviene de ni de las hojas ni del fruto del nopal, sino de unos insectos que viven y se alimentan ahí.
* Sí, son parásitos: se crían sobre las pencas. A la cochinilla de grana hay que cuidarla para que se reproduzca, saber el punto en que está madura para la colecta.
* ¿Entonces no hay ningún capítulo en clave del Códice Badiano que revele ese proceso?
* No, por supuesto. Ahí se exponen plantas nativas con propiedades médicas.

Damián y Lázara se miran.

* ¿Y de qué manera se controla todo ese comercio del Carmín de Indias?
* Puedo deciros que los consejeros reales no tienen documentación del nocheztli por negligencia. Desde hace 46 años se envía la grana a España. Los recaudadores del quinto real ignoran el proceso del Carmín de Indias, porque sólo les interesa recibir los beneficios, derivados de materia prima y mano de obra gratuita. Los requisores la llaman “preciosa semilla”, o “fruto del Rey Midas”, propiciando que piensen en un origen vegetal. Mantienen el secreto para continuar el monopolio y expolio. Hace ocho años un oidor de don Luis de Velasco quiso presenciar el proceso original. Al ver la cactácea y todos los trámites que culminan con los panecillos, dijo: “Por lo que veo es labor de indios. Los entendidos en estos asuntos en España han difundido la idea entre genoveses y florentinos (los máximos compradores), que es producto de las semillas de la tuna roja; dejémosles en tal creencia”.
* Escucho que el Consejo de Indias tiene contemplado hacer un colegio donde haya jueces certificados en grana –dice don Sebastián- tal vez de ahí surge ese nuevo interés.
* No fray Bernardino, se trata de un presente para el Papa Pio V. ¿pero ¿cómo un insecto puede confundirse con una semilla?
* Cómo dije después del horneado quedan las cochinillas encogidas y negras, solo con lupa podría distinguirse un gusanito de una semilla. Así se envía a moler. La primera parte del proceso es ignorada por los que hacen los panes.
* Un real consejero de Indias, nos envió con la misión de llevar el Códice Badiano para conocer el origen del Nocheztli. Él tuvo acceso al original hecho en 1555, ¿podría tal texto estar equivocado?
* No lo creo: se hicieron sólo tres ejemplares: uno para el emperador Carlos V, otro para el convento y uno que yo conservé, donándolo en propia mano a un compañero muy querido. El ejemplar de reserva fue reenviado al rey Felipe, y nunca se mencionó la cochinilla de grana. ¿Quién es la persona que asevera tal equívoco?
* El arzobispo de Granada e Inquisidor Real por órdenes de don Diego Hurtado de Mendoza, quien está ahora en la región de Andalucía sofocando la rebelión de las Alpujarras, con el príncipe Juan de Austria. Este mensaje tiene su firma, miradlo.
* Todos los años pasados en estos lares me han desvinculado de la política imperial. ¿Decís que el Códice Badiano será un presente para el nuevo Papa?, yo pretendo ofrecer mi recopilación para que las leyes del consejo de Indias sean más benévolas con los nativos, mueren muchos de diversas enfermedades en la flor de la vida por la manera inhumana en que son tratados, cuando su medicina es en algunos casos superior.
* Tiene usted razón fray Bernardino, yo soy médico y lo he comprobado.
* El *ticitl* azteca era entendido, buen conocedor de las propiedades de las yerbas, piedras, árboles y raíces; tenía unos experimentados en fracturas que sabían concertar los huesos, otros que purgaban, sangraban, sajaban y daban puntos…en fin, libraban de la muerte.

Sabedora que tocan terreno peligroso, Ana Lázara desvía el cauce de la conversación.

* Respecto al Códice y el Carmín de Indias, ignoramos que certeza hay. Tal vez se trate de especulaciones que se difunden en las cortes europeas –posa su mano en el brazo del doctor- hermano, debemos regresar a Puebla, llevar el Códice Badiano y esperar los acontecimientos. Nosotros hemos cumplido.

Damián asiente con gesto de desconcierto. Don Santiago ayuda a fray Bernardino a enrollar y guardar su códice. Casualmente don Sebastián dice:

* Hoy también llegó Onofre de Atzcapotzalco. Su hermano tiene un pequeño cultivo de Nocheztli, a media legua de aquí, yo le había ofrecido a mis invitados que los llevaría a verlo mañana, ¿tenéis inconveniente Fray Bernardino?
* Claro que no, a mí también me gustaría ir.

Los frailes son viajeros incansables –se dice para sí Ana Lázara.

* Si Dios quiere y amanezca mejor, los acompañaré - bate palmas para anunciar a sus sirvientes – servid la comida. Mañana a las seis se servirá desayuno, y a las siete deberán estar listas las cabalgaduras.

Cuando los últimos dos invitados son conducidos a sus habitaciones, Damián entra en su aposento - a los forasteros les han asignado los dos cuartos en medio - y Ana Lázara prosigue al suyo. Oye murmurar a Don Santiago con tono sarcástico:

* ¡Por fin reconocieron su estirpe y les dieron camarotes privados! - alza la voz para despedirse - Hasta luego.

**II Isla y volcán**

La joven duerme: *El Espíritu Santo* surca el lecho marino, en el castillo de proa y a través del oleaje azulino que le sirve de cúpula, ve a Algol esparcir su luz amarillenta sobre cementerios de barcos oxidados, civilizaciones sumergidas, abismos de basalto negro.

La mañana los encuentra congregados en el comedor de la casona. Desayunan con apresuramiento y se encaminan al establo. Ana Lázara porta un vestido estampado en florecitas, calzas de montar, y va tocada con un amplio sombrero de paja atado con un lazo en la barbilla.

Los servidores han armado una carreta con toldo para llevar a los mayores cómodamente. Para Damián y don Santiago hay enjaezados sendos corceles ágiles y nerviosos. Ana Lázara corrobora que Porfirio es un mulato de piel bruñida y cabeza blanca. Él -que encabeza la expedición – le da una jaca tranquila.

Al iniciarse la marcha Damián le ofrece su montura a Ana Lázara, y don Santiago se sitúa a la zaga de ella. Al avistar una larga pradera en que a su final hay una columnilla de humo, Porfirio indica:

* Allá es.

Entonces Ana Lázara inicia un galope a campo traviesa, Santiago se lanza a la carrera tras ella. Damián sonriente asegura a los demás:

* Nunca la alcanzará.

Un rato después, al doblar un recodo, Santiago avista a Ana Lázara, tranquila con sombrero en mano, parada bajo un amate esperando. Se apea alterado del caballo y la increpa.

* ¿Por qué siempre interpreto tus habilidades como debilidades?, ¿Por qué pareces frágil siendo tan atrevida?, ¿te gusta ver que corro tras de ti?, dime: ¿Cuál es tu verdadero nombre?

La chica responde en un arrebato:

* ¡No os he dado permiso de tutearme!, yo no pregunto por qué os llamáis Tlácatl. El que sepa cabalgar y no sea monja, no es a propósito para ofenderos, ¡qué lástima que no traiga vuestro regalo para devolvéroslo!, seguro que vinisteis aquí con fray Bernardino para pedírmelo.
* Estás equivocada. El prior de Acolman me dijo que mandaría a una persona muy distinguida a la hacienda de Tlalnepantla, y me brindé para acompañarlo por verte. Se me olvidaba que fue un plan de ustedes para evadir a fray Alonso.
* ¡Te equivocas!, nos hemos fatigado a morir buscándolo.
* Pues te ves muy fresca.

La acorrala contra el árbol, besándola, la chica cede por un instante, pero cuando el hombre tantea su cuerpo, Ana Lázara lo golpea con el sombrero.

* ¡Sois un cobarde!
* Sí, un cobarde porque la vez que rocé tus pechos creí estar profanando un sagrario.

El cercano rumor de los jinetes los hace recuperar la compostura. Santiago la mira excitado.

* Mujer, *terra ignota...*. una Circe en tu isla, cubierta de neblina y vegetación, con un volcán dormido. Necesitas un Ulises.
* Acuérdate que Circe convertía a los hombres en cerdos. Y tú no eres Ulises sino Santiago: más bien Tlácatl.
* Sí. Exactamente. Tlácatl quiere decir “el de en medio”, y literalmente siempre he estado en medio de ti y Damián… ¿de verdad son parientes?

Dejándola boquiabierta y furiosa, monta y parte en la dirección a la columna de humo que sobrevuela los techos de tres chozas en un llano.

Arriban al lugar a la hora que el sol es quemante. Onofre saluda y habla en náhuatl con su sobrino, un fornido cuarterón que encabeza el clan. Los guía a través de milpas, sorteando aves de corral, perros y rebaños de cabras. Después de andar a paso manso medio kilómetro, arriban a un gran plantío de nopales, en cuyo perímetro hay una especie de temascal similar al de Veracruz. Llegan a un terreno allanado y cubierto de petates, cercado por un muro de un metro de altura. Porfirio explica en español:

* Aquí ellos viven del cultivo de sus tierritas. Producen poco: cincuenta libras al año, pero que bien les ayuda para llevar dinero de verdad al mercado… la barda es pa´ proteger la grana de las cabras.

Las pencas parecen enfermas, cenicientas; más de cerca bullen de vida. Fray Bernardino de Sahagún toma un bichito.

* Buena grana y en su punto.

Aparecen dos jovencitas nativas portando una especie de palas acucharadas: una es de facciones negroides y ojos aceitunados, la otra una adolescente de mirada huidiza y cabellera lisa y negra que le llega a las pantorrillas; repasan las pencas como escarmenando piojos, y van poniendo los insectos en un cántaro pequeño. Después los vacían en un tamizador cuadrado y lo sacuden enérgicamente.

* ¿Es para quitarles la ceniza?
* Sí, y también con las sacudidas el animalito se muere. La ceniza es una como cera que ellos producen pa´ que no se los coman los pájaros.

Cuando solo se ven los insectos negros vuelven a la vasija y los ponen al fuego. Las chicas cuidan de removerlo constantemente para que no se quemen.

* Cuando se levanta la cosecha grande se pone en los asoleaderos. Aquí mis sobrinas lo tan haciendo así pa´ que sus mercedes vean. Ellas pintan sus madejas de hilo y hacen sus menjurjes con eso.
* ¿Siempre están produciendo?
* No, la trasiega fuerte son dos veces al año. In medio se escarmenan poco pa´que haiga nacencias. Los machos vuelan de hembra en hembra pa´cargarlas, luego ya no pueden comer y se mueren. Solo quedan las gusanitas. Tardan tres meses en lo que nacen y ponen. Las escuintlas tienen que estar un rato, vamos di mientras al caidizo pa´ tomar agüita.
* Se agradece.

Ana Lázara se rezaga para observar una penca que pulula de insectos: son ovoides, de tamaño similar al grano del cafeto, aunque su color es negro rojizo recubierto de una pátina de ceniza. Acercando mucho el ojo percibe unas estrías, y dos formas diferentes: uno más esbelto y alado, que cubre a uno pequeño y convexo: son insectos adultos apareándose.

Sigue al grupito que conducen a un pequeño cobertizo de palma donde se albergan útiles de labranza y cuelgan de los horcones ristras de mazorcas maduras; les brindan asiento a los hombres mayores. Mientras toman agua fresca en jícaras, la joven hace un aparte con Damián:

* ¿Te explicó don Santiago por qué acompañó a Fray Bernardino?
* Según me contó, el padre estaba de incógnito en el convento de Acolman, revisando el acervo de fray Alonso de la Veracruz. Para eludir al fraile visitador, decidió venir acá y conocernos a nosotros, aunque no está de acuerdo en que se edite su obra. Espero que tú tengas registrado todo en tu mente.
* Lo intento. ¿Crees conveniente que don Santiago esté aquí enterándose de todo?
* Si Fray Bernardino lo incluyó…¿quién soy yo para decir algo?

Retornan a las nopaleras y observan los insectos ya calcinados indistinguibles de una semilla seca. Los machacan laboriosamente entre dos piedras volcánicas llamadas molcajete y telmolote**.** Fray Bernardino hace una verdadera elegía de todos los dones que la Nueva España da al mundo: el maíz, el aguacate, el guajolote, el cacao, el jitomate, la dalia, el *sempasúchitl,* la *pascuasochil*, el sensontle, el ocelote y tantos productos vegetales y animales que son ignorados en Europa. Pronuncia sus nombres en náhuatl y las aplicaciones prácticas que se dan a los mismos, el simbolismo que las culturas olmecas, mayas, toltecas les conferían… mantiene a todos embelesados hasta que Onofre anuncia:

* Ya sirvieron la comida. Venemos al rato…

Regresan a la casa grande, asoleados y fatigados, excepto el fraile: su nimbo de bondad y paciencia parece ser un cobijo propio al sol, al hambre y la fatiga.

En el exterior, a la sombra de unos frondosos ahuehuetes, se sientan alrededor de una mesa rústica en que se han dispuesto las viandas. En cuencos de barro hay servidos pucheros de guajolote con verduras, y alineados en la parte central dos c*hiquihuites* con *taxcatl totoni*, pencas de nopal y elotes asados, frijoles cocidos con epazote, montoncitos de aguacates diminutos, un cantarito con un ramo de dalias y un cesto de palma con frutos rojos, verdes y amarillos. El clan entero rodea al sobrino –cabeza de familia- quien habla en náhuatl y Porfirio traduce:

* Los dones de esta mesa los debemos a *nantli* (madre) tierra y al señor Sebastián. Comed y buen provecho.

Así lo hacen rodeados de atenciones, en especial el religioso y don Sebastián. Damián y Santiago están uno al lado del otro pero no dialogan. Codo con codo hay peninsulares, criollos, mestizos, mulatos, cuarterones, albazarados e indígenas... Ana Lázara piensa que los adjetivos se crearon para ubicar el lugar que cada quien ocupa en ese Nuevo Mundo, antes de que los conquistadores espirituales (fray Clemente, fray Benito, fray Bernardino, don Sebastián), colonizaran esas almas vírgenes novohispanas llamándolos hermanos.

Come distraídamente, pero se guarda de probar los chiles: desde Ciénega de Patos la joven degustó esos frutos similares al pimiento, que escuecen la lengua y la vuelven más receptiva a los sabores. Martín Cortés era gran aficionado a ese incendiario condimento, pero hasta él le guardaba un saludable respeto a esta variedad en forma de cascabel y piel brillante cómo cera. Todos se hacen tacos con aguacate y chile. Damián los imita, pero al masticar sufre un espasmo de tos: rojo como cangrejo, parecen saltársele las venas del rostro y se levanta de la mesa cubriéndose la boca con su pañuelo. Don Santiago Villafranca lo mira y sonriendo burlonamente le da un mordisco al fruto. Fray Bernardino parece compadecerlo y comenta:

* Sirve para dolores reumáticos.

El doctor no replica: tiene ocupada la boca destilando ríos de saliva para contrarrestar la quemadura. Porfirio le tiende un cesto de palma con frutas verde claro.

* Son tunas dulces.

En ese momento llega otro *chiquihuite* (cesto), pero dentro, en un saquito de manta y arropadas por una hoja de castaño, vienen dos *nocheztlaxcalli* (tortillas de grana)

* Para el patrón y el padrecito.

Hasta Damián olvida su lengua escaldada y escruta aquellos panecillos similares a sangre coagulada: nadie creería que el dulcísimo fruto que ha templado sus ardores y el nocheztli provienen del mismo arbusto.

* Si vuestras mercedes quieren reposar, pueden hacerlo dentro de la casa grande.
* Gracias Onofre. Dispénsenme caballeros: acostumbro a dar una vuelta después de comer. Con permiso.

**V Como si fueras mortal**

El sol declina y regresan a Tlalnepantla. Todos se retiran a descansar, pero Damián propone:

* Anita, anota lo que recuerdes ahora que están frescas las impresiones y cotejaremos nuestras notas en Puebla.

Por lo visto sus observaciones fueron muchas, porque al día siguiente comparece al desayuno con grandes ojeras. Apenas termina se parapeta en la biblioteca para seguir escribiendo.

Ana Lázara gusta del campo, la cacería, la equitación, cosechar; tanto en Ciénega de Patos cómo en la hacienda de Chiapas hacía rondas matutinas diariamente. Invita a fray Bernardino a pasear entre los cipreses y prestamente don Santiago los sigue. La joven recuerda a los fieles sirvientes que emigraron con Eleanor desde Chiapas: fue dura, exigente, soberbia con ellos; la muerte de Alonso la había amargado como el vino largo tiempo estancado en una botella.

Caminan en medio de los campos que se han pintado de naranja con unas flores que exhalan un olor embriagante. Fray Bernardino les habla del rey poeta que ordenó sembrar los ahuehetes que hay en Chapultepec diciendo: “Yo no me sentaré a su sombra, pero los que me seguirán sí”.

* … Fundó cuatro consejos para administrar su señorío: el de Asuntos Civiles y Criminales, el de Música y Ciencias, el de Guerra y, finalmente, el de Hacienda. Cuando habla del “aroma enervante de las flores”, no me cabe la menor duda que se trataba de un campo del cempasúchil. También compuso unos versos que hablan de la muerte…¿los conocéis?

Como ambos mueven la cabeza negativamente, declama en náhuatl:

- “*Yo Netzahualcóyotl pregunto: ¿acaso se vive con la raíz en la tierra?, Nada es para siempre en la tierra, solo un poco aquí. Aunque sea de jade se quiebra, aunque sea de oro se rompe, aunque sea plumaje de quetzal se desgarra. No para siempre aquí en la tierra, sólo un poco aquí*”…. En la mitología azteca se consideraba que los huey Tlaotani y los guerreros muertos en batalla vivían eternamente, igual que nosotros creemos que un alma buena vivirá otra vida en el Paraíso. Pero este rey estaba muy consciente de su mortalidad.

* ¿Y no piensa usted que él siendo –como dice- bueno, clemente y poeta puede estar en el cielo?
* No, solo el bautizo y observar el precepto supremo de Cristo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” pueden redimirnos. Pero un pagano cómo él estará en el limbo esperando el Juicio Final.

Don Santiago le musita al oído:

* ¿Estaban platicando anoche Damián y tú?

A Ana Lázara le vuelve a circular vinagre en las venas.

* Sí, somos muy unidos como familia.

Damián ya los espera para comer y después solicita ir la biblioteca con la joven porque al día siguiente partirán temprano. Cuando él saca sus apuntes Ana Lázara lo detiene con un ademán.

* Damián, no puedo seguir con esto. Tú comes el pan del rey, pero yo no. Te confieso que Felipe II me place tanto cómo los funcionarios que designa –ante el ademán de protesta de su hermano, lo hace callar- no es por eso que desisto de la misión, sino porque conspiramos contra personas que sólo nos han dado hospitalidad y confianza.
* Anita, a veces los hombres tenemos que tomar decisiones que van en contra de nuestras enseñanzas y sentimientos. Yo soy doctor y eliminé muchos musulmanes en el sitio de Malta, tomando ejemplo de aquellos monjes guerreros que mataban en nombre de Dios sin cuestionar sus dogmas.
* ¿La lealtad a Felipe para ti es un dogma?
* ¿Un dogma terrenal?, sí, los Reyes Católicos iniciaron la grandeza del Imperio y nuestras familias están relacionadas por generaciones. Felipe perdió a los seres que más amaba y sin embargo sigue íntegro, luchando por el Imperio. A un hombre como él hay que respetarlo y quererlo.
* Yo también respeto y amo a estos hombres. Mi propuesta es que se hable con fray Bernardino para decirle la real misión, sólo entonces aportaré mis observaciones al informe del Nocheztli.
* ¿El Plan secreto del Consejo de Indias?, ¿sabes que, si tal hago, pueden juzgarme por traición al rey?
* Pero a mí no, de manera que tú quedas fuera de esto. Me confesaré con fray Bernardino.
* ¡Tiene años que no te confiesas!
* Solamente cinco: fueron trámites prematrimoniales. Recuerdo la secuencia.
* Está bien Lázara –dice tajante - sea cual fuere tu resolución partiremos a Puebla el viernes. Te dejo.

Lázara sugiere el paseo antes del desayuno. Apenas ha rayado el sol y césped y arbustos están cubiertos de trémulas gotas de rocío que centellean sobre telarañas aéreas. En el cuadrado de cipreses, se sientan y Lázara pide confesión. El padre Sahagún baja la capucha de su esclavina disponiéndose a escucharla. La joven le confía la misión por la que se embarcaron en Cádiz donde ella fue llevada por su memoria de retratista. Franqueada esa puerta Ana Lázara abre la de su intimidad y continúa refiriéndole su vida, la tragedia de su prometido, lo sucedido la noche anterior a su aprehensión y cómo no pudo llorar al presenciar su ejecución.

* Después me dije que fue para no despertar represalias por parte de los inquisidores. Un dominico presidió los juicios y castigos. Abjuré de Dios y nunca volví a entrar a una iglesia, pero a la fecha no puedo llorar. Parece que mis ojos se hubiesen secado y mi corazón estuviera forrado de hierro. Entre más necesito cariño, entre más me lo muestra una persona, más me torno dura y la zahiero para que se aleje.

El fraile no cambia la expresión de su rostro.

* Dime una cosa hija: ¿Fue voluntad tuya acceder a esta conspiración?
* Sí padre, no quise dejar solo a Damián.
* ¿Y qué te impelió a confesarte?, ¿buscas reconciliarte con Dios o sólo un consejo?
* Lo único que sé es que conocí a fray Clemente, a fray Fermín, a fray Jorge. Ellos confiaron en mí para hacerme hermana seglar. Después veo a don Sebastián…a vos padre Bernardino: personas que dan todo por amor al prójimo y siento que los traiciono. Busqué decirlo en confesión para obligarlo a usted a guardar el secreto. Estoy avergonzada - la joven se postra ante él suplicando - perdóneme, padre, pues he pecado.
* Tus pecados, hija mía, llevan dentro de sí la penitencia. Es muy duro no perdonar, no llorar, no tener esperanza, no amar. Son venenos que emponzoñan el ánima. Tú aceptaste riesgos y penalidades por amor fraterno y tienes presente un juramento que hiciste frente a un eclesiástico. Eres buena. Jesucristo es Dios de amor y perdón. Vas a ofrecer quince misas por el alma del difunto Alonso Gómez de Ávila en la iglesia que prefieras….

Ana Lázara asiente y tiembla cómo hoja en una tormenta. Con dulce ademán Fray Bernardino de Sahagún posa su mano sobre la tonsura hasta que la joven se calma.

* Me has dicho en secreto de confesión que tu padre es un ilustre médico de la Corte que se ha refugiado anónimamente en estas tierras. También que tu madre es una mujer valerosa, quien, por darles una vida mejor, vino a tomar posesión de su herencia. Ambos se han reunido seguramente para protegerte: debes reconciliarte con ellos. Dios elegirá el momento para dar paz a tu corazón y abrirlo para el amor.
* Los amo de verdad padre. Quise alejarme –me doy cuenta ahora- para castigarlos por su ausencia durante mi niñez. Procedí despechada también porque llegó otro dueño a nuestra Hacienda. Me negué a estudiar en México para herirlos… ¿es otro pecado?

Fray Bernardino no puede responder porque en el caminillo adyacente aparecen Damián y don Santiago pálidos y agitados. El primero declara al verlos:

* Hermana, debemos regresar a Puebla: fray Fermín ha muerto y fray Clemente está herido.

La noticia hace que los dos interlocutores se queden de una pieza. Fray Bernardino, dice una oración en latín.

* *Deo Gratia Domine* por recibirlo en tu mansión –*–* se levanta del talado tronco murmurando- Ana Lázara *Ego te absolvo.* Eres libre de hacer con el Nocheztli lo que tu conciencia te dicte.

**VI Misterios Iniciáticos**

Tras haber cabalgado diez leguas, los dos jinetes reposan en un hostal del camino. En la ventana, la rodela completa de la luna le recuerda a Ana Lázara el gélido paraje donde hace cuatro semanas, casaron en una ceremonia nocturna a la añosa pareja.

Al día siguiente parten al alba. Ya al trote, ya galopando, llegan al poblado de los ángeles. El ansia por llegar los acicatea para devorar en seis horas el paraje montañoso. Van directamente al refectorio que funge como hospital. En una cama encuentran ahora a Fray Clemente con el rostro demacrado, vendado y aletargado, y firme junto a él, al novicio Jorge quien les informa:

* No ha comido nada en tres días. Aún toma sorbos de agua, y le aplico emplastos de *cuitlaxóchitl*, pero duerme la mayor parte del tiempo.

Damián rápidamente le explora las pupilas, la lengua, palpa el tórax, abdomen y todos los miembros, constatando flacidez y deshidratación.

* El cerebro no está dañado. Se recuperará si logramos que ingiera alimento y medicina… ¿Qué pasó?
* Hace tres días trasladamos a fray Clemente a su cámara, estaba mejor y animado. Constancio se quedó con él y yo volví a la biblioteca. La noche del siguiente día, vi a alguien deslizarse por la tapia trasera del convento y corrí a avisar. Había desorden, atropellamiento, libros y documentos tirados. Siguiendo ese rastro entré a la cámara de fray Clemente, y lo encontré inconsciente en su cama y al abad Fermín en el suelo, muerto con un golpe en la cabeza. Di la alarma y acudieron los hermanos, pero ya no se pudo hacer nada por nuestro prior. Fray Clemente entre delirios refirió que despierto a medianoche, vio a Constancio a luz de vela con el *Libellus* en la mano. Cuando lo interrogaba sobre ello, aparece Fray Fermín quien entra sin tocar. Sorprendido por ambos en flagrancia, Constancio agredió con la tranca de la puerta al abad –prueba indudable de su culpabilidad- y después intentó sofocar a fray Clemente con la almohada, dejándolo por muerto. No necesito deciros que el libro desapareció.
* ¿Se lo llevó Constancio?!… ¿me estáis diciendo que nuestro tlacuilo mató a fray Fermín y pretendió asesinar a fray Clemente?
* Sí, toda la evidencia lo señala.
* Pero ¿por qué?, él sabía que no estaba ahí la fórmula del Carmín de Indias.
* Tal vez a él no le interesaba eso, sino el Códice Badiano.

Se instala un silencio de horror, y luego los dos hermanos miran con incredulidad a fray Jorge. Cómo puestos todos de acuerdo, voltean al lecho del doliente y ven que fray Clemente ha abierto los ojos. Acto seguido, refiere con aliento entrecortado.

* Sí. Quería el Códice Badiano. La mañana de esa noche, llegó una nueva carta de España, del doctor Monardes que reiteraba su petición de compra del Códice, ofreciendo quinientos florines por él, Constancio leyó la carta y pretendió convencerme de venderlo…por eso lo sustrajo. Cuando lo interpelaba entró Fermín. Lo acalló…no pude defenderlo, ni gritar…. luego…recuerdo la almohada que me impedía respirar…. ¡Dios lo perdone!
* ¡No puede ser! Él, usted, nosotros, lo protegimos, confiamos en él… perdimos el tiempo y el Códice… ¡un documento invaluable!, debimos habérnoslo llevado y no habría pasado esto –se sienta en una silla desconsolado, cubriéndose el rostro con las manos.

Interviene Ana Lázara con voz suave:

* Hermano, tú avócate a restaurar las fuerzas de fray Clemente - saca bajo sus hábitos el hermoso libro – no te aflijas por el Códice, este es el original, lo que se llevó Constancio fue el facsímil.
* ¡Ana Lázara!, ¿por qué hiciste eso?
* Porque quería quedarme con el libro. Pero Constancio ya se habrá dado cuenta que no es el auténtico, tendremos que ser muy cuidadosos. Igual que con la fórmula del Nocheztli.

Todos los que están alrededor de la cama se reaniman. Incluso fray Clemente pregunta:

* ¿Cómo lo lograsteis?
* Fray Bernardino de Sahagún, llegó a la hacienda de Tlalnepantla y nos compartió el proceso. Tengo notas y dibujos, con ambos la fórmula quedará muy clara.
* ¡Harás eso Anita?
* El padre Sahagún me instó a hacer lo que la conciencia me dictara. Y creo que se lo debemos a fray Fermín.

Fray Clemente asevera.

* Todos somos instrumentos del Señor. Fermín admiraba mucho a San Sebastián, mártir. Hoy seguramente goza del reino celestial al lado de él.

Vuelve a perderse en la semi inconsciencia.

De inmediato Damián instala en el estómago del religioso, una sonda que improvisa con *ollin* (hule), tomando como molde un conducto del sistema de riego del jardín. A través de ella le instila alimentos semilíquidos concentrados, cocimientos de corteza de sauce y *pascuaxóchitl.* Ana Lázara solicita misas para su prometido, y en vísperas son pronunciados los dos nombres:

* Fray Fermín Pineda y Salamanca, de la Luz Perpetua y don Alonso Gómez de Ávila: *Requienscant In Pace*.

La joven pidió por la mañana al hermano Jorge que la volviera a tonsurar, y vestida con la túnica novicia, la piel bronceada, las manos y pies callosos, parece un franciscano más.

Así la ve don Santiago al llegar al día siguiente, y es manifiesto que se impresiona por su aspecto, pues adopta una actitud servicial y humilde. Su presencia, empero, ya no altera y ni siquiera incomoda a la joven. Ha ganado una paz interior que la hace saludarlo con benevolencia y hasta beneplácito.

Don Santiago Villafranca es emisario del padre Bernardino de Sahagún, quien retorna al colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco para terminar su recopilación y le ha confiado una misiva para el enfermo. Declara ir de paso hacia la Villa Rica y estar hospedado en un hostal cercano. Sin hacer ninguna alusión personal, les apoya en el cuidado del convaleciente, quien es retornado a su cámara.

El quinto día, el religioso se incorpora en la cama, y su equina dentadura muele con fruición unos panes de ajonjolí; al día siguiente da sus primeros pasos. Ese momento eligen Ana Lázara y fray Jorge del Monte Sinaí para dedicarse íntegramente a agregar un apéndice al Códice. También para que ella sea alumna de una clase que el escarzador-amanuense llama: “Misterios Iniciáticos”.

**VII Epsilon**

Después de rezar devotamente en la doceava misa, el equipo se concentra nuevamente en la Biblioteca, ahora con un nuevo integrante: don Santiago.

La joven desenrolla sobre la gran mesa, un documento en papel amate que muestra numerosos elementos multicolores sin texto. Damián es el primero en preguntar.

* Anita: ¿elaboraron un Códice a manera de estos pueblos ágrafos?
* No, revisamos códigos. El propósito de codificar un texto es el de volverlo ininteligible para el que no posea la clave. En realidad, el que me participó los misterios de estos enigmas fue fray Jorge y él les explicará mejor la situación.
* Aprendí algo durante mi estancia en Winchester y les contaré algunos de los códigos más comunes: sustituir las letras por un número, ya sea el que ocupa ordinariamente en nuestro alfabeto español o en el griego, o hacerlo al revés: por ejemplo la Z sería la número 1. También sustituir las letras por figuras geométricas como círculo, triángulo o cuadrado; suprimir las vocales por signos sánscritos o poner las palabras al revés en un idioma extranjero o en varios; o mezclar todos los ingredientes y seguir una especie de algoritmo, que a veces confunde al propio creador por sus infinitas combinaciones. Por fin nos decidimos por un Códice azteca, para respetar el lugar donde estamos.
* Escogimos una letra que recuerde a las personas que nos ayudaron – continúa la joven - Fray Fermín, fray Clemente, fray Bernardino, fray Benito, don Sebastián y fray Jorge –se inclina ante él- todos tienen en sus nombres una vocal común: la E, de modo que ahí está el nombre clave del Nocheztli: Epsilon. La E es la quinta letra tanto del alfabeto español como del griego. Ilustramos el proceso a la manera de Antonio Valeriano en *Nican Nopohua* (“Aquí se narra”), con profusión de imágenes y símbolos mexicas: vean ustedes – Ana Lázara va señalando en el documento-: la emigración de un pueblo indígena, una serpiente posada en un nopal, la cosecha con esos peines y palas acucharadas, el volcán Popocatépetl humeante simboliza el horno en que se seca, esta mujer con el metate es la molienda - finalmente ilustramos campos cultivados para señalar la infusión especial que se utiliza en el proceso final.
* ¡¿Una infusión especial?
* Esa tarde regresé a las nopaleras y les hablé en náhuatl a las sobrinas de Porfirio, ellas me dijeron que la elaboración que presenciamos es para usos domésticos o tribales: teñir hilo, hacer afeites, curar heridas, enfermedades del estómago y limpiar los dientes. Para telas, paños, o pigmentos, digamos usos a gran escala, se utilizan fijadores especiales: se hierve con hojas de *tezhoatl* (una planta nativa), alumbre y caparrosa, que son sulfatos de hierro y cobre; se deseca de nuevo la mixtura al fuego, y se muele en metate para comprimirla, la pasta resultante nunca destiñe, tiene una vida igual a la prenda de lana más resistente, o la alfombra de urdimbre más intrincada.
* ¿Y las dosis de los complementos?
* Las tengo en la memoria, está en dracmas – (equivalente a tres gramos)- y en onzas. No es complicado.

El hermano Jorge interviene:

* Son medidas muy similares a las que usamos los amanuenses para fijar la tinta. También nos aplicamos a sacar de la naturaleza los colores primarios para que el documento tenga un aspecto totalmente nativo. Parece un códice indígena que relata la migración del pueblo azteca de la lejana Aztlán hacia Tenochtitlán: así lo percibirán todos los no iniciados.
* Sí, pero recuerden lo que pasó con el Códice original, debemos hacer un respaldo.
* Damián, enfoquémonos en el método, ¿estás de acuerdo con la clave?
* ¿*Epsilon?*, suena bien. Tendrás que explicármelo otra vez, pero sí, se ve muy bien, o ¿ustedes que opinan?

Ana Lázara observa el consentimiento de Fray Clemente con alegría. Don Santiago se abstiene en actitud dubitativa, pero lo importante es que Damián lo acepta. Ella sabe que una vez digerida la idea, olvidará de quien proviene. Es lo mejor. El apropiarse del asunto hará que lo defienda con ahínco. Siempre ha sido así, pero ahora ya no le molesta.

Cuando se han completado las quince misas de Alonso, deciden partir a Veracruz. Fray Clemente se encuentra recuperado, aunque se percibe al verlo caminar, que ha disminuido su estatura de coloso.

Durante el tiempo transcurrido -un mes ya- don Santiago nunca ha intentado un acercamiento personal con la joven. Ella lo trata de manera cordial, cómo si nunca hubieran tenido una discrepancia. El hábito que porta les infunde respeto a ambos.

Fray Clemente muestra la más amplia de sus equinas sonrisas cuando la comunidad religiosa expresa que hay ya una petición en el obispado de Puebla y Tlaxcala, para que sea investido como abad general.

* Acepto a condición de que fray Jorge del Sinaí se haga cargo de mi grey en La Antigua.
* Pero padre prior, eso solo pueden hacerlo los frailes profesos, y…y ¿es verdad lo que decís?, ¿creéis que el Señor me ha perdonado?
* Fray Fermín hizo una dispensa con mis amigos, de modo que tengo autoridad para hacer lo mismo. Os ordenaré en misa mañana. Avisaré al obispo de Xalapa de vuestro nombramiento
* ¡Gracias, gracias!, tal fue mi sueño cuando desembarqué en estas tierras.

Se alistan los viajeros. Ana Lázara y Damián hacen preparativos para partir, pero temen que Constancio merodee por el camino. Don Santiago nuevamente define las cosas: él ofrece una escolta para acompañarlos hasta el puerto de Veracruz.

* Por mi formación marina y durante mis viajes por el Eskalda, aprendí a manejar armas con algunas tácticas combativas. Y tengo dos amigos mercenarios que pueden acompañarnos para ir más seguros.

Determinan viajar con investiduras civiles. Ana Lázara toma los albos vestidos que le donó don Sebastián y con los tintes residuales elaborados los tiñe de diversos colores. Con su rostro arrebolado y corte de paje “ahora sí pareces una dama a la que hay que escoltar”, dice Damián. El médico se ha rasurado y afinado bigote y barba. Sólo entonces se permite suspirar por su mujer, hijos y propiedad, lamentando no tener regalos que llevarle más que su presencia. Tantas veces lo repite que le da ocasión a Ana Lázara para responderle zumbona:

* Cuando menos el próximo año Xóchitl Guiomar no cuidará otro par de gemelos.

El domingo por la tarde hay un conciliábulo en el convento franciscano y Fray Clemente les entrega el Códice original.

* Que en la biblioteca quede el facsímil, producto de vuestras manos con el fin de ayudar a los necesitados.

Parten al día siguiente en sendos caballos, con la escolta de dos arcabuceros y un lancero (llamados respectivamente Lorenzo, Adriano y Wenceslao). De todo el grupo, nadie pide descanso, o sugiere rodear una empinada cuesta ni hacer alto a la vera de los ríos. Acampan cuando la oscuridad es inminente, y no se detienen a buscar leña porque llevan unos haces preparados para la noche. Más bien parece - dice Lorenzo- que son una avanzada del ejército.

Los días calculados para el camino se cumplen a exactitud. Llegan a la ermita de La Buena Nueva a las cuatro de la tarde. El fraile Javier convoca a los pobladores tañendo la campana. El religioso con una mano en el badajo y la otra bendiciendo, murmura extasiado al ver el número de personas que acuden a su llamado:

* ¡Mi propia iglesia!, ¡Mi propio rebaño!, puedo confesar, puedo bautizar, puedo casar; redimido estoy: gracias, Señor.

**VII E 120**

Para descansar instalan a los custodios se instalan en la amplia construcción (“palapa”), que sirve de troje y despensa al vicariato. Damián y Don Santiago se sitúan en la choza que utilizaron inicialmente los viajeros y Ana Lázara se queda con Ketsalistli y Yeyechtzin en su cabaña. Esta tiene una *caidizo* trasero donde la comadrona almacena y trata sus plantas. Hay una mesa rústica con hierbas en distintas fases de desecación, cántaros y bules con líquidos indescifrables; frutos y ramas que penden en múltiples atados de una techumbre de carrizos dispuestos como canales paralelos, similares a las pérgolas del Mediterráneo. Dentro del aposento, se perciben oleadas de fragancias como albahaca, ruda, huele de noche y otras indefinibles, que la joven aspira con deleite. Damián interrumpe aquel ejercicio.

* Hermana, en cuanto descanses saldremos a la Villa Rica de la Vera Cruz. Sería conveniente que hablaras con don Santiago.
* ¿Acerca de qué?, conoce los pormenores del Carmín de Indias.
* No es eso Anita. Yo vi su cara de angustia cuando pretendías tirarte al mar para rescatar a aquel grumete: estaba a punto de insubordinarse, aunque sabía que el capitán Yllescas lo colgaría del mástil. Nos cubrió la retirada en Acolman. Te ha seguido hasta aquí. Realmente te ama. Debes quitarle toda esperanza, pues seguramente al llegar a destino, te requerirá de amores de nuevo.
* Damián, hace seis meses, a bordo del *Espíritu Santo* él supo que nunca tomaré esposo, *¿*Te contó otra versión?
* No, pero dijo que si aceptabas su amistad tenía esperanzas. Y no es justo que...

Sus palabras son súbitamente interrumpidas por la presencia de don Santiago, quien lleva un cilindro en la mano.

* Acabo de darle los últimos toques y pongo a su consideración otra propuesta.

Extrae un rollo hecho en piel de venado nonato, delgado, flexible, ligero y muy portátil, su factura se asemeja mucho a los códices, pero su trazo pulcramente lineal, carece de imágenes en profusión y los colores se restringen al negro, gris y sepia.

* Es verdad que nosotros los marinos trazamos mapas estelares para guiarnos, pero también nos capacitan para trazar el perfil litoral de las costas en los mapas. Ahora en el Nuevo Mundo somos más requeridos en esos servicios. Dibujé este mapa con el formato de un mapa litoral, fijaos, hacia arriba tiene la rosa de los vientos, en el cual el Este se designa como E 120…
* ¿120?
* Respetando vuestra idea original Sra. Ana: la letra E o *Epsilon* es tanto en español como en griego la quinta letra del alfabeto. Cómo el griego cuenta con 24 letras multipliqué 5x24 y *Ergo:* *Nocheztli* es E 120, una estrategia para poder inscribir el nombre en este mapa. Los demás puntos cardinales tienen el formato tradicional. Tracé el perfil siguiendo su Códice, señora Ana.

Damián mira sucesivamente el documento, a Ana Lázara y a don Santiago. Finalmente enrolla el mapa y lo vuelve a su cilindro. Después del largo silencio murmura:

* Me parece un buen respaldo. Llevaremos ambos, y presentaré a Ana Lázara en una Audiencia, para que delante del consejero de Indias explique los códices, la fórmula, y estas presentaciones tan originales, dignas del emperador Felipe. ¿Queréis acompañarnos don Santiago?

Ana Lázara interrumpe.

* No quiero una audiencia. No necesito presentaciones. Me molestan las escoltas.
* Si tal es vuestro sentir señora, ahora mismo despido a los custodios.

Mientras Damián los mira, dudoso de hacer mutis, llega fray Jorge acompañado de un feligrés.

* Queridos hermanos, os busca una persona.
* ¡Quien??
* No saben su nombre. Yeyethzin -que asea la ermita- dice que llegó preguntando por fray Clemente y por unos mercaderes apellidados Cordero y Olivares. Le dije que lo pasara a la sacristía de la…de mi iglesia.
* ¡¿Cómo puede alguien saber dónde localizarnos?
* Sugiero que se lo pregunten.
* Don Santiago, id con nosotros y decidles a vuestros amigos que se coloquen cerca: vamos a ver de qué se trata.

En el sitio designado y a la luz declinante del atardecer, ven a un hombre bien entrado en los cincuenta años; corpulento, de estatura media, con ojos castaños, tez bronceada y abundante pelo rizado y grisáceo, quien está sentado en la única silla del recinto, y con movimientos precisos, descorteza un chicozapote con un afilado cuchillo del tamaño de una pluma de ave.

Ve a Ana Lázara, Santiago y Damián, inclina la cabeza, muerde el resto de la fruta, limpia sus dedos con su capa de viajero, y con este movimiento deja al descubierto una camisa de batista blanca, sujeta por un ancho cinturón de cuero. Se levanta entre grandes tintineos y los presentes reparan que del cincho cuelgan cuatro cadenas con aditamentos: una caja de plata, un porta velas, un frasco con polvos y una botellita con líquido. Coloca el cuchillo en la cajita y poniéndose en jarras, mira a los recién llegados queriendo identificar al líder. Damián se adelanta.

* Yo soy el mercader Damián Cordero y Olivares, y vos, ¿sois doctor?
* ¿Cómo lo sabéis?
* Este es un instrumental de cirugía árabe: en Malta tuve oportunidad de ver médicos en el campo de batalla, restañando vasos sangrantes, amputando miembros o suturando sin más instrumental que este ceñidor.
* Así es, le llaman cinturón de campaña, ¿Pertenecéis a la profesión?
* Yo haré las preguntas, ¿Sois de origen musulmán?
* ¡Dios nuestro Señor no lo permita!, soy cristiano ferviente: el doctor de toga Nicolás Bautista Monterde. Este es un recuerdo que compré a un mercader en Toledo: dice haber pertenecido al gran Abulcassis el cual hace 400 años ya auxiliaba heridos en las guerras pérsicas. Muy útil para viajar.
* ¿Y qué se le ofrece?
* Vengo a ofrecerle mil florines de oro por el Códice Badiano.

**VIII El médico sevillano**

Ana Lázara y Santiago se miran desconcertados, mientras Damián se pone púrpura.

* ¿Pero cómo os atrevéis a hacer una oferta tal?

El recién llegado responde con voz resuelta:

* Calmaos y escuchad: hace diez años fundé un jardín botánico en Sevilla, soy reconocido como médico capaz de realizar curaciones imposibles, personas de todo el Imperio y hasta de Francia y Flandes van a consultarme. El secreto es que yo preparo personalmente mis elíxires, emplastos y pócimas, extrayendo de ese lugar directamente mis medicinas. Hace tres años me enteré de la existencia de un libro sobre herbolaria indígena novohispana y empecé a encargarle a los viajeros algunas plantas, esquejes y almácigos curativos para experimentar. Fueron tan buenos los resultados que me propuse conseguir el original. Entonces viajé a El Escorial, decidido a pagar una fortuna por una copia. El bibliotecario me aseguró que aunque dicho libro figura en el catálogo del Emperador Carlos V, había una anotación del rey Felipe que apostillaba: *Perdido en un naufragio*. No os abrumaré con detalles, pero obtuve la dirección de un fray Clemente encargado de la ermita de La Antigua en la Nueva España que poseía el Códice. Le envié dos mensajes, requiriendo su venta al precio que él determinara, y no recibí contestación. A principios de año oí rumores de que una comisión viajaría a la Nueva España con el fin de requisar el código. A través de contactos hace cuatro meses finalmente llegué a don Giacomo Vilanova, el secretario particular del cónsul de Medina Sidonia quien me mostró una copia de vuestros salvoconductos, y sugirió que venían por el Códice Badiano.

De inmediato recuerda Damián la entrevista con el cónsul.

* ¿Su secretario particular decís?, no lo conozco.
* Yo me resistí a creer que tal comisión estuviera formada por dos personajes desconocidos - barre a los presentes con una mirada evaluativa- , pero cuando vi que el sitio adonde se dirigían coincidía con la ermita de La Antigua me decidí a buscar al capitán de la fragata donde embarcaron. Lo encontré en Cádiz y él confirmó haber desembarcado a una pareja con sus características en la Villa Rica de la Vera Cruz. Después de algunas copas confesó que lo había desconcertado que un mercader de escaso rango estuviera tan informado sobre el Códice. Eso me decidió a embarcarme en un galeón de la Armada española, sin hacer gala de mi distinguida condición, avisándole sólo a mis ayudantes.
* Vamos a ver Dr. Monardes ¿vos sois quien le envió dos misivas a fray Clemente de la Buena Nueva pidiendo que le vendiera el códice?
* Así es, más nunca me contestó.
* ¿El capitán de que habláis es un individuo bizco, flaco y con voz de trueno?
* Ese mismo…el capitán Jordi Yllescas creo…
* De esa boca siguen saliendo injurias.
* ¿Cómo?, ¿la verdad puede ser injuria?
* Porque es cierto que fuimos a buscar el Códice Badiano, su obtención nos atrajo tantas desgracias y penalidades cómo la búsqueda del unicornio en el reinado de Alfonso III. Y finalmente nos lo sustrajeron y regresamos a España sin él.

El médico vuelve a tomar asiento y se quita la capa.

* Necesita lavarse…la pérdida del Códice era predecible.
* ¿Por qué?
* Porque hay intereses bastardos en el asunto. Coincidí en el barco con un hombre que en otros tiempos se llamaba Vasco Ferreyro y ahora se hace nombrar Fernán de la Cerda. Al inicio del viaje dudé de que se tratara del mismo personaje pues remontándose sobre sus oscuros orígenes, viajaba en una lujosa cámara especial con escudo de armas, rodeado de un séquito de sirvientes. Soy un médico de edad y he conocido y tratado infinidad de personas, pero uno nunca olvida a quien le enseñó la verdadera democracia.
* ¿Era acaso un maestro filósofo de la escuela platónica?
* No, era un mercader y yo un joven cirujano asistente de la ruta a Zanzíbar. Hace veinte años coincidimos en un *tumbeiro* y…
* ¿Qué es un *tumbeiro*? – Ana Lázara no reprime su curiosidad.
* Es una nao portuguesa dedicada al tráfico de esclavos, señora; el mínimo espacio que tienen los transportados le da ese nombre, por ser tan reducido que recuerda un ataúd. Don Vasco Ferreyro me enseñó que todos los hombres son iguales, la única diferencia es el precio. El del bibliotecario real fue la primera edición de la biblia de Gutenberg; el de Giacomo Vilanova veinticinco florines de oro; el del capitán Yllescas una borrachera en un burdel de categoría. El del ahora Fernán de la Cerda fue de balde…anhelaba compañía y se puso a rememorar nuestros azarosos viajes. Me contó que ahora era consejero de las Indias, y copartícipe en una “asunto” que lo volvería consejero real. Cuando pregunté lo que sabía del Códice Badiano, dándose aires de importancia me platicó …
* ¡¿Del Códice Badiano?
* El mismo. Grande fue mi sorpresa al enterarme que el propósito de tal misión en lugar de hacer públicas las bondades de las plantas medicinales descritas, era hacerle creer al mundo que ahí se encontraba la fórmula del Carmín de Indias.
* ¡Podéis explicaros mejor?
* Me refirió que el Códice Badiano original aún sigue en la biblioteca de El Escorial, y le están agregando a sus páginas un proceso del Carmín de Indias falso. Al llegar ustedes a España, ellos entregarán el códice apócrifo y los monopolizadores españoles y portugueses se apresurarían a robar tal tesoro.
* Pero decidme… ¿el rey Felipe está al tanto de tal intriga?
* No, y esa es la parte más espinosa del problema, su firma fue falsificada para sancionar la orden.
* Pero entonces…bastaría con entregar tal Códice alterado en manos del Papa, en la Biblioteca Vaticana cualquiera podría copiar o robar la fórmula…. ¿para qué enviar una misión secreta a la Nueva España?
* ¡Ah, mi amigo! los retorcidos pasajes que tienen las mentes de ciertos políticos es insondable. Tal estrategia estaría encaminada a atraer la atención y autentificar el fraude.

Tras un largo silencio, Damián intercala:

* No sólo vos habéis gastado vuestro valioso tiempo y dinero doctor, nosotros hemos pasado muchas penalidades y una valiosísima persona perdió la vida por ese secreto – permanece abrumado varios minutos y de repente se levanta ceñudo- ¿no será que vos pagasteis a Constancio y él nos robó el Códice por vuestras indicaciones?
* ¿Qué rayos decís?, ¿De quién me habláis?
* Del asistente de fray Clemente, del que…intentó acabar con él.
* Os puedo asegurar que lo ignoro. Yo envié correspondencia a Fray Clemente y no me contestó.
* Entonces, ¿somos marionetas de una intriga?
* Bien, doctor Cordero, creo que todos los cortesanos lo son. Diré –en descargo de los intermediarios- que ellos no están al tanto. Realmente creen que dicha orden procede del Consejo de Indias.
* ¿Y quién es el autor de tan retorcidos planes?
* ¿Quién puede saberlo?, si en el círculo de intimidad del rey hay seis personas, podemos sospechar de cinco.
* Entonces Dr. Monardes, usted debe hablar con el rey Felipe para evitar que el imperio más poderoso del mundo sea manejado por unos intrigantes.
* Lo haría si tuviera pruebas, pero ante un jurado nadie avalará mi palabra.
* Claro que sí, yo lo haré. Soy cercano al rey Felipe.

El médico sevillano voltea a verlo sorprendido, tras unos segundos se encoge de hombros.

* No deseo enfrentarme a poderosos enemigos. En Sevilla y toda la península tengo una clientela muy productiva, y pueden salir cosas que serían inconvenientes a mi reputación profesional.
* ¿Cómo haber sobornado a un bibliotecario?
* Por cierto que querer birlar el Códice Badiano de la biblioteca de El Escorial no me ayudará. Además he participado en el comercio de esclavos y otras cosillas que serían fuente de numerosas incomodidades. Buen jugador es quien sabe retirarse a tiempo.
* Vos mismo dijisteis que cada hombre tiene su precio: ¿valdrá su testimonio el Códice Badiano?
* ¿Qué decís?
* Podemos hacerle una copia en menos de un mes.
* No os creo – aunque su voz suena despectiva, en sus ojos entrecerrados brilla una chispa de curiosidad - no es posible tal cosa.
* Sí lo es – Damián mira a su hermana y a don Santiago- tenemos una persona que sabe de memoria el Códice y puede transcribirlo en su totalidad.

El Dr. Monardes – a quien no pasa desapercibido la mirada cómplice- encara a don Santiago, que aún tiene en la diestra el rollo del falso mapa litoral.

* ¿Padecéis epilepsia?

El aludido niega con la cabeza.

* Una vez tuve un paciente seminarista que en una convulsión sufrió un golpe en la cabeza y perdió la memoria y toda noción de tiempo y espacio, pero dormido solía recitar pasajes enteros de la biblia en latín culto.
* No soy yo el reservorio. Es ella.

No puede disimular su sorpresa. Mas cómo hombre cosmopolita que ha visto todo, se repone y va a interrogar a la joven cuando ella se anticipa.

* Yo estoy bien y sólo rememoro a voluntad.
* Se ve señora. Pues bien, compareceré si me prometéis conseguir la exclusividad de las plantas medicinales indianas durante cinco años para comerciar con ellas.
* Lo haremos mejor: donaremos un lote de plantas salutíferas en plena producción al jardín botánico sevillano propiedad del Dr. Monardes.
* Suena atractivo micer Damián… ¿Podréis darme cobijo esta noche?, no bien desembarcado galopé hasta acá para llegar primero que otros compradores. Ni siquiera he descargado la valija de mi montura.
* Esta es una ermita agustina. Todo peregrino dormirá bajo techo.

Ana Lázara suspira: otro hombre, otra intriga, y ella en medio.

Encomiendan a don Santiago para que comparta habitación con el doctor. A solas, Ana Lázara externa primero su sentir:

* Damián, ¿crees todo lo que dijo ese sujeto?
* Desafortunadamente todo encaja, incluso la opinión de que estaban seguros que seríamos un parapeto para su intriga. ¿Quién podría pensar que personas de “bajo rango y escaso saber” serían capaces de revisar el libro, investigarlo, y buscar al autor original para llevar la fórmula auténtica? Nadie.
* ¿Y de veras piensas denunciarlos al rey Felipe?
* Sí, lo haremos juntos.
* ¿No crees que lo único que te compete es entregar el Códice y la fórmula?, Damián, recuerda a papá Albert, a Xóchitl y tus seis hijos…tú peleaste tus batallas en Malta. Ahí tienes a Vesalio fingiéndose muerto, por la inquina de un enemigo poderoso.
* Es nuestro deber como súbditos del rey.
* ¡Pues me niego!, tras de Felipe II siempre habrá un ejército de intrigantes. He oído que fomenta la burocracia, que sus consejeros esperan siglos una decisión, que su tardanza en actuar es lo que incita a sus súbditos a rebelarse en sus posesiones: hasta en las Alpujarras ¡su propio territorio!, todo por un fanatismo religioso que prohíbe la libertad de cultos.
* ¡Felipe de Habsburgo y Castilla es rey por gracia de nuestro único y verdadero Dios!, irás como testigo y para dar la fórmula de la infusión.
* No puedes obligarme a declarar…
* Si puedo, ¿olvidas que soy tu único familiar varón y que como tal tengo poder jurídico sobre ti?
* ¿Y tú sabes que el último reducto de una mujer en un mundo de hombres es su mente?, ahí es libre de pensar, de opinar…y de olvidar.

Damián la agarra con fuerza y detiene a medio camino el ademán de abofetearla. Crispa los puños y la suelta violentamente:

* Iremos a Veracruz para regresar a España y vendrás conmigo, así tenga que sacar una orden de custodia judicial. Será más fácil si un médico declara que su sobrina padece una enfermedad mental.

**IX Saber querer**

Ana Lázara se queda en la habitación llorando. …quisiera salir, tomar un caballo, galopar hacia la Villa Rica y hacerse a la mar…¿sola?, sí, tal vez pueda enrolarse en una galera pirata…al comprender que tal cosa es imposible solloza cubriéndose el rostro. Es interrumpida por fray Jorge del Sinaí.

* *Lady* Anita. Fray Clemente me dio esta carta para usted, recomendándome que os la entregara cuando estuviéramos aquí y sin testigos, ¿todo está bien?
* Sí –contesta enjugándose las lágrimas – es más fácil que confesar: “Todo está mal desde que nací”

Lee la misiva escrita con letras elegantes y mayúsculas medievales.

*Querida Ana Lázara: que la paz del Señor inunde tu alma, como las misas dichas en memoria de don Alonso Gómez de Ávila se la habrán dado a él.*

*Fray Bernardino de Sahagún en su misiva rogaba al Señor el descanso de nuestro compañero Fermín y me deseaba una pronta recuperación. También me habló de la tormenta que sacudía tu alma. Cómo coincidencia -decía- ese mismo día Don Santiago Villafranca fue muy afligido a pedirle consejo por haber ofendido a quien “amaba más que a sus ojos y quería recuperar su favor”. Era obvio para todos que hablaba de ti.*

*El día que se tomó Granada, la reina Isabel tenía siete meses de embarazo y sin embargo se paseó en una mula blanca delante de sus huestes, para animarlas. El carácter suele ser como el mar: sostiene a la nave en la tormenta, pero puede hundirla en la calma. Tu inteligencia, fortaleza y afán de aprender te sostienen, pero te impiden tener fe.*

*Quiero remarcarte que nosotros al profesar, no juramos; sólo hacemos votos de obediencia, pobreza y castidad. Significa construir nuestra vida a imitación de Cristo de modo voluntario. Pero los seglares deben aceptar el amor terrenal aunque acarree desazones. Recuerda que la primera muestra de amor que nos dio el Señor fue el libre albedrío. Cuando alguien te ama verdaderamente, te deja ser libre. Así, el matrimonio asume su verdadera intención de Sacramento. Me despido bendiciéndote hija mía. Recuerda que fray Fermín te nombró soldado de Dios. Por Él debes ser feliz.*

Fray Clemente de la Buena Nueva

Aún repasa la carta tratando de encontrarle sentido. Tocan de nuevo a la puerta y aparece don Santiago.

* Mi Sra. Ana, vuestro hermano acudió apresurado a nuestro alojamiento, diciendo al Dr. Monardes que partirá muy temprano a Veracruz para conseguir pasajes y volverá en cuanto los obtenga. A mí me recomendó cuidarla y que no despidiera a los custodios por vuestra seguridad. Tanta agitación mostraba que vine a ver si tuvieron alguna desavenencia.
* No – Ana Lázara hurta el rostro de aquellos ojos que igual que la primera vez se le antojan quemantes - estoy bien.
* Señora: no encontré momento oportuno para ofreceros disculpas. Por favor: olvidad las palabras ofensivas que pronuncié: estoy desolado porque os vais, sin darme ninguna oportunidad de reivindicarme.
* Olvidadlo, os he perdonado.
* ¿? Infinitas gracias, pero…¿Qué os pasa?, decidme: ¿seguro no se os ofrece nada?
* No, nada… Mejor dicho: sí, se me ofrece algo: ¿queréis casaros conmigo?
* ¡¡Cómo decís?, nada me haría más feliz que ser vuestro esposo.
* El ser atrevida, lectora, curiosa y buena cabalgadora, se consideran defectos en una mujer, pero puedo cambiar. No os amo, mas aprecio vuestra nobleza y si me dais un tiempo mi corazón se inclinará ante vos.
* Mi señora: aquilato vuestra franqueza y entiendo vuestra inquietud, yo ya pasé de la edad de querer saber, y ahora sólo aspiro a saber querer. Seré el más devoto de los esposos y no tengo duda que llegareis a amarme.
* Esperad Sr. Villafranca ¿recordáis lo que os conté sobre la muerte de mi prometido?
* Sí, lo recuerdo. Respeto vuestros sentimientos.

Ana Lázara duda un momento, mira alternativamente la pared de varas, la techumbre de palmas y finalmente al marinero expectante.

* Tampoco tengo dote.
* Está bien. Yo también tengo otro baldón –que diría el oficial Gali- un tatuaje de la Rosa de los Vientos…

Ana Lázara no puede evitar una sonrisa.

* Vamos Señor Villafranca, estoy hablando en serio.
* No me digáis así, sino “mi prometido”. ¿Para cuándo deseáis que fijemos el día de la boda?
* Cuanto antes. Quisiera ir en este viaje a España en calidad de esposa vuestra.
* Entonces os propongo que nos case acá fray Jorge. Sería hermoso, ¿os parece?
* Sí. Me parece. Se lo diremos a mi hermano cuando regrese. Conozco su carácter y sé que no es el momento adecuado. Que Damián parta tranquilo
* Está bien mi señora. Hablaré con fray Jorge mañana…por cierto: sí quiero preguntaros algo: ¿Escogisteis *Epsilon* porque es la única vocal que no tiene mi nombre?
* No, claro que no… tampoco tiene la U.
* De modo que si lo considerasteis.
* Sí, y para que no estéis inquieto, yo tampoco tendré ninguna E en mi nombre: seré doña Ana Lázara de Villafranca y Páramo.

A Santiago se le colorea el rostro de la emoción.

* Mi señora en vida y muerte.

Conforme a lo anunciado, Damián sale muy temprano. Santiago y Ana Lázara invitan al Dr. Monardes a dar una vuelta por el río. Él asiente gustoso y para para ser tan corpulento y mayor, monta con gran destreza y entusiasmo.

* Cuando descanso en mi finca a orillas del Guadalquivir, me gusta salir a cabalgar por las mañanas y de vez en cuando cobro algún faisán o perdiz, soy muy buen arquero ¿saben?

Tras el paseo regresan a comer con Ketsalistli quien ha cocinado una bebida espumosa de cacao y maíz tostado; un caldo de *mayacastes* (langostinos de río) con yuca, camote y chile, agua de guanábana y dulce de coco. El corpulento doctor se desabrocha su ceñidor, se da un formidable atracón, y se retira a su choza a dormir. La traviesa Yeyechtzin comenta:

* Cómo culebra sapera.

Damián regresa en la noche del siguiente día, taciturno, con tres pasajes a Sevilla en la faltriquera. Ana Lázara lo mira con talante de inocencia y él aligera su acritud.

* Recorrí todo el muelle hasta los astilleros y el único viaje que encontré es en el galeón *Stella Maris* que zarpa dentro de cinco semanas y pasa a repostar a Cuba. Las embarcaciones ligeras no se arriesgan a capear un temporal entre las islas del Caribe. Después no querían aceptar maravedíes ni los vales reales. Costó Dios y ayuda que nos dieran dos camarotes. Para la fecha fijada deberás estar dispuesta a...
* Depende de que mi esposo consienta.
* ¡¿Qué dices?!
* Don Santiago Villafranca y Páramo me ha solicitado que sea su esposa y yo acepté.

Damián calla largo rato sumido en la perplejidad.

* No entiendo nada Lázara, tendrás que explicarme.
* Decidí seguir tu consejo y aceptar a quien me ama. Quiero casarme con él.
* Anita: has tenido la suerte de estar en una familia que nunca te obligaría a casarte por conveniencia, pensamos que la única razón válida para contraer matrimonio es el amor.
* No amo a mi prometido y él lo sabe, pero estoy convencida que puedo amarlo. Insiste en desposarme a pesar de que carezco de dote.

Sigue un largo silencio.

* Espero que le escribas a Eleanor y a Andrés notificándoles tu cambio de estado.
* ¿Declinarás el que yo te proporcione la fórmula?
* Cuando don Santiago y tú sean esposos respetaré vuestras decisiones. En España le haré una copia del Códice al Dr. Monardes, después que testifique de la conjura. Tú puedes anotarme la fórmula de la infusión.
* Lo haré cuando clarifique mis ideas…eso será después de la boda, ¿mantienes tu decisión de regresar a España con el sevillano?
* Así es.

En esos momentos aparece don Santiago y se dirige a Damián:

* Veo que ya han hablado. Doctor: le pido respetuosamente la mano de su hermana.
* Debéis saber señor Villafranca que mi hermana Ana Lázara es una mujer singular. Ella quiere casaros con vos y tengo que acceder.
* Os lo agradezco doctor… ¿puedo deciros cuñado?
* No, en realidad no somos hermanos - Damián habla tajante- debo informaros algo: mi sobrina es ciudadana española, y conforme a una disposición legislativa sancionada por Carlos V, el pretendiente debe depositar una dote para que en caso de enviudar, mujer e hijos no queden desamparados. Aunque Anita es un poco mayor, puede procrear. ¿Con que propiedades o ingresos contáis?
* Ahorré todo lo que ganaba en mis viajes. Mi difunto padre me dejó una heredad en la Villa Rica. Estableceré un negocio como consignatario de fletes. Se construirá un Atarazanas, y aquí podré contactar posibles clientes: capitanes de naves mercantes y pasajeros. Me dedicaré a cimentar un patrimonio para el futuro, y a hacer feliz a mi esposa.
* A Anita le gustan los libros desde niña, ¿le permitiréis leer?
* Sí y juro nunca imponerle mis ideas.

La joven se conmueve al ver que Damián se preocupa por ese detalle.

* Podemos partir ahora mismo y en Veracruz firmaré la exención de su dote. Allá puede unirlos –muestra los pasajes de su faltriquera- el mismo capitánque me expidió esto… si estáis de acuerdo.
* Querido Damián: Santiago y yo, decidimos que nos case aquí fray Jorge. Él aceptó con gran regocijo. De modo tal, que hemos arreglado la ceremonia para mañana.

Moviendo la cabeza con pesar, Damián consiente.

* Anita: tú siempre has poseído gran carácter y buen juicio –se vuelve a Santiago- no es una mujer común. Os aconsejo que vos respetéis también la opinión de vuestra prometida.
* Prometo hacerlo devotamente, ¿Queréis saber alguna otra cosa?

Damián hace un gesto negativo y lo despide.

* Ana Lázara y yo tenemos que hablar.

El caballero se retira con una inclinación.

* Ana Lázara: no tendrás la boda que mereces como mujer del linaje que eres. Pero sí mereces una dote cómo investigadora imperial. Has trabajado y arrostrado peligros. Yo buscaré que el tesoro real te retribuya. También te corresponde una parte de Las Tórtolas y la Roca del Halcón nuestras propiedades. Albert heredará el blasón Olivares pero tú puedes anunciarte como funcionaria de la Corona española. Voy a decírselo a don Santiago. Que sepa que eres especial.
* Bueno -dice con cierta ironía la chica- hasta pareces mi hermano mayor. Él sabe cuan especial soy, por eso no quiero ajuar, anillos, ni fiesta.
* Anita -dice con voz triste- sé que te casas porque no quieres que yo siga ejerciendo el poder que la ley me confiere sobre ti. Déjame decirte que si cómo sobrina te sientes prisionera, no quiero imaginar cómo te sentirás si Santiago resulta celoso o violento.
* Santiago será tan buen esposo cómo tú lo eres para Xóchitl, sus naturalezas son amables. Llevamos ocho meses desde que salimos de Cádiz y estoy segura que sólo hiciste este viaje por lealtad al rey Felipe. Ni un momento has dejado de extrañar tu casa y tu familia.
* A quien Dios guarde…

Tocado en su punto débil, Damián no agrega nada y sale de la habitación.

**X Ser libre**

A pesar de lo apresurado de la ceremonia, don Santiago hace lo posible para que la ocasión sea memorable para la joven. Habla con fray Javier y los nativos de la aldea, quienes se prestan con regocijo: una boda es ocasión de comilona para ellos. El religioso se emociona por ser el primer sacramento que oficiará en su iglesia: repasa a conciencia la Biblia para encontrar un pasaje alusivo. Por su parte, Ana Lázara pregunta a Ketsalistli por un atavío de usanza tradicional.

* Muy cerca de aquí, las popolucas se matrimonian con una trenza de tulipanes, una pieza de telar de cintura a rayas amarrado por un refajo rojo.
* ¿Y el huipil cómo es?
* No hay huipil, esas de una vez ya van *chirundas* (desnudas) - sonríe - pero nosotros semos de otras costumbres. Hay un vestido que le tejí a Yeyehctzin, y te lo emprestamos.

Al día siguiente las dos indígenas extienden sobre las esterillas su indumentaria: un huipil de algodón y una pieza triangular, de manta y cáñamo entretejido con pelo de conejo y decorado con grecas cafés. La pieza es espléndida.

* Esta es la t*ilma* (manto) que se amarra para unirlos. Te durará toda tu vida.

Las prendas exhalan olor de jazmín. Forma parte del atuendo nupcial unos aretes, pulseras y collares de conchas con piedras de ónix labradas. Las nativas miden su perímetro cefálico con un cordel grueso, riéndose al encontrar el sitio de la tonsura (“un nido de colibrí”); entretejen el círculo con unas orquídeas de *xanat* y plumas de garza para formar una corona. También lustran unas sandalias de cuero.

Afuera hay una actividad inusitada: se ve adornado un pequeño dosel donde se efectúan bautizos y otras ceremonias a la vista de todos. Otras nativas sonríen y se secretean, mientras adornan el frente de la ermita con palmas y flores “de manita”; deshojan pétalos de flores blancas rojas y amarillas en el pasillo central. Lorenzo, Adriano y Wenceslao acarrean y desbrozan hojas de palmera.

Ana Lázara cruza el atrio frente a la ermita. En medio de la espléndida vegetación de palmeras, mangos, framboyanes y jacarandas, ella es una discordante nota ocre, con su pelo corto, túnica franciscana, sandalias y piedra reverberante que refleja el prisma multicolor que las rodea. Don Santiago percibe esa voluntaria austeridad y saluda reverencial.

* Buenos días mi señora.Estos son los mismos rituales que vi de niño allá en la villa de Remedios, mi Cualtzin *Tonalixco*
* Buenos días, ¿Ya conocéis mi apodo en náhuatl?
* Sí señora: en verdad tenéis una hermosa cara de sol.

Ana Lázara señala su piedra y luego los ojos de su prometido.

* Son similares, ¿sabéis que me dijeron las nativas?: “O*tltecaitztli* nos ha puesto a trabajar a todos”.

El caballero se anima viendo la atención con que le habla la joven.

* Anudaremos nuestras vidas. Fray Clemente incorporó esta costumbre náhuatl a la ceremonia nupcial, pero es válida para la iglesia. El Dr. Monterde firmará cómo testigo.

Justo en ese momento llega presurosa Yehyectzin con el bule y la jícara.

* *Nantli* está metateando chile. Traigo el bebedizo que vas a tomar pá sudar muncho.
* Sí. Voy al temazcal y vos me veréis hasta que esté arreglada. Es la tradición aquí y en España.

Santiago inclina la cabeza, se quita el chambergo y coloca su mano en el pecho, remedando la ocasión que se conocieron en Cádiz.

* A sus pies mi Cualtzin Tonatlixco.

Ana Lázara y Yeyehtzin caminan por la veredita hacia el río, para acceder al temazcal. Encienden la fogata, buscan múcaras y al llegar al punto deseado, Ana Lázara se despoja de la túnica y su ropa interior, dejándose únicamente el cordel con la piedra. Con Alonso pasó todos sus preparativos poseída de regocijo, expectación, ilusión … sucedida de una profunda depresión, de la cual solo la arrancó el luchar por su madre, su vida, su honor y finalmente su hacienda. Y eso la salvó también a ella… ¿para qué?, para este momento. Pero está tranquila.

Entra en el reducido espacio, y tras unos minutos Yeyehtzin coloca en la entrada la jícara y el bule; éste rebosa con la mixtura y ella bebe una parte y luego esparce metódicamente el agua sobre las piedras No es una novia trémula de emoción, pero cumplirá cabalmente su papel.

Se restriega el cuerpo: aquellas carnes sonrosadas y firmes deben despojarse de cualquier impureza para agradar al que será su esposo. Cómo hija de familia, la mujer obedece y sirve a múltiples varones: el padre, los hermanos, los tíos, primos, cuñados… hasta un lacayo suele tomar más decisiones que una solterona. Mas como esposa sólo tendrá que complacer a su marido. Es en la cama, en la cocina, con las manos y la matriz donde la mujer libra sus batallas. Solamente ahí se puede vencer al hombre: solo tras actos sexuales él le dará acceso a su biblioteca; sólo tras una comida satisfactoria podrá platicar con él de igual a igual; sólo después de parir un hijo ella podrá heredar bienes y educar a su progenie conforme a su sentir y pensar.

Sus dedos palpan entre los muslos, ¿Qué hay ahí que provoca tanta avidez, tantos secretos, tantas pasiones?, recuerda la noche con Alonso…se introduce aquella bolsita del tamaño de una ciruela en el canal vaginal, hecha de la fuerte vejiga natatoria de algún pez y llena de *Nocheztli*…“lo más adentro que puedas Tonatlixco –dijo Ketsalistli- así sólo la romperá una presión directa”; sus dedos llegan al tope, la deja ahí, no le molesta. Tendrá mucho cuidado al orinar…mejor no, no orinará.

Tras la ejecución de Alonso le quedó el remordimiento de haber despreciado secretamente a todos los varones, por volver objeto de culto algo tan frágil, por considerar *Sancta Sanctórum* lo más irrelevante: una membrana del grosor de una pestaña, un simple espacio virtual, pasaje de entrada y salida para los hijos… ¿podrá tener hijos?, Ana Lázara cree que sí: sus flores menstruales son puntuales e indoloras. Quiere una hija a la cual educará para no ser una niñita seductora, una manipuladora, una mentirosa; nadie la obligará a inclinar la cabeza, a juntar las manos o a abrir las piernas; hablará cuando quiera, no tendrá que fingirse virtuosa, torpe, amnésica, no tendrá que casarse para ser libre.

El brebaje para el baño prenupcial debió ser más concentrado…suda y su cuerpo se vuelve ingrávido, la cabeza le da vueltas…las cóncavas paredes se acercan amenazando aplastarla, a punto de desmayarse trata de encontrar la entrada del recinto.

Unas manos la ayudan. Con energía inusitada la arrastran para salir del pasaje al exterior, Ana Lázara parpadea y vuelve a visionar el sueño del primer baño…ve a Constancio Tzompantzi: romper el Códice, arrojar las hojas al fuego; blandir un puñal negro y dirigiéndose al Norte, murmurar una oración en náhuatl.

* Tezcatlipoca, gemelo negro, colibrí zurdo, señor del inframundo, dador de vida y muerte, de esclavitud o de poder, de riqueza o de miseria. Quetzalcóatl, dios de la luz: reciban el corazón de esta doncella, que surja el Quinto Sol para líbrarnos de la opresión de su pueblo y vuelva a nosotros la sabiduría y el poder del Anáhuac.

Quiere decirle que no es doncella pero no puede hablar, no puede moverse, sus músculos están paralizados… sobre su pecho caen tres golpes, entre una densa humareda vuelan grandes chispas....el indígena con ojos desorbitados desaparece de su campo visual, sobre su hombro izquierdo resbala un hilillo con tinte rosáceo que le recuerda su vestido de Amberes. Un rayo solar incide sobre la espuma y despliega un arco iris. Llega hasta ella la voz de Eleanor, apartada con Andresillo en ese estudio en el cual no podía entrar: le enseñaba a mezclar pigmentos: *Rojo bermellón, amarillo siena, blanco titanio, azul alizarina, verde hierba, violeta*….Decae el sol y el frío la invade….recuerda el rostro amable de Santiago. Fray Clemente escribió: “El amor libera”, ¿Cómo pudo saberlo alguien que nunca vivió el amor?

En la creciente negrura se vuelve boca abajo, está en medio de un fango pegajoso, ¡tiene que lavarse!, se arrastra hacia el río, percibe un fulgor prístino: verde azul casi transparente que centellea, se desenreda, se deshila en gotas, un *otltecaitztli* … sus labios exangües murmuran:

* No lloréis por mí, traté de engañaros...

Santiago se quita la capa y envuelve su cuerpo frío y desmadejado.

* ¡Shhh!, No habléis mi señora, todo va a estar bien.

El hombre desesperado la levanta en vilo, cual una muñeca de trapo sus extremidades caen inertes. Él la estrecha contra su cuerpo y rompe a llorar. Un instante después llegan Damián y el Dr. Monterde; ambos médicos ven la herida en el pecho y el charco escarlata frente al temazcal, haciéndose cargo de la situación.

* ¡Pronto! Arrimadla a la hoguera, hay que calentarla y restañar la herida.

Entre los rescoldos hay páginas calcinadas del Códice Badiano. Nadie le presta atención. El Dr. Monterde saca de su caja de instrumentos una varita de latón que termina en punta redondeada y sondea la herida, la joven no reacciona.

* La costilla desvió la trayectoria y no penetró el corazón ni el pulmón, pero hay sangrado de una arteria intercostal.
* Debe ser la mayor, la que discurre en el canal de la costilla.
* Es peligroso intentar ligarla –opina Monterde- a medio centímetro está el mediastino, si se lesiona algún vaso de ahí….
* Tenemos que arriesgarnos –dice Damián- está desfalleciendo, ¿trae tu equipo alguna aguja curva?
* Tiene algo mejor -le muestra un fórceps fino cuyo brazo inferior se adelgaza y curvea como la media luna árabe terminando en punta cortante, enhebrada con seda gruesa- esta es una aguja integrada a la pinza con seda de la China, especial para puntos fuertes.

Damián echa mano de los instrumentos y pasa en el fuego la punta de la aguja.

* Servirá de cauterio, apresuraos, ¡el corazón está muy lento!

Mientras Monterde con dos retractores como pequeños dientes separa los bordes de la herida de cinco centímetros, Damián en silencio introduce su índice como guía y revive mentalmente el *De Humanis Corporis Fabrica*de Vesalio para localizar la confluencia de la arteria principal de la costilla con la para esternal, el vecino paquete de vasos pulmonares cómo un ramillete de varitas de sauce, el lóbulo izquierdo del pulmón, la latente membrana del pericardio… por fin localiza un sitio y con el porta agujas enhebrado encaja y gira la muñeca en una maniobra ciega, pasa el hilo y anuda, manteniendo los cabos como riendas....

El Dr. Monterde seca y amplía la abertura para observar:

* Ya no hay sangrado activo.

Damián no contesta, ha dejado de percibir el latido cardiaco entre sus dedos; ahora recuerda las palabras del médico aragonés Miguel Servet en su obra: *La Restitución del cristianismo* donde habla de la circulación pulmonar diciendo que el alma se encuentra en la sangre inyectada por Dios a través de la respiración…por favor, por favor, que él encuentre el alma de Ana Lázara que se ha estancado…da golpecitos digitales rítmicos sobre el músculo cardiaco, y salmodia entre dientes:

* Perdóname hermanita, perdóname, ¡aguanta!, tú eres más fuerte que yo, más inteligente, más valiente…corazón de Lázara: levántate y anda.

El Dr. Monterde insufla con fuerza su propio aire entre los labios de la muchacha: mientras Damián oprime rítmicamente la zona precordial. Todos los presentes sudan bajo el sol inclemente de mediodía, pero Ana Lázara sigue fría como una estatua de mármol… parece transcurrir una eternidad cuando Damián siente expandirse el pulmón izquierdo muy lentamente como un fuelle perezoso, y también las arteriolas reducidas a su mínima expresión aletean, cual aves moribundas intentado reanudar el vuelo ... se escucha el rasguear de la aguja atravesando carne y periostio dos veces más. Damián pone dos puntos equidistantes para asegurar el primero, anudando cada uno en forma independiente. Restañan la sangre y limpian la región se observan dos rasguños al lado de la herida principal, que solo interesan la piel. El Dr. Monterde corta finalmente los hilos y ordena:

* La poca sangre que le queda no puede circular, los vasos están contraídos por el frío: vamos a ponerla sobre el temazcal.

La trasladan enredada y la colocan encima. Tras varios minutos parece regularizarse la respiración. En ese momento arriban a la ribera los dos custodios y un grupo de nativos que se detienen mirándolos intimidados. Uno de los indígenas pregunta persignándose:

* ¿*Esot?, ¿Nocheztli*? (¿sangre humana?, ¿sangre de tunas?)

Por un momento han visualizado a Damián, Santiago y al doctor Monardes con instrumentos y ropajes teñidos de rojo, como los sacerdotes mexicas que sacrificaban doncellas sobre túmulos de piedra y ofrecían su corazón a Huitzilopochtli dios de la guerra.

**XI El tesoro del Anáhuac**

Horas después, en la choza de la tictil, improvisan una plataforma con troncos y varas, y se turnan para cuidarla. Yeyecathzin les platica con palabras atropelladas abrazándose a su madre.

* Estaba pasando la jícara cuando alguien me salió alguien por detrás y me golpió la tatema. Cuando abrí los ojos, vi a Tonatlixco sangrando y corrí a avisar.

La descripción que hace del hombre coincide con Constantino. Nadie podrá dormir tranquilo con una fiera rondando el poblado. Los mercenarios encabezan una batida para capturar el asesino, llevando a varios indígenas y unos *xocoizcuintlis* (perros) muy buenos rastreadores.

Los tres hombres se turnan con las dos nativas para velar el lecho de Ana Lázara.

Tras dos angustiosos días, la joven empieza a quejarse de dolor en el pecho, reconoce a los presentes y pide agua: parece tener una fiebre que alarma a Santiago, pero el Dr. Monardes y Damián lo confortan.

* Es la fiebre de la sed que da después de una hemorragia. Es buena señal: démosle todos los líquidos que tolere.

Solo después de darle a beber y verla dormir sosegada, don Santiago acepta irse a descansar.

En las veladas y a ratos, los dos médicos conversan y tanto Damián cómo el sevillano, cuentan experiencias de sus respectivos pacientes encontrando coincidencias. El zaragozano le platica de su familia, su propiedad cerca de Barcelona y sus tres pares de gemelos. El Dr. Monardes habla de sus plantas y las curaciones que ha logrado con ellas, ganándole una reputación que trasciende fronteras y le da ingresos muy saneados.

Los expedicionarios regresan una semana después y entregan un colgajo humano. Lorenzo refiere:

* Seguimos el rastro de ese asesino porque nunca se quitó la ropa sanguinosa que traía. Lo acorralamos en una serranía pedregosa donde se había parapetado. Al acosarlo los perros se lanzó contra nosotros daga en mano, pintarrajeado y profiriendo horrísonos gritos que acallamos con un arcabuzazo en el pecho. Tan abrupto era el terreno que no pudimos transportar su cuerpo y lo enterramos ahí mismo. Tenía esta marca en la piel del brazo izquierdo, y pensamos que sería una prueba de su muerte. Un nativo lo desolló con tal celeridad que denudó todo el miembro, y ofreció una parte a alguien que llamó *Xito Tepec*…

Los dos médicos extienden el trozo de piel que muestra un murciélago de perfil con puñales por colmillos. Damián contempla el mísero despojo de un hombre brillante y comenta:

– Finalmente, el colibrí zurdo prevaleció sobre Quetzalcóatl.

* Hablas cómo un nativo Damián –contesta fray Jorge- tal vez ese demonio que exorcizamos en el cuerpo de los poseídos sea en realidad la parte oscura que llevamos dentro.
* ¿Por qué ella?,¿Por qué aquí?, hubiera sido más fácil en el camino de regreso.
* Los rituales que efectuaban los aztecas en una piedra de sacrificios podían trasladarse a un *Tenoyan* (donde está el puente) si esperaban el nuevo sol: la sangre corriera al río para llegar al mar y daría su parte a Quetzalcóatl. Le vi a Tzompantzi ese glifo en su piel, y se apresuró a ocultarla diciendo que se la habían impuesto de niño. Creyó que su *tonalli* (espíritu) coincidía con el de lady Ana.
* O tal vez por virgen -opina el Dr. Monardes- se arriesgó al ver los preparativos de boda.
* No -contesta con celeridad fray Jorge- Constancio asimiló muy bien que Anita era el cabo suelto del Códice. Los que trabajamos con ella nos dimos cuenta de que transcribía capítulos enteros de memoria. Quiso arrebatarnos el último tesoro del Anáhuac.

En ese momento Ketsalistli le administra a la convaleciente un cocimiento herbolario en una pulida copa de madera, le cambia los emplastos de la herida y salmodia palabras rituales. Damián va a interrumpir y lo detiene el Dr. Monardes.

* Déjala Damián. Por lo poco que he podido deducir de sus fórmulas, estos pueblos consideran los cantos cómo parte del tratamiento. A diferencia de nosotros, no creen que la enfermedad está localizada en un órgano o sistema, sino que es una combinación de circunstancias en las que interviene algún espíritu maléfico, y tratan de animar al *tonalli* a resistir. Es una manera más integral de tratar a un enfermo.
* ¿Crees en eso?
* Vi a dos pacientes con una enfermedad y condiciones generales idénticas: uno falleció y el otro se recuperó. Hizo la diferencia la fuerza espiritual del último, algo que proviene de la esencia del individuo. Aunque es mujer pienso que Lázara posee esa fuerza.
* Nicolás: debes cambiar tu concepto del sexo. Salvo la fuerza física, las mujeres son equiparables al hombre: Isabel de Inglaterra es inteligente y valerosa; la madre de Lázara luchó codo a codo con los Lasquenettes en la batalla de Mülhberg, ¿y nuestra Isabel la Católica?: una estadista y visionaria, ¿quieres más ejemplos?
* Está bien, lo reconozco. Pero Damián, tú conoces mujeres excepcionales, yo tengo otros marcos de referencia. ¿Recuerdas a un tal Antonio Pérez, secretario particular del rey?
* Sí, hace unos tres años lo conocí: un hombre muy joven, bien parecido, asistente del anterior secretario.
* Pues la autora de toda esa retorcida trama referente al Códice Badiano es su amante, la princesa de Éboli. Gracias a su intervención logró que su esposo Ruy Gómez llegara a consejero personal de Felipe II. El primer consejo del príncipe de Éboli fue designar a Antonio Pérez secretario particular real.
* ¡¿Doña Ana de Mendoza de la Cerda princesa de Éboli es amante de Antonio Pérez?
* Si, y ahora está embarazada. Maliciosamente se dice que su influencia aumentará, pues el hijo que espera es del propio rey…sea verdad o especulación, lo cierto es que esa mujer lo visitaba en su cámara real cuando los retiros de Isabel de Valois en sus difíciles embarazos.

Damián –enterado del asunto a través de las cartas de Xóchitl- asiente.

* ¿Y qué interés puede tener esa mujer en el asunto del Códice?
* Pues nada menos que indisponer al rey Felipe con el Papa. En su primera acepción nuestro monarca propuso al Consejo de Indias regalar el original del Códice Badiano a la Biblioteca Vaticana para ganarse su intercesión en una alianza hispano-escocesa.
* Habláis de una boda con María Estuardo.
* Sí, pero no de Felipe. Él quiere la mano de María Estuardo para Juan de Austria. El supremo anhelo del medio hermano de Felipe es casarse con la reina escocesa, pues, aunque no la conoce en persona, la fama de su belleza, refinamiento y su reino, la hace muy deseable como esposa. Así se lo suscribió al rey en una carta confidencial. A la política exterior española le es muy conveniente tal unión, porque María –aparte de ser reina de Escocia- es reina viuda de Francia, o sea que estas dos potencias que cercan al imperio se volverían aliadas.
* Pero en tal caso ¿no es mejor que Felipe la despose?
* Nuestro soberano tiene puesta la mira en Ana de Austria: ella tiene 16 años, una edad ideal para concebir, además de que está avalada por la prodigiosa fertilidad de su madre. Nuestro rey quiere un heredero varón, pero aquí también necesita apoyo: la princesa Ana es su sobrina carnal por parte de padre, y prima segunda por parte de madre… depende mucho de una dispensa papal. Tendría a su hermano cuidándole las espaldas de la belicosa Inglaterra, y no habría disputas a la sucesión del trono imperial.
* Nunca pude ser político ni estratega, sólo sé pelear de frente.

Su tono se revela dolido: ¿es posible que Felipe II de Habsburgo acepte esas ideas extrañas de personas ajenas a su afecto? … algo percibe el sevillano, pues completa:

* Así es la política: tenebrosa y laberíntica.
* He estado en las bodas del rey con María Tudor de Inglaterra y con Isabel de Valois de Francia, ¿Por qué conjuntar el Códice y el Carmín de Indias?
* También aquí matarían dos pájaros de un tiro: los mercaderes flamencos ingleses e italianos, primero intentarán reproducir el proceso apócrifo del Carmín de Indias y estarán entretenidos un buen tiempo. Después proclamarán que Felipe quiso burlar al Papa y se distanciará del rey. Algo muy favorable a la princesa de Éboli. Seguirán ella y su esposo dominando en la corte.
* ¿De dónde has obtenido esa información?
* La obtuve de manera directa a través de don Diego Hurtado de Mendoza, capitán general en la guerra de las Alpujarras; Felipe envió a esa zona conflictiva a Juan de Austria bajo sus órdenes para que vaya fogueándose.
* Y él seguramente revisa la correspondencia que le envía a su hermano.
* No confundas a los Diego de Mendoza: el padre de la princesa de Éboli es un primo homónimo: un mal bicho, intrigante y causante de líos donde quiera que ocupa un puesto público. Para el comandante general de las fuerzas filipinas en las Alpujarras ha sido una desgracia el parentesco por creer los demás que es de su misma calaña. El general es valiente, honesto y leal. En tiempos de Carlos V fue embajador en Inglaterra, y ahí formó un grupo de informantes que se encuentran infiltrados en todas las cortes europeas, vigilando los intereses hispanos. Ellos coinciden en que Antonio Pérez es el único que con sus dotes de falsificador y en su privilegiada posición puede alterar correos y órdenes reales. Lo ha hecho antes para servir a sus intereses.
* ¿Y qué relación tienes tú con Diego Hurtado de Mendoza el bueno?
* Me convocó para ser uno de sus informantes especiales. Creyó que me honraría prestar un servicio a la corona española, pero la verdad a mí eso me tiene sin cuidado. Lo que me interesaba únicamente era hacerme del Códice Badiano.
* ¿Qué les impide presentarse ante el rey y decirle todo esto?
* Lo acabo de saber y no tengo pruebas. Aunque todo encaja, son palabras de un ex negrero que puede estar fanfarroneando. Cuando tú dijiste que obtendrías una concesión real decidí jugármela, pero ahora que vi restos del Códice, no creo que nadie conserve en su mente esa biblioteca de fórmulas, descripciones y prescripciones, pero en fin…. don Diego acordó que el tiempo que durara la misión me pagaría el equivalente a mis ingresos diarios más viáticos.
* Creo que ganaste mucho: pruebas – Damián presenta las cartas con el sobre lacrado- las he conservado en medio de tantas peripecias aunque se me ordenó destruirlas. Mira: aquí está la firma de don Diego Hurtado de Mendoza, del obispo de Zaragoza, del Real Consejo de Indias y su sello.

Al Dr. Monardes se le ilumina el rostro.

* ¡Dios y verdad!, Antonio Pérez será sometido a una investigación, y yo obtendré mi concesión.
* Así es amigo. Pondremos a buen resguardo en la Biblioteca del Escorial el Códice Badiano, y el Códice Lazarino con la fórmula del Carmín de Indias.
* ¡De verdad?!...¿y cuál es ese Códice Lazarino?

Damián se acerca a la cama y señala la cabeza de Ana Lázara:

* Aquí está el *súmum* de todas las fórmulas, incógnitas y misterios, y tú ayudaste a preservarlo.
* ¡Vale oro!, me gustaría transcribir el acervo de viva voz.
* Os arrepentiríais señor- la voz de Ana Lázara es baja pero audible- tengo aversión hacia la autoridad. Sentadme, me duele la espalda.

Los dos hombres se aprestan a ayudarla, Ketsalistli corre a avisar a don Santiago.

Reunidos todos en la cabaña, Ana Lázara anuda los cabos sueltos de la historia.

* Me sentí mal y quise salir del encierro. Tenía embotada la cabeza y flácidos los miembros. Me arrastré a la salida, en el pasaje me jalaron unas manos. Vi una imagen temible: un hombre con una máscara parecida a un perro, pero con dientes largos y curvos; cubríase con una capa negra como dos alas. Me secó el sudor y enjugó los ojos. Era importante que yo viera. Rompió el Códice y arrojó los restos a la fogata. Entonces habló y reconocí la voz de Constancio: dijo que Tezcatlipoca volvería para restaurar el poder del Anáhuac tras el quinto sol. Sacó un puñal negro de obsidiana. Sentí dos golpes en el pecho, no me dolieron. Tal vez me moví. Luego un rescoldo me tocó. El puñal se hizo añicos. Se fue corriendo. Me arrastré al río. Vi los ojos de Santiago como dos faros…¿dónde está?
* Aquí estoy mi señora.
* Por favor, hablemos.
* Estaremos afuera –dice apresuradamente Damián y conduce al Dr. Monardes a la salida– recuerda que no debes cansarte.

Santiago la abraza y sostiene.

* No os fatiguéis mi señora.
* No importa, terminaré lo que te dije junto al río. La noche de la desventurada fiesta, un Alonso medio ebrio trepó por la hiedra a mi balcón. Requirió “lo que le correspondía cómo esposo”. Accedí ilusionada pensando en el divino éxtasis de los poetas. Quedé totalmente desilusionada. Decidí romper el compromiso. Le envié una carta. Al día siguiente los guardias lo prendieron en la capilla de la hacienda. Cuando lo ejecutaron, su mirada decía que lo había defraudado.
* Por el contrario, ¡Qué fortuna que la última visión de este mundo sea la faz de tu amada! Reclamo ese privilegio, puesto que cuando descubrí en el mercado de Cádiz, deseé eso: verte hasta el último día de mi vida. Y quiero que sepas algo: tú confesaste con Fray Bernardino de Sahagún y él te absolvió. Para mí eres la más pura de las doncellas
* ¿Fray Bernardino te contó un secreto de confesión?
* Sí. El santo varón lo hizo, porque yo acudí a él declarando que me alejaría para siempre de ti, porque me rechazabas por mi raza. Me dijo que habías querido a un mestizo como padre. Y aún más: dijo que tú me amabas.
* Es cierto. Yo no lo sabía, me di cuenta cuando me sentí morir… pero, ¿por qué no me lo dijiste?
* Por respetar tu pudor.
* ¿Sabes que pretendía engañarte?, ¿Qué hubieras hecho entonces?
* Fingiría creerlo.
* ¿Quieres desposarme aún?
* Sí. Pero yo también tengo una confesión. Mi padre adoptivo Andrés de Urdaneta era sefardita, vástago de una familia de origen judío que tuvo que emigrar a Portugal cuando los Reyes Católicos expulsaron a los hebreos de los reinos españoles en 1492, el mismo año del descubrimiento de América. Cuando me fui a la escuela de Sagres en Portugal, fue por intermedio de un tío de él, astrónomo, marino y rabí ilustre...
* ¿Y…?
* En España los judíos son quemados en la hoguera, pero en Portugal las leyes son más elásticas. Pueden pasar por conversos y si son personas valiosas a la comunidad nadie los investiga. En la intimidad de su hogar guardan el Sabbath, encienden el menhora leen la Tora y se reúnen a orar como en una sinagoga. Así lo hice yo los cuatro años que estuve en la escuela náutica. Y don Andrés me recomendó que me circuncidara. Tú sabes bien que él y yo no podríamos ser más que unos fervientes cristianos.
* ¿Sabes Santiago?, eso no me importa. Yo me alejé de la iglesia, hasta que conocí a verdaderos cristianos y volví a creer. Fray Clemente dice que Dios nos dio libre albedrío, y por voluntad propia recuperé la fe.
* Entonces aceptarás mi herencia. Mi padre adoptivo me dejó un legado valioso, y está aquí en Veracruz. Tu familia no tendrá que preocuparse por nuestro futuro.
* Bueno, debo agregar algo ...
* ¡Ssshh! No quiero que hables más.

Entran los dos médicos al aposento y los encuentran mirándose a los ojos. El doctor Monardes comenta:

* Me olvidaré de convencer a tu sobrina que se vaya a trabajar conmigo en Sevilla.
* ¿Qué dices?
* Un pensamiento inevitable, ¿te imaginas tener una mujer que habla latín, inglés, francés y náhuatl?, ¿que conoce físicamente las plantas indianas y sus propiedades? Tal ayudante sería invaluable para mi jardín botánico.
* Faltaría ver qué diría tu esposa.
* Estaría feliz de ser copropietaria del verdadero tesoro del Anáhuac.

**XII La copa azul**

Los días pasan y Ana Lázara se recupera con lentitud. Al informarles la tictila los médicos que aparecieron sus flores menstruales, ambos están de acuerdo en que habla de una regeneración de la sangre. Sigue muy pálida y aceza con solo darle la vuelta a la cama. Damián insiste en que coma hígado y pescado, pero los rechaza: sólo admite vegetales y Ketsalistli le cocina quelites, verdolagas, huazontles y romeritos y le da a beber infusiones de alfalfa con *mohuitli*. El Dr. Monardes aprueba:

* Tiene razón Damián. A los que pierden sangre crónicamente, yo les elaboro destilados de espinacas, coles de Bruselas y hierro pulverizado y lo toman disueltos en vino; mejoran en tres meses.

También apetece unas pocas frutas. La tez de Ana Lázara ha pasado de sonrosada a marfileña irradiando un brillo mortecino, el afinamiento de sus rasgos, el misticismo de los ojos grises y los movimientos lentos pero plenos de dignidad ascética hace que los demás la manipulen con suma delicadeza, como un cristal fragilísimo. Su aspecto tiene inquieto a Damián, pero el Dr. Monardes no comparte su desazón.

El sevillano se ha vuelto asiduo acompañante de Ketsalistli cuando sale a recorrer el campo. Regresan con brazadas de cortezas, tallos, flores, hojas y raíces, que lavan y ponen en el secadero. Por la tarde la tictil indica los elementos a desecar, hacer en infusión, o pulverizar, y ante la sorpresa general, el altivo doctor obedece dócilmente sus indicaciones. Retribuye su ayuda con muestras de sus ejemplares para que los lleve en viaje, y el doctor anota las diversas plantas y propiedades, y escribe sus impresiones. Damián ve aumentar paquetitos herbolarios rotulados con nombres exóticos (*cardosanto, guayacán, copal, hule, yolocztli, tepezcohuite, palodulce, toloache*). Cada día se levantan más temprano para acelerar su abastecimiento, y cada vez regresan más tarde de tales incursiones.

Cuando Damián señala que falta dos semanas para zarpar del puerto de Veracruz, el doctor parece no escuchar su indicación. Damián comenta:

* Para ser un hombre tan consultado en vuestra natal Sevilla, me extraña que no penséis en todo el dinero que estáis perdiendo.
* La verdad es que últimamente la clientela anda remisa. Vivo de mis rentas, y de esto –le enseña un papel con su membrete.
* ¿Un justificante médico?, bien, los médico militares, también suelen vivir de eso.
* No querido Damián: no es para justificar la baja del servicio activo u otorgar alimentos especiales o pensiones…leedlo, pero por favor en silencio.

A insistencia del médico sevillano, el aragonés lee:

*“Por cuanto ya dijo el gran Hipócrates: Si ventositas retinetur, retinens morietur & ideo exclutedetur, y por mi representación el muy honorable portador de esta licencia, quien posee temperamento de la bilis negra, padece dolores de hijada, con aparatos flatulentos y aéreas morbosidades, con la autoridad de la junta pragmática u cortesías de estos reinos y por la autoridad que gozamos, damos permiso a don… NOMBRE DEL PACIENTE\_ .para que en cualquier tiempo, concurso y evento, ante o delante de cualquier persona de cualquier categoría o estado, y condición que sean, pueda despedir dichas ventosidades por arriba o por abajo, sin demérito en la urbanidad ni falta en la política, a condición de que se haga con estrépito, por contravenirse en lo contrario a nuestra facultad real y licencia, no prohibiéndose a los oyentes y respirantes decir “cuerno y sebo”, “que el diablo meta el dedo”, o las demás pullas acostumbradas.*

*Dado en nuestro proto medicato de Sevilla firmado con nuestro nombre y sellada con el lacre de nuestro oficio*

*Firmado.-* ***Nicolás Monardes*** *cirujano de toga (no barbero)*

Damián mira a su colega, tratando de no sonreír, pero este prosigue con entusiasmo:

* El negocio está bajo pero aquí hay tesoros que harán fluir nuevos pacientes a Sevilla como el Guadalquivir al océano. Cecilia me hace partícipe….
* ¿A quién llamas Cecilia?
* A Ketsal…¡bah!., su nombre siempre se me enreda la lengua. Ella me hizo un concentrado de hojas de epazote que expulsa los parásitos intestinales con celeridad. Y me ha contado que presenció como su padre colocaba palos de ocote en el canal medular de un peroné roto, tras administrarle una infusión de *toloache* al paciente, que después pareció alterarle la razón, pero al menos volvió a caminar. …

Damián no le sigue el tema.

* ¿Sabes?, me gustaría llevar a Ana Lázara a Veracruz, creo que necesita aire salobre y pescado fresco para acelerar su recuperación.
* ¿Más fresco que los que traen del río?
* Mira, la verdad es que vi hace tiempo que los nativos echan en el agua algo que mata a los peces para recogerlos como aceitunas del olivar, temo que algo así esté perjudicando a Anita, pues la veo muy pálida.
* ¿Lo dices por ese tinte azulino que parece resplandecer en su piel cuando se baja la intensidad de la luz?
* De manera que tú también lo has notado. Temo que sea resultado de eso combinado con los pútridos miasmas provenientes del pantano.
* No te preocupes por el sistema de pesca, solo ahoga a los peces, pero me ha platicado Cecilia que se lo administra en infusión diariamente a varias mujeres para impedirles concebir –entre ellas a su hija- y que gozan de una salud envidiable.
* ¿Yeyechtzin?, ¡Es una niña!
* Vamos, como médicos nada debe sorprendernos. Cecilia dice que es mejor estar seguras de que no tendrá un embarazo en tanto no acabe de aprender su oficio. En cuanto al tinte azulino que te preocupa, la causa es un árbol llamado Palosanto, es de lo que está hecha esta copa.

Le enseña a Damián la copa de madera en la que la convaleciente toma sus bebidas. Esparce unas astillas y agrega agua, la agita y –retirando la tea que ilumina la penumbrosa estancia- de una manera que parece mágica, el agua se vuelve de un azul luminoso.

* ¡Eso es hechicería!
* Colega: no es lo que viertes en la copa, sino la copa en sí. Está hecha de la madera de un árbol muy duro que reacciona con el agua para dar ese color. Y te voy a compartir el secreto que me confió Cecilia: los heridos que sobreviven a una gran hemorragia suelen morir en un término de quince días porque sus riñones se resienten y no desechan las impurezas del cuerpo, los pacientes fallecen como envenenados. Pues esta planta estimula los riñones para que funcionen. Es parte del milagro de la supervivencia de Ana Lázara, ¿te imaginas cómo podría aplicarse en batallas? Voy a preparar una segunda edición de mi libro con *addendums* magistrales. Mi fama y riqueza aumentarán.
* No estoy tan convencido de que en esta copa no haya peligro alguno.
* Yo estoy tomando un elíxir que hace Cecilia en el mismo recipiente, y me siento muy bien, con ánimos y energías juveniles.
* Me alegro porque lo necesitas. Zarpamos del puerto en una semana y hay que prepararnos.

Después que el entusiasta doctor se retira, Damián receloso, vierte una onza de agua en la copa y ve la transformación al momento. Toma valor e ingiere la pócima de un trago. Espera varios minutos sin sentir nada anormal. Dos horas después vigila su orina y comprueba la luminiscencia especial que irradia. A esa hora se decide. Si siguen en ese sitio, ahí quedarán sin extrañar a los suyos, cómo comedores de loto.

Al día siguiente, llega el primero a la cabecera de Ana Lázara. Le hace una revisión general terminando en el pecho.

* Te veo recuperada Anita. Tu herida cerró muy bien. En esta región por lo general quedan cicatrices fibrosas, gruesas y oscuras como el lomo de una sierpe, pero esta es lineal.
* Puede ser por el emplasto que me aplica diariamente Ketsalistli.
* Pueda ser. Creo que llevándote en angarillas, podemos irnos a la Villa Rica sin riesgo, para dejarte en una pensión de monjas que te asistan. Te libero del asunto del Carmín de Indias. Al llegar a España, cederé a tu nombre parte de La Roca del Halcón para que seas independiente; piénsalo bien. Allá podrías encontrar un esposo más apropiado.
* ¿Has cambiado de opinión respecto a Santiago?
* No Anita, al contrario: es un buen hombre y pienso en un futuro juntos. En Europa hay personas que tienen muchos conocimientos y múltiples habilidades: dudan de los dogmas, de la infalibilidad monárquica y buscan pruebas fehacientes para avanzar en la ciencia y en las artes. Tú eres hija de dos renacentistas, heredaste sus modos de pensar y actuar. Creo que una esposa así será demasiado para él.

En esos momentos aparece don Santiago con semblante apacible, trae en sus manos un *chiquihuite* pequeño.

* Yo sólo deseo su felicidad. La absolveré del compromiso si ella así lo quiere.

Lázara lo mira con suma dulzura.

* Hombre de agua: suave y transparente eres cómo tus ojos. Te amo.

Santiago abre la cestita donde hay dos sólidos anillos pulidos.

* Los hizo un artesano de la aldea vecina, con el acero de una espada que encontraron en el barco hundido. Fray Jorge y yo los grabamos. Quiero que lo lleves en prenda de nuestro compromiso.
* Damián dice que estoy lista para el viaje. Podríamos casarnos aquí en la cabaña, cómo en *artículo mortis*.
* No nos adelantemos, Ana Lázara: tú no puedes llevar vida conyugal en un mínimo de tres meses. Sería letal en tu debilidad que quedaras encinta.
* Damián: te juro que no quebrantaré ninguna indicación médica que ayude en la recuperación de Anita. Deseo que partas tranquilo, sabiendo que queda bajo la protección de mi nombre. Seamos verdaderos hermanos.

La joven se calza el dedo en su anular y toma de la mano a Damián y a Santiago.

* Vayan a hablar con fray Jorge.

El día designado para la boda Ana Lázara es ayudada por sus anfitrionas para ponerse el huipil y corona. Fray Jorge del Sinaí lleva la Biblia, agua bendita y su estola para oficiar el sacramento. La novia se observa de mejor color y permanece de pie en toda la ceremonia. Después que amarran el ayate de Santiago con su huipil y sus dedos se entrelazan con su esposo para confirmar: “Sí, acepto”, toma asiento para firmar en el libro de la ermita: *Ana Lázara de Villafranca y Páramo*. El padre prescinde del sermón de las bodas de Canaán y se apresura a dar la bendición. En el culmen de la ceremonia ella sonríe y dice a Santiago:

* El novio debe cargar a la novia hacia su hogar.

El marino la levanta delicadamente y la deposita en el lecho. La joven se acurruca en las sábanas envolviéndose en el *chimali* y en la penumbra del aposento los colores del arte plumario centellean con el sol que se filtra por las rendijas. Ketsalistli y Yeyechtzin la cubren con el mosquitero de gasa de algodón. Apagan todas las bujías y los presentes forman un círculo a su alrededor: esperan que esa oruga de luminiscencia azul, fortalezca sus alas y vuele convertida en imago.

**XIII Tesoro restituido**

Una semana después está todo preparado para partir al puerto. El Dr. Monardes contrata una caravana entera para llevar el cúmulo de hierbas, apuntes y muestras que ha recopilado. El objetivo escubrir en una sola jornada el viaje de dos leguas llevando a la convaleciente lo más cómoda posible. Unos nativos entretejieron con cordeles y algodón una especie de columpio llamado hamaca, para amortiguar las irregularidades del camino. Marchan los tres peninsulares, con dos custodios en los flancos formando un pequeño séquito. Cómo los estibadores de Flandes, que esperan en los almacenes a que los marchantes terminen de negociar con los tejedores sus alfombras; así los t*amemes* esperan a que el Dr. termine de seleccionar, envolver y rotular ejemplares vegetales. Cuando sube a la carroza, la comitiva se extraña al ver que la curandera y su hija se trepan tras de él muy ufanas. Damián pregunta:

* ¿Aceptaron acompañar a Ana Lázara para asistirla?
* Sí claro, además de que Cecilia, me va a terminar de enseñar el uso del *yauhtli.*
* Supongo que es otra yerba.
* Sí**,** se parece mucho a nuestro anís. Se hace polvo y se da a aspirar al enfermo cuando requiere alguna intervención como sacar una muela. Para remover las nubes de los ojos requiere otra concentración.

Damián va a comentar que en España no ha visto nunca una cirugía tal, pero prefiere callar. Está contento de pensar que las dos mujeres ayudarán a su sobrina a acomodarse.

Y así sucede en el puerto. Se hospedan en un mesón próximo al muelle y allegan alimentos marinos frescos de primera calidad. Luego Santiago renta una casita cerca del mar, con un jardín y amplias habitaciones, tarea en que lo apoyan los dos médicos. Encuentran el inmueble adecuado, y hacen el acuerdo con el propietario. Pero el Dr. Monardes aporta el importe total, y se rehúsa a recibir dinero cuando Santiago y Damián se lo proponen. Esto hace decir al recién casado:

- Os juzgué mal doctor. Pensé que habíais venido a estas tierras por dinero o fama, pero sólo nos dais muestras de generosidad pura.

- Era mi deber profesional ayudar a Anita. En cuanto al dinero, no os preocupéis: paga la Corona.

Finalmente después de instalarse y confirmar que el *Stella Maris* se avitualla para zarpar con viento a favor, el círculo íntimo de Ana Lázara la rodea para escuchar su decisión.

La joven habla pausadamente.

* Quiero decir a todos y especialmente a Damián, que cada día me siento mejor, pero no con ánimos para efectuar una travesía a través del Atlántico. El Códice Badiano original está a salvo en mi alforja, igual que el mapa litoral del E 120 que elaboró Santiago. Yo me quedaré con el Códice del Carmín de Indias. Hice una carta en náhuatl y español con los elementos necesarios para elaborar la infusión fijadora con sus equivalencias. Fray Jorge dice que es muy similar a la usada por los escribanos para fijar la tinta. Te entrego todo Damián y eres libre querido hermano, de pasárselo a quien juzgues conveniente. En cuanto a la dote…
* Ya firmé la exención de don Santiago en la sacristía de fray Jorge, tiene validez en todo el Imperio español.
* …No necesito ninguna. Después de hablar con el padre Sahagún, le envié una carta a mis padres para reconciliarnos. Me acaban de contestar que la suprema corte real restituyó a mi madre la hacienda en Ciénega de Patos y puedo tomar posesión de ella hacienda cuando me case –sonríe y aprieta los dedos de su esposo- o sea ahora. Santiago y yo trabajaremos esas tierras y podremos estar cerca de las personas que me enseñaron hospitalidad, paciencia y amor…lejos de las sirenas -sonríe- cuéntaselos tú Santiago.
* Ciénega de patos anteriormente se llamaba La Patera. Yo tendría ocho años cuando mi madre me dijo: “Tlácatl, tendremos que caminar media legua más, nos han prohibido el paso por estas tierras”. Al morir de *cocolitzin,* sufrió pensando en que yo no tenía un lugar para vivir…El lugar que Eleanor, Albert y Ana Lázara llegaron a ocupar como propietarios por decreto filipino, fue la hacienda de mi padre biológico, expropiada por el virrey Velasco porque mis medios hermanos despilfarraron su herencia y la perdieron en deudas de juego.
* Eleanor y Andrés seguirán viviendo en Chiapas, en nuestra región de la Trinitaria. Tan pronto me reponga los iremos a ver.
* Y finalmente señores: en los papeles de mi difunto padre Andrés de Urdaneta me dejó una propiedad en este lugar. Ved la carta que me escribió:

*Para Tlácatl Santiago Villafranca y Páramo.*

*Salud y prosperidad para mi amado hijo en el Señor.*

*Presiento que ya no te veré pues estoy al final de mi vida. Es posible que el último viaje haya acabado con mis fuerzas mermadas por la vejez. Dios le da a cada quien su misión y la mía fue abrir nuevas rutas que confirmen al Sacro Imperio Hispano-Germánico como dueño de los océanos. Tú Tlácatl, sabes mejor que nadie que Portugal – el reino donde estudiaste- ha reclamado las tierras allende el mar que circunnavegó Magallanes y terminó mi capitán Juan Sebastián Elcano, y que hay un acuerdo entre ambas naciones de respetar este tratado, de manera que las naos españolas no pueden atracar en puertos portugueses, y debemos navegar por el Mare Nostrum, donde nuestros galeones cargados de productos del Nuevo Mundo son asaltados por corsarios ingleses, franceses e italianos. Yo siempre pensé que había un estrecho entre el continente de la Nueva España y los países de Asia y Tartaria, pues en el mar Pacífico se encuentran gran número de ballenas y cardúmenes de peces cómo los que se encuentran en el estrecho de Gibraltar, que toman el camino de las más fuertes corrientes, y esa hipótesis presentada en una de mis cartas, propició la expedición a la que fui convocado.*

*Pues bien: encontramos dicha ruta, y aún mejor fue encontrar la corriente de regreso en un mar muy profundo y baqueamos setecientas leguas sobre olas largas y altas, que a pesar de las veleidades del viento nos llevaron en la misma dirección de norte a noroeste, hasta llegar a doscientas leguas de la costa de México. Debo decir que en este viaje probamos unos nuevos aparatos de navegación que ayudaron mucho, pero fueron mis cálculos y las estrellas los principales guías y así incorporamos a las islas Filipinas al Imperio español: ahora nuestros barcos podrán establecer comercio con los lejanos países de Asia, sin temor de ser asaltados, y esa fue la idea original que motivó el primer viaje de Cristopher Columbus.*

*No te digo esto por soberbia, sino para que sepas, que las valiosísimas mercancías que acopiamos en la travesía, me fueron donados por el Emperador Felipe II cuando rehusé el cargo del Almirantazgo Mayor de la Mar Océana, distinción máxima a la que puede aspirar un marino y que antes solamente obtuvo ese insigne descubridor. Tal tesoro te pertenece por derecho e hice la petición a Su Majestad de que fuese guardado por su ejército hasta que pudieras tomar posesión del mismo. Acéptalo y aprovéchalo de la manera que desees. Sólo te pido, que si adquieres una embarcación mercante, le pongas el nombre de San Agustín, que es la orden que me acoge y a la cual he legado mis otras pertenencias.*

*Parto feliz al saberte excelente marino, cartógrafo y astrónomo, pero más porque eres un buen hombre. Hasta el mismo Dios tuvo el deseo de tener un hijo similar a Él y tú has cumplido tal deseo. Me encomiendo a su benevolencia y por su intercesión espero vernos en la mansión celestial. Cuídate para que no sea pronto. Te bendigo.*

Andrés de Urdaneta **Fray Roberto del Sacro Cáliz**

Sigue un silencio largo. Finalmente, Santiago enrolla la carta y declara emocionado:

* Su legado está aquí.
* Tengo una duda –dice Damián- ¿por qué si te sabías heredero de una fortuna, no lo expresaste cuando te interrogué sobre tus bienes?
* Porque en realidad hasta el momento ignoro su cuantía. Quisiera que me acompañarais a verlo.

Interviene el sevillano.

* Seguro estoy que un hombre cuyos reinos fueron el mar y el cielo no heredará pequeñeces. A mí me gustaría ir ahora mismo. En cualquier momento la sirena del *Stella Maris* puede convocarnos a zarpar.

Santiago extrae de sus alforjas dos llaves: una gigantesca, aherrumbrada y otra más pequeña, y una nota donde se ubica la dirección de su propiedad. Se dirigen al oriente acercándose a la desembocadura de un río caudaloso, y encuentran una colina arenisca en esa región inhóspita, los terrenos colindantes son marismas poco aptas para la colonización y objeto de embates constantes del viento.

La meseta que corona la colina, está protegida con una hilera de columnas de piedra de tres metros de altura y dos de diámetro, enlazadas por jarcias marineras reforzadas por nopaleras agrestes; en la verja frontal las hiedras trepadoras casi sofocan los numerosos sellos herrumbrosos que proclaman: *Prohibido acercarse, silos protegidos por la guardia real*.

Traspasada la reja, la vista sigue siendo poco alentadora: hay una construcción en forma de L de piedra sólida sin pintar, como cajones uno tras otro similar a los almacenes de san Juan de Ulúa, solo que poseen una especie de segundo piso sin ninguna ventana al exterior ni escaleras de acceso: solamente en los dos ángulos hay ojivas similares a las troneras de las fortalezas. En el patio, medra la maleza entre porciones de agostado zacate y arbustos achaparrados e inclinados hacia el Sur por el sotavento. Redime la desolación una higuera robusta que crece en al pie de los escalones de la puerta de entrada y la vista de un recodo donde se unen río y mar. Chirría la única puerta al abrirla y una oleada de encierro, humedad y calor opresivo los golpea. Dentro hay trechos sostenidos por cuadrángulos de vigas parecidos a las minas subterráneas, y una angosta escalera interior con una puerta corrediza. Santiago asciende primero y haciendo equilibrios abre con su llave.

Por un momento al entrar la luz solar los hombres parpadean creyendo encontrarse en alguna cueva de las mil y una noches: hay alfombras persas, arcones taraceados en ébano y cerezo y laqueados que resguardan piezas de lino egipcio, de algodón hindú, de lana de camello, y de seda china con hojas secas esparcidas que aún sueltan un aroma intenso a pachulí; batas finísimas estampadas con motivos florales, o grullas volando, cojines de seda con borlas y cascabeles; dos baúles de sándalo que albergan cofrecillos de nácar, abanicos, polveras de madreperla, peines de marfil, espejos con mangos de malaquita, collares de perlas barrocas en todos los colores del arcoíris, incluyendo uno de dos vueltas de perfectas perlas negras, chinelas doradas; biombos plegables pintados con rompientes olas marinas y juncos navegantes; vajillas de porcelana con filos de oro, cuyas asas son dragones que reptan por la vasija y terminan con la boca abierta en la espita de donde fluye el líquido. De África, pieles de tigre y leopardos, cuernos de rinoceronte y elefante tallados con escenas místicas y algunas eróticas; arcones rebosando lapislázuli, alabastro, jade, ópalos….

Santiago fija la vista en dos objetos: uno es propio de escribano, cuya madera de palisandro perfuma el entorno. Posee una tapa con bisagras abatible sobre la plancha para escribir, con oquedades para poner frascos de tinta, y un cilindro para las plumas; numerosos cajoncitos con tiradores de madreperla, y su llave; el otro mueble semeja una rueda de cuadriga por sus incrustaciones doradas, pero es en realidad un molinete cuyos atriles giran con una manivela. Fascinado dice:

* Por favor, escojan lo que quieran para sus familias. Este escritorio y el facistol son para Anita.

Damián murmura:

* A fray Bernardino le hubiese gustado ver que por una vez el Viejo mundo le dio algo al Nuevo.

A instancias de Santiago escoge un espejo taraceado y un collarcito de perlas. El Dr. Monardes no duda y toma un espléndido juego de carcaj con flechas de punta de acero y arco de piel labrados con escenas bucólicas.

* Estos arreos debieron pertenecer a un noble persa, quedará magnífico en mi finca de campo. Y, en realidad querido Damián, creo que el Carmín de Indias sí me interesa. Hay una cuadrilla de rufianes en el barrio de Triana, que procesa un poco de tinte colorante, lo importan –dicen- de Creta y es muy caro. A ellos les va a preocupar la competencia, por tanto…
* ¿Por tanto?
* Vamos a llevar a Sevilla unas higueras chumbas, nada más para ver si se adaptan en mi jardín botánico.

Y con entusiasmo extrae algunas pencas de las más pequeñas con cierta facilidad pues la raíz no es profunda.

* Mirad: parece nabo con espinas.
* Las pencas arraigan sin raíz –dice Santiago- pero dejan un polvillo irritante que se llama ahuate. Pero no tendréis problema en el viaje, pues subsisten con una medida de agua semanal.

Regresan y Santiago rentar un carretón para instalar los muebles en la habitación más amplia que será la biblioteca. Ana Lázara contempla los muebles y escucha el relato rebosante de satisfacción.

Tan gratos momentos son interrumpidos por el ulular de la sirena del barco, la cual llama en la rada del puerto. Insta a pasajeros y marinería a prepararse. Son tres llamadas con intervalos de cuatro horas y partirán al amanecer, cuando el oleaje enfriado por la noche fluya hacia la corriente del Caribe. Damián guarda en sus alforjas los dos Códices, el mapa litoral, los presentes de Santiago y se despide entristecido:

* Hermanos, os espero en su propiedad de La Roca del halcón.

También el Dr. Nicolás Monardes apresta sus valijas y se despide.

* Anita: he cambiado el concepto que tenía de vuestro sexo. Sois fuertes, aguerridas y sabias. En Sevilla también tenéis una casa con biblioteca, un jardín y un médico a vuestras órdenes. Os dejo mi elíxir para que os recuperéis.
* Gracias Dr. Monardes, no es necesario, tengo a Ketsalistli.
* Me temo que no es así querida: invité a Cecilia y aceptó a condición de llevar a su hija. Ellas irán con nosotros a España.
* ¿Qué dices? -salta Damián- ¿irán dos nativas a tu casa de Sevilla?, ¿Crees que tu esposa aceptara a su servicio a quienes no hablan bien el español?
* Ella no se entromete en mis actividades. Cecilia me pidió llevarla a cambio de esto - le muestra triunfal la copa de madera - será mi ayudante en la calle de *Las Sierpes*. Vamos a hacer una demostración para los pacientes que padecen piedras del riñón…pondremos bujías, luego las apagaremos y *voilá*, ¡la transformación!, ¿te das cuenta? seré muy rico.

Damián calla boquiabierto. Las nativas miran a Ana Lázara y sonríen con complicidad femenina. La tictil le da un bule con un destilado, y un cantarito con ungüento.

* Frótatelo diariamente Tonatlixco: desvanecerá tu cicatriz y en cualquier herida ayudará a aliviarla. Gracias por tu confianza.
* ¿De veras? Gracias a ustedes por la vida -abraza a la adolescente- te debo un vestido de novia. Las veré del otro lado del mar.

**EPÍLOGO**

**XIV Mixtli**

*28 de diciembre de 1570*

La tarde se anuncia fresca. Sobre una meseta con un edificio de piedra sólida de resabios carcelarios, se yergue en la parte nordeste una casita nueva. En medio de ella, un joven espigado, de rizado pelo castaño y atentos ojos azules, pinta la escena mil veces repetida en *ateliers* del otro lado del Atlántico: un jardín, un horizonte azul, un sol que declina, una mujer donde convergen los puntos de fuga.

La construcción de ladrillo y múcara es de inspiración mudéjar, con techado rojizo. El jardincillo - en cuyo ángulo interno hay una higuera-, está formado con jardineras de azulejo e incrustaciones tipo bizantino. En el centro hay una fuente cubierta de mosaicos, y en oquedades de piedra y macetas de barro, prosperan cactáceas, unas con formas de coles; otras semejan candelabros de innumerables brazos; otras más, largos crucifijos pespunteados de capullos blancos; las hay también completamente oblongas con largas espinas, similares a puercoespines verdes. Este jardín contrasta con el esplendor vegetal que rodea la casa.

Una joven posa como modelo. Ella prefirió el exterior con la vista del río que desemboca en el mar. El artista -acostumbrado a estudios- arguyó que el paisaje quitaría interés al plano principal y ella respondió:

* No tienes que pintarlo. Es para que yo esté a gusto.
* Bien Ana, entonces trata de quedarte inmóvil.
* No vas a mandarme sólo porque cumples años. Platícame de nuevo cómo nos encontraste en Veracruz.
* Lo repetiré: mi nave que venía a Veracruz estaba atracada en La Bahía de Guasabacoa, en San Cristóbal de La Habana; cuando otra nave que zarpaba de Marimelena hacia Sevilla, pasó en el canal frente a nosotros y vi entre las personas aglomeradas en cubierta, a un hombre vestido de oscuro que agitaba la mano, mas no reconocí a Damián. Se alejaba la nao tocando su sirena, cuando en el casco se clavó una flecha tipo antiguo con un papel enrollado. La extraje y leí: **Andrés Alberto Vesalio** y en el reverso una nota de Damián**:** *Busca a Ana Lázara y a Santiago atrás del convento de las Jerónimas descalzas***.** Fue hace un mes: estarán ya en Sevilla.
* Veremos qué dice el rey Felipe en Madrid. Debemos esperar la carta.
* ¡Carajo, no te muevas!, la luz está declinando…ya me parezco a Tiziano.
* Eleanor me decía que era viejo antes de nacer yo, ¿todavía pinta?
* Tiene 80 años y sí, todavía pinta. Aunque la verdad sus últimos trabajos se ven borrosos acordes con el declinar de su vista, cerebro y mano. Es un ejemplo verlo pintar desde las cinco de la mañana para aprovechar la luz del sol.

Aquel joven es Andrés, el hermano que partiera a Venecia para aprender pintura. Completó tres años de instrucción y regresó a la Nueva España. Lo primero que dijo después de abrazar a la pareja Villafranca en su nuevo hogar, es que lamentaba haber perdido sus pigmentos en una noche tormentosa al cruzar por el Caribe.

* Me gustaría pintarte Anita, para que nuestros padres vieran lo bella que estás.

Santiago se afanó y consiguió morteros, aceite de amaranto y piedras; Ana Lázara les dio instrucciones para elaborar los colores primarios: El amarillo, de calidad solar, lo extrajeron de las flores de *sempaxochit*l; obtuvieron el azul de un arbusto, cuya savia corre por sus ramas en un tono tan profundo como el índigo de Arabia. El blanco -parecido al yeso- lo trajeron de las canteras de Tepeaca; los grises y plateados de depósitos basálticos en el Citlaltépetl. Con un hueso de aguacate quemado y labrado, Albert trazó el *esbozo de una mujer sentada con un sencillo vestido y el chimali en el regazo*. Sus colores y diseño son un verdadero reto para el pincel, pero el pintor confía en plasmar esos colores vibrantes con materias primas magníficas: sobre todo el rojo aportado por el Carmín de Indias. Tiziano, alumno de Giorgione (pintor magnífico de alma pastoril), le confió que él le ayudaba a confeccionar sus colores recolectando flores y hierbas silvestres en la Toscana. Allá en Venecia, sólo los maestros utilizan colorante tan suntuoso. Pero Albert dispone de doce onzas, que darían para reproducir la corte cardenalicia del Papa, las investiduras reales, la sangre de los mártires, el manto de Jesucristo… Se concentra en las mezclas: azul y amarillo para ese verde espectacular; rojo y amarillo para el naranja de las flores de arrayán, rojo y azul para la jacaranda, el color ocre deviene del verde con rojo… ¿quedará mejor el amarillo con negro?: lo atemperará con tiza.

Milagrosamente su modelo está quieta con una expresión inefable en el rostro. Ana Lázara le lleva siete años. Desde la pubertad percibió que su hermana se sentía desplazada del afecto de Eleanor cuando él manifestó el don de pintar de su madre. Nunca fue mujer de besos afectuosos; no era ni dulce, ni mansa; no consideraba dar miel sino pan, ni abrazarlo tras una caída: simplemente lo levantaba y traía en su grupa: tenía un carácter varonil. Andrés reconoce que eso carácter los ayudó mucho cuando se mudaron a las lejanas tierras de Chiapan, despobladas, inhóspitas, indómitas. Ana Lázara gobernó con mano firme su hacienda y junto a la peonada indígena la sacó adelante. Todos la llamaban *Patroncita* y se descubrían a su paso. Una vez cruzaron un río crecido y Andrés se asustó al sentir las aguas tumultuosas, se soltó de su hermana y la corriente lo arrastró hacia una rugiente cascada: Ana Lázara nadó contracorriente y lo sacó casi exhausta. Todavía no se normalizaba su respiración cuando Andresillo dijo: “Eres mi heroína” y le replicó adusta: “Soy tu héroe o nada”.

Han quedado de acuerdo en esperar dos meses para emprender juntos el viaje a Mixtli “El centro de todo”. Según don Santiago, así debería llamarse toda la Nueva España, porque en los mapas litorales de América, literalmente está en medio cómo sirena entre dos mares, con la cabellera en las inhóspitas tierras del Norte y la cola en el sur.

Andrés confía en fundar algún taller de pintura. Con la sensibilidad artística de los nativos, su habilidad manual y la riqueza de materiales naturales, tendrá mucha demanda para hacer retratos de peninsulares y criollos. Por lo pronto ya tiene el encargo de su hermana de pintar una réplica de un cuadro que está en Puebla: “Es de fray Bernardino de Sahagún –dice- que pronto será reconocido Santo patrono de los indígenas” …ella, tan contenida. También parece animada para aprender ciencias herbolarias. En Alcalá la rechazaron. Ana Lázara le expresó por carta que pensaba marchar a la Universidad de Bolonia (la más antigua de Europa), para formular su solicitud de nuevo…¿fue la decepción la que la indujo a contraer matrimonio?, don Santiago es un hombre mayor, reposado; algo de su carácter ha transformado a su hermana: la ve sonreír sin causa alguna.

Cuando Andrés manifestó su deseo de retratarla a semejanza de una madona bizantina, y que le cubriría el pelo con una mantilla, porque las prostitutas de Venecia se lo teñían de ese tono rojizo para identificarse públicamente como hetairas, ella accedió sin enfadarse. Empero, cuando ofreció ponerle una gorguera rígida para mantenerla inmóvil, algo de su anterior carácter surgió:

* ¡Nunca, qué horror!, se parece al que le ponen a los condenados a garrote vil.

Andrés calla. Sí, ciertamente hace años su madre Eleanor le prohibió que hablaran delante de ella de juicios, torturas y ejecuciones. Mas, la joven no se enoja y pide:

* ¿Puedo estirarme un minuto?
* Está bien.

La ve frotarse el cuello y mirar soñadoramente el paisaje.

Ana Lázara piensa en una semana atrás, cuando su hermano estaba recién llegado. Ingería diariamente el elixir del Dr. Monardes, a pesar de que después se sentía con los pezones sensibles, cierta plenitud pélvica, y sobre todo una desazón parecida a la que se presenta días antes de las flores menstruales. Platicó con su esposo el problema y él propuso:

* Ya no lo tomes. Sólo te pondré la pomada cicatrizante.
* ¿Sí?, te la voy a frotar a ti, a ver que sientes con ese ungüento pegajoso y nauseabundo.

Viéndola molesta, él trata de volverlo un juego. Le pone pomada en el sitio de la tonsura (que no recuperó su pelaje original):

* *Huachicil* (cabeza rapada).

Ana Lázara le embadurna la mejilla izquierda:

* Esclavo.

Simultáneamente ambos se frotan las orejas: Ana Lázara dice: “Pirata”, don Santiago *Sihuapili* (Princesa).

La joven alza su túnica mostrando el tórax: Santiago observa sus senos sonrosados y enhiestos y no puede ocultar su turbación. Frota el ungüento con cierta precipitación murmurando: Mi *yolotl* (Corazón).

La joven desabrocha la camisa masculina y unta su hombro con la pomada.

* ¿Por qué tatuar el hombro derecho?
* Porque así te respetan más: es el brazo diestro, y duele con cualquier movimiento.

Ana Lázara aferra sus manos y las posa sobre sus senos, prolongando el contacto hasta el vientre, murmurando…*nika, nika* (acá, acá); desciende por los muslos que brillan con visos nacarados; repasa sus caderas, el abdomen; toma el ungüento y lo frota en el pene masculino.

* Vamos a borrar esa cicatriz judía a *yoli* (pene infantil) …¡oh! Se ha convertido en *tepolkautli* (adulto)

Santiago con ojos turbios y voz ronca dice:

* Por favor esposa mía, le juré a Damián y al Dr. Monardes que no te tocaría.
* No te preocupes, Ketsalistli me hizo un destilado que previene el embarazo.
* ¡Pero lo juré!
* Puedes confesarte después. Yo te quiero Tlacatl, te quiero *itech* (cerca de mí), te quiero *Notech* (dentro de mi)- te quiero *nikanpan* (siempre aquí)…

El hombre rendido murmura en su garganta:

* Anita, mi Rosa de los Vientos.

Sonríe en su lecho para recibirlo. Por la ventana se ve el horizonte azul ultramar y los gorjeos del pájaro de 400 voces…

* El ocaso llegará en minutos, Anita: no pierdas esa expresión.

El sol moribundo despliega en la piel y el *chimali* de la modelo, una gama de tonos dorados, bermejos, castaños, irisados. Los capullos blancos del cacto rectilíneo se abren temblorosos, y unos pequeños murciélagos revolotean alrededor de un nopal. Ana Lázara se anticipa:

* No hacen nada Andrés, son cómo abejas que llevan el polen de una flor a otra.

El pintor piensa: “¡De veras, estamos en Mixtli!”

Elige un pincel grueso y toma generosamente *Nocheztli,* del panecillo que gotea cómo el jugo de una granada madura. Con trazos firmes, transforma el velo de madona bizantina en una cabellera pelirroja, y sus labios enigmáticos en una verdadera sonrisa.***FIN***